

DONDE ARDE EL ALMA

José Antonio Ramos Rubio

T Tau
Editores

Donde arde el alma

Primera edición: 2025

© del texto: José Antonio Ramos Rubio

© de esta edición:
TAU EDITORES
Cuesta de Aldana, 6
10003— Cáceres
www.taueditores.es

I.S.B.N.-979-13-990722-7-3

Depósito legal: CC-000187-2025

Impreso en España – Printed in Spain

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

*A mi amiga Valerie Leroi,
que me animó a escribirla*

Corría el año 1499

Aquella mañana los vecinos estaban expectantes. El aire tenía ese silencio espeso que sólo se da cuando un pueblo entero aguarda una noticia. Las campanas de la iglesia, que normalmente repicaban para anunciar la misa del amanecer, permanecían mudas, como si también ellas quisieran escuchar primero lo que estaba ocurriendo.

Todos los ojos estaban puestos en la casa del letrado y regidor don Alonso Garavito. Una construcción imponente, de altos muros blancos y balcones de hierro forjado, que se erguía detrás de la iglesia. Allí, tras las ventanas cerradas y las cortinas pesadas de terciopelo, acababa de nacer un niño.

No era un nacimiento cualquiera. La señora doña María Vilela de Sanabria, esposa del regidor, había sufrido dos inviernos de infortunios, un embarazo perdido en mitad de una tormenta y un segundo que no llegó a buen término, dejando a la familia sumida en un silencio doloroso. Aquella madrugada, sin embargo, la fortuna parecía haber vuelto sus ojos hacia ellos.

En la calle, hombres con sombrero de ala ancha y mujeres con pañuelos de flores murmuraban entre sí, buscando señales en los gestos de los criados que iban y venían con pasos apresurados. Un olor a pan recién hecho, procedente de la panadería de doña Carmina, se mezclaba con el aroma a tierra húmeda que había dejado la llovizna nocturna. Era un día tibio, pero cargado de un nerviosismo invisible.

En el umbral de la herrería, el viejo Martín limpiaba con parsimonia un yunque como si no escuchara los rumores, pero en realidad su oreja estaba más alerta que nunca. Un grupo de niños, ajenos a la trascendencia del momento, jugaba a las canicas, pero cada tanto se interrumpían para mirar hacia la gran puerta de madera de la casa, esperando ver aparecer al regidor.

Dentro, en la penumbra del salón principal, don Alonso Garavito caminaba de un lado a otro con las manos tras la espalda. Su rostro, normalmente firme y severo, estaba ahora suavizado por una expresión que no se le conocía, una mezcla de incredulidad, orgullo y temor. El llanto del niño, agudo pero firme, le había atravesado como una flecha, despertando en él algo que ni las batallas ni los años de gobierno habían logrado.

Doña María descansaba en la habitación alta, con el cabello suelto y los labios resecos, pero con una sonrisa que parecía iluminar toda la estancia. Entre sus brazos, el recién nacido se movía inquieto, envuelto en una manta bordada con hilos de oro.

Alguien —nadie sabría decir quién— dejó escapar el rumor primero:

—Es varón... y fuerte como un roble.

Ese susurro corrió por la calle como chispa en paja seca. La gente empezó a acercarse más, algunos quitán-

dose el sombrero en señal de respeto, otros con el ceño fruncido como si ese nacimiento significara algo más que un heredero. Porque en aquel pueblo, todo acontecimiento llevaba consigo una sombra de presagio.

Y en los rincones, entre las ventanas cerradas y las bocas que cuchicheaban, comenzaba a crecer una pregunta muda:

—¿Qué destino aguardaba a ese niño nacido bajo el techo del regidor?

La buena nueva no tardó en atravesar los muros de piedra y los patios empedrados. Salió primero por los labios de la comadrona, que descendió los peldaños de la casa con las manos aún tibias, seguida por el joven ayudante del médico, que no pudo evitar soltarlo en voz alta:

—¡Un varón! ¡Ha nacido un varón!

Fue suficiente. Las palabras volaron calle arriba, brincaron sobre los toldos de los comerciantes, se colaron entre las rendijas de las ventanas y llegaron hasta el último rincón del pueblo. Las mujeres que lavaban ropa junto al arroyo dejaron caer las prendas en el agua y se miraron con sonrisas cómplices. Los niños dejaron las canicas para improvisar carreras hasta la plaza, ansiosos por ver algo, lo que fuera, relacionado con la noticia.

En la taberna de Julián, el rumor entró como una ráfaga de aire fresco. Los parroquianos, todavía con el primer vaso de vino de la mañana en la mano, levantaron la vista y comenzaron a brindar entre murmullos:

—Por el hijo del regidor... que Dios lo bendiga.

Carmina, la panadera, que desde temprano vigilaba sus hornos, salió al umbral y anunció a gritos a las clientas:

—¡Ha nacido el niño! ¡Sano y fuerte!

Y, como por arte de magia, el aroma a pan caliente se volvió festivo, como si el mismo trigo lo celebrara.

En la iglesia, el padre Anselmo, enterado por un monaguillo jadeante, interrumpió su lectura de los salmos y ordenó que tocaran las campanas. El sonido grave y solemne se esparció por las colinas, llevando la noticia a los campos, donde los campesinos se detuvieron un instante, apoyados en sus azadones, mirando hacia el campanario.

Las campanas no sólo anunciaban el nacimiento; para algunos, era la señal de que algo nuevo comenzaba. Los más supersticiosos recordaron que, según viejas historias, cada cien años nacía en el pueblo un niño bajo una estrella invisible, destinado a cambiar el rumbo de todos.

Mientras tanto, en la casa grande, don Alonso Garavito se asomaba al balcón. Su figura, erguida y solemne, parecía confirmar lo que todos ya sabían. Levantó una mano en gesto breve, y ese simple movimiento hizo estallar un aplauso espontáneo entre la multitud reunida en la plaza.

El pueblo entero se había enterado, y el día, que había amanecido como cualquier otro, se convirtió en una jornada para recordar.

Don Alonso, hijo de una antigua estirpe de caballeros leoneses, llegó a Alcántara cuando los días del siglo XV se apagaban como velas en una noche de invierno. No vino como simple viajero, sino investido con la dignidad de gobernador, llevando consigo no sólo su espada y su blasón, sino el peso de un linaje acostumbrado a la honra y al mando.

En aquella villa de puentes de piedra y calles empedradas, donde el Tajo murmuraba bajo los arcos, lo esperaba doña María Vilela de Sanabria, dama de porte

sereno y raíces hondas en la sociedad alcantarina. Su apellido resonaba en las tertulias y en los salones, y su presencia, envuelta en sedas oscuras, era tan respetada como el sonido de las campanas del convento en la hora prima.

El encuentro de ambos no fue sólo la unión de dos personas, sino el cruce de dos mundos, la nobleza forjada en las armas y la elegancia nacida en el señorío local.

Tres días después del nacimiento del infante, el pueblo entero volvió a vestirse de expectación. Las campanas de la iglesia de Santa María de Almocóvar repicaban con un ritmo distinto, más lento y solemne, como si cada golpe de bronce fuera una invitación a la historia. La villa de Alcántara se había engalanado para la ocasión, balcones con paños bordados, macetas de geranios asomando tímidamente y calles barridas hasta el último grano de polvo.

El cortejo partió desde la casa del regidor poco antes del mediodía. Al frente, dos trompeteros anunciaban el paso, seguidos por un grupo de notables con trajes de gala, y detrás, un carruaje cubierto que transportaba al pequeño envuelto en finas sedas. Doña María, aún pálida pero radiante, sostenía al niño con una mezcla de ternura y orgullo, mientras don Alonso Garavito caminaba a su lado con el porte de quien sabe que aquel instante quedará inscrito en las crónicas.

La iglesia, con sus muros antiguos y su imponente portada, parecía guardar siglos de secretos. En su interior, la luz se filtraba por los vitrales coloreando el aire con tonos de zafiro y carmesí. El padre Anselmo, revestido con ornamentos bordados en oro, aguardaba junto a la pila bautismal, una pieza de piedra que había visto pasar generaciones enteras.

El silencio se hizo absoluto cuando el niño fue acercado al agua bendita. El sacerdote, con voz grave, pronunció las palabras sagradas, y el murmullo de las fórmulas latinas resonó bajo las bóvedas como un eco antiguo.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

El agua, fresca como si viniera de un manantial escondido, tocó la frente del pequeño. El niño, lejos de llorar, abrió los ojos y miró con una fijeza que hizo estremecerse a más de uno.

—Le pondréis por nombre... Juan de Garavito y Vilela de Sanabria —proclamó el padre Anselmo.

Le pusieron el nombre del abuelo materno, Juan de Sanabria y Urraca González Maldonado, era la abuela materna.

Hubo un suspiro colectivo, como si el nombre mismo llevara un peso de linaje y destino. Afuera, las campanas redoblaron y las golondrinas que anidaban en la torre alzaron vuelo, dibujando círculos sobre la plaza.

Esa tarde, las calles se llenaron de música, vino y pan dulce. Algunos decían que aquel niño estaba bendecido por Dios; otros, en voz más baja, susurraban que ese bautismo no sólo había consagrado un alma, sino sellado un porvenir que, para bien o para mal, alcanzaría a todos los habitantes de Alcántara.

La fiesta del bautizo se prolongó hasta entrada la noche. Las calles de Alcántara estaban iluminadas por hileras de faroles y antorchas que proyectaban sombras danzantes sobre las fachadas encaladas. La música de guitarras y tambores se mezclaba con el aroma de guisos y vino nuevo, mientras las risas y el bullicio llenaban cada rincón.

Pero entre las voces alegres, hubo quienes prestaron atención a algo distinto.

Poco después del crepúsculo, cuando el último reflejo del sol se había extinguido tras los montes, una estrella solitaria apareció en el firmamento. No era particularmente grande ni brillante, pero parecía inmóvil, fija en el mismo punto sobre la torre de la iglesia de Santa María de Almocóvar. Algunos aseguraron que no se movió durante toda la noche, como si vigilara la villa.

En la taberna, el viejo Martín —el herrero de manos curtidas y mirada profunda— dejó su vaso sobre la mesa y dijo con tono grave:

—He visto esa estrella antes... el año que murió el conde don Rodrigo.

Sus palabras hicieron que varios callaran y lo miraran con inquietud.

En la casa del regidor, doña María acunaba a su hijo, ajena a los murmullos que recorrían el pueblo. El niño dormía plácidamente, con los puños cerrados y un leve rictus que parecía una sonrisa. Sin embargo, la nodriza, una mujer gallega de rostro serio, juraba que en un instante lo había visto abrir los ojos en la penumbra y fijarlos en la ventana, como si supiera que allá afuera alguien —o algo— lo observaba.

A la mañana siguiente, más rumores se sumaron. Un pescador del Tajo dijo haber visto tres garzas blancas volar en círculo sobre el puente romano al amanecer, algo que, según la gente mayor, era presagio de viajes lejanos o destinos marcados por el agua.

No todos creían en tales señales, pero nadie podía negar que en torno a Juan de Garavito y Vilela de Sanabria, comenzaba a tejerse una red invisible de historias y presentimientos. Y aunque el regidor mantenía su porte altivo y la señora María vivía entregada a la ternura de su hijo, el pueblo entero, desde el campa-

nario hasta los campos más alejados, sentía que aquel niño traería consigo algo más que un apellido ilustre.

Algo estaba por comenzar.

Su madre fue para Juan un faro encendido en medio de las nieblas de la infancia. Su voz, dulce pero firme, sabía abrirse paso entre los juegos y las distracciones como una campana que llama a misa en la aurora. Era una mujer de semblante sereno y de mirada profunda, en la que parecía descansar un sosiego ganado a fuerza de oración y prudencia. Hasta en las faenas más humildes conservaba esa dignidad tranquila de quien sabe que todo lo hace bajo la mirada de Dios.

Se empeñó, desde mis primeros pasos, en tomar como suyo el oficio de la educación y crianza de su hijo, no sólo en las letras y las buenas maneras, sino —y sobre todo— en aquello que atañe al alma. Decía con frecuencia que las raíces de la fe deben sembrarse antes de que el corazón del niño se endurezca con el paso de los años. Y así, mientras otros muchachos de su edad aprendían a distinguir el trigo de la cebada o a contar con piedras, Juan aprendía, bajo su guía, las primeras nociones del santo temor de Dios, la fealdad del pecado y los principios de la doctrina cristiana.

María sabía que el alma, cuando es joven, es como la cera blanda que recibe fácilmente la impronta de los sellos. Por eso, no pasaba un día sin que en aquella casa resonaran, a manera de suaves campanadas, sus consejos. Le hablaba de la justicia divina con la misma naturalidad con que le enseñaba a persignarme; y, cuando le advertía sobre las asechanzas del pecado, lo hacía con tal ternura que no había en sus palabras sombra de amenaza, sino una invitación a buscar siempre lo puro y lo verdadero.

Era de ordinario en las tardes, cuando el sol se inclinaba hacia los cerros, que aquellas lecciones se tornaban más íntimas. Sentados junto a la ventana, con el aire tibio entrando como un soplo de paz, ella le explicaba pasajes del catecismo, siempre procurando que mi corazón no sólo entendiera, sino que sintiera. Le repetía que la fe no debía quedarse en la mente, sino arraigarse en lo más hondo, para sostenerse en las tempestades que el tiempo habría de traer.

Con todo, había en sus enseñanzas un punto al que dedicaba un empeño especial, casi un celo maternal que se sumaba al suyo propio, despertar en mí un amor sincero y una devoción constante a la Santísima Virgen María. Decía que, así como un niño corre hacia el regazo de su madre en busca de amparo, así el alma debe aprender a acudir a María en toda necesidad.

Para ello, le hablaba de las bodas de Caná, del día de Pentecostés, de la noche de Belén, y en cada episodio le mostraba cómo la Virgen no era sólo un personaje de la historia sagrada, sino una Madre viva, atenta, cercana. Le enseñó oraciones sencillas que repetían juntos antes de dormir, y cada mañana, al abrir los ojos, lo primero que escuchaba era su voz diciendo:

—Pon tu día en las manos de la Señora, y verás que no te faltará su auxilio.

Con el tiempo, aquellas palabras dejaron de ser simples lecciones y se volvieron hábito, y el hábito, amor. Fue así como María, con la paciencia de quien cultiva un jardín, hizo germinar en el alma de Juan una flor que, por gracia de Dios, nunca se marchitó, la devoción a la Virgen.

Juan tenía apenas cuatro años cuando la casa de piedra, junto a la plaza mayor de Alcántara, se llenó del

llanto vigoroso de un recién nacido. Era su hermano, al que llamaron García Garavito, y cuya llegada fue celebrada con campanas y susurros entre vecinos. Don Alonso, orgulloso, sostuvo al pequeño en brazos como quien presenta al mundo la continuidad de su estirpe, mientras doña María Vilela, agotada pero sonriente, acariciaba la frente de Juan, temerosa de que el primogénito sintiera que su reino infantil quedaba compartido.

Pasaron dos inviernos y, en una madrugada de viento frío, la familia volvió a reunirse en torno a la cuna. Esta vez fue una niña la que vino al mundo, y recibió el nombre de su madre, María Vilela. Sus cabellos, finos como hilos de luz, y sus manos diminutas parecían prometer una delicadeza que contrastaba con la rudeza de los muros que la cobijaban. Juan, ya un niño de seis años, miró a su nueva hermana con una mezcla de curiosidad y extraña responsabilidad, como si en aquel instante comprendiera que la historia de su familia se estaba tejiendo con hilos que también le pertenecían.

Juan siempre recordaría aquella mañana. Crecía como crecen los árboles en tierras fértiles, sin que nadie lo notara del todo, pero con una firmeza silenciosa. Su cuerpo, alargado y huesudo al principio, iba cobrando una fuerza discreta, no de músculos ostentosos, sino de nervios bien templados, como cuerda que no se rompe. El sol del campo le tostaba la piel, y el viento parecía querer llevárselo, pero él permanecía erguido, ligero y resistente.

Sus manos, aún juveniles, solían aferrarse a viejos libros de tapas gastadas que olían a polvo y devoción. Pasaba las tardes sumergido en textos religiosos, devorando con avidez cada palabra, como si en ellas se ocultara un misterio al que solo él tuviera derecho.

Sus ojos, serios para su edad, brillaban con un fervor silencioso mientras recorría las páginas, y a veces, sin darse cuenta, murmuraba fragmentos de oraciones que aprendía de memoria.

Así, entre la brisa que agitaba los trigales y el murmullo de sus lecturas, Juan iba forjando no solo un cuerpo delgado pero resistente, sino también un espíritu que empezaba a endurecerse en la fe y el anhelo de comprender lo sagrado.

Pasó el tiempo. Una mañana, cuando el sol se había levantado con una luz más clara que otras veces, se levantó el polvo dorado de la plaza y el relincho de caballos impacientes, tres figuras emergieron como si el tiempo hubiera detenido su paso para dejarles entrar.

Miguel, Gabriel y Diego Roco y Campofrío. Tres nombres que ya entonces se pronunciaban en voz baja y con respeto, como quien recuerda a los que cabalgaron al lado mismo de los Reyes Católicos en la guerra de Granada. No eran leyenda, allí estaban, de carne y hueso, con las ropas aún teñidas de viaje, las espuelas brillando, el porte recto como lanzas.

Los hombres murmuraban; las mujeres, entre abanicos, fingían no mirarles. Pero Juan, con la mirada limpia de sus ocho años, no tenía reparos en contemplar. Veía en ellos algo que no podía explicarse con palabras, el peso de haber visto morir y vivir, de haber cabalgado contra murallas moriscas y sentir bajo las botas el temblor de la victoria.

La villa de Alcántara, ese día, estaba encendida. El juego de cañas —esa justa festiva en que los caballeros arrojaban cañas a modo de lanzas y las esquivaban con destreza— era un espectáculo reservado para ocasiones memorables. Y lo era. Los tres capitanes habían

vuelto, cansados de guerra, pero no de mostrar al pueblo el arte de cabalgar como príncipes.

Miguel, el mayor, llevaba un jubón de terciopelo granate, con bordados de oro que reflejaban la luz del sol como brasas vivas. Gabriel, el del medio, montaba un alazán que parecía entender cada movimiento de su jinete antes de que este lo hiciera. Diego, el más joven, reía bajo su bigote apenas crecido, con la ligereza de quien aún siente que la vida le debe más gestas.

Juan no podía apartar los ojos de los caballos. Los veía galopar, alzar polvo, describir arcos perfectos al girar. Los escuchaba resoplar como si fueran dragones domados, y en cada maniobra veía chispas de aquel arte que en la guerra había significado la diferencia entre caer o vencer.

Cuando Miguel alzó la caña, el público guardó silencio. La madera ligera voló por el aire y, en un instante, Gabriel la esquivó con un quiebro elegante, para devolverla en un arco limpio hacia Diego. Este, riendo, la atrapó en pleno galope y la lanzó contra el aire como un desafío. La plaza estalló en aplausos.

Juan sintió un calor extraño en el pecho. No era solo admiración, era la intuición de que, en algún momento, él también querría cabalgar así, sentir el viento cortar-le el rostro, dominar la fuerza de un animal poderoso. Quizá, pensó, algún día él también sería capitán de los Reyes... aunque los Reyes que él conociera fueran otros, y las guerras, distintas.

Pero por ahora, bastaba con mirar. Con grabar en su memoria aquella mañana de sol, cañas y polvo dorado. Bastaba con saber que había hombres capaces de hacer del peligro un arte, y del arte, un juego.

El bullicio de la plaza no menguó. Desde las ventanas altas, las damas de Alcántara observaban, algunas

con sonrisas discretas, otras con el gesto contenido de quien sabe que no debe mostrar demasiado interés. El aire olía a pan recién horneado, a sudor de caballo y a ese leve perfume de flores secas que los comerciantes colgaban en las puertas para espantar insectos.

—¿Quiénes son, madre? —preguntó Juan, estirándose para ver mejor.

—Gente que ha visto más mundo del que tú podrías soñar, hijo —respondió la mujer sin apartar la vista—. Y mejor que así sea.

Pero Juan no estaba dispuesto a que así fuera. Las palabras de su madre, lejos de enfriar su curiosidad, encendieron en él un fuego que ardía con cada galope.

En el centro de la plaza, Miguel desmontó con una soltura que hizo aplaudir a la multitud. Se quitó el sombrero emplumado e inclinó la cabeza en un saludo amplio, propio de cortesano.

—Alcántara —dijo con voz grave—, hemos vuelto. Y si la guerra nos ha robado años, hoy os los devolvemos en juego y destreza.

El griterío fue tal que Juan sintió vibrar el suelo. Gabriel y Diego se acercaron para alinear sus caballos junto al de Miguel.

—Que hablen las cañas, no las lenguas —rio Diego, y lanzó la suya en un arco tan alto que parecía querer rozar las nubes.

Juan se abrió paso entre la gente. Nadie le prestaba atención, era apenas un niño más en la muchedumbre, un gorrión entre halcones. Llegó hasta la empalizada que delimitaba el juego y se colgó de una de las tablas para ver mejor. Allí, tan cerca, el galope le retumbaba en el pecho, como si cada golpe de casco fuese un tambor llamándole a otra vida.

—¡Eh, chiquillo! —una voz ronca le hizo girarse. Un anciano, envuelto en una capa raída, le observaba con media sonrisa—. No parpadees, que un día querrás recordar cada detalle.

—Eso hago, señor —respondió Juan—. ¿Usted los conoce?

—Conocí a su padre, que en gloria esté —dijo el viejo señalando a Miguel—. Y si tú tienes buen ojo, quizá algún día ellos conozcan tu nombre.

Juan no supo qué contestar. El anciano ya había vuelto a mirar el juego, como si con eso la conversación quedara cerrada.

El polvo se alzó en un último giro. Miguel, Gabriel y Diego se cruzaron en pleno galope, lanzando las cañas y recogiénolas sin errar una sola vez. Cuando detuvieron a sus caballos, los animales resoplaban como si hubieran corrido hasta el fin del mundo.

La multitud rugió, y Juan sintió que algo invisible lo ataba para siempre a aquel instante. No eran solo tres caballeros jugando, eran tres hombres que traían con ellos un eco de la guerra, del honor y de la gloria que un niño apenas podía comprender.

Pasaron los años, Juan contaba apenas ocho años. Si su madre fue la lámpara que veló su alma, su padre fue la mano que encendió en Juan el amor por el conocimiento. Hombre cultivado, de maneras sobrias y palabra mesurada, se ocupó de enseñarle las primeras letras con paciencia. Juan siempre recordaría las mañanas, sentado junto a la mesa de nogal, con la pluma y el tintero al alcance, dictándole sílabas y corrigiendo con suavidad sus torpes trazos. Nunca alzaba la voz, y cuando notaba en su desánimo, intercalaba una anécdota o una cita que despertaba su curiosidad.

Bajo su guía aprendió a leer y escribir, y pronto, como si se tratara de un jardín secreto que se abría de golpe, se aficionó con ardor a la lectura de libros piadosos y devotos. Don Alonso le dejaba hojear sus propios volúmenes, que guardaba en una alacena de madera oscura y que desprendían ese aroma a papel envejecido y tinta que, desde entonces, asoció con la sabiduría.

No había texto de vidas de santos, meditaciones espirituales o tratados de virtud que no quisiera devorar con avidez. Los leía primero por deleite, como quien encuentra un manantial en medio del camino; pero pronto comprendió que aquellas páginas eran también alimento para el alma.

Cada párrafo le parecía una chispa que encendía alguna reflexión, y aquellas máximas de perfección cristiana se quedaban rondando en su pensamiento durante días. Sus manos, aún juveniles, solían aferrarse a viejos libros de tapas gastadas, algunos copiados a mano, otros impresos en las recientes prensas que llegaban de tierras lejanas. Entre ellos estaban las Confesiones de San Agustín, que le estremecían el alma; la Imitación de Cristo, que lo invitaba a la humildad; y, fragmentos de la Summa Theologica de santo Tomás de Aquino, donde encontraba respuestas y, más aún, nuevas preguntas.

Pasaba las tardes sumergido en esos textos, devorando con avidez cada palabra, como si en ellas se ocultara un misterio al que solo él tuviera derecho. Sus ojos, serios para su edad, brillaban con un fervor silencioso mientras recorría las páginas, y a veces, sin darse cuenta, murmuraba fragmentos de oraciones que aprendía de memoria.

Su padre, al advertir este fervor, le animó a no dejar que el olvido apagara esas luces. Le aconsejó que

anotara en un pequeño cuaderno todo aquello que le impresionara o moviera el corazón. Y así lo hizo, compró un librito de tapas modestas, pero de hojas limpias y suaves, donde, con mi letra joven y un tanto irregular, fue copiando las sentencias y documentos que deseaba conservar. Ese librito se volvió, con el tiempo, mi más fiel compañero. Lo llevaba con él adondequiera que iba, como otros llevan amuletos o retratos. Lo abría en las pausas de la jornada, en la quietud de la siesta o en el silencio de la noche, y cada lectura le devolvía la frescura de aquella primera impresión.

Hasta el día de su muerte no se desprendió de él. Fue el recordatorio constante de que las enseñanzas de la infancia, tanto las de su madre como las de su padre, no eran sólo un tesoro guardado, sino un caudal vivo, que podía brotar en cualquier momento para regar mi vida entera.

Alentado por el favor que en sus padres hallaba para todo lo bueno, Juan creció sin temor de que su fervor fuese mal interpretado o sofocado. Antes bien, veía en sus miradas y en sus palabras un estímulo constante para buscar, en cada día, un poco más de Dios. Así fue que, con el correr del tiempo, tomó por costumbre hacer frecuentes y largas visitas a la iglesia de Alcántara. Aquel templo, con su aroma de incienso antiguo y la penumbra de sus naves, se le había vuelto un refugio, un lugar donde el alma respiraba con libertad.

No sólo allí, sino también en el oratorio de su casa, pasaba muchas horas orando, como si la vida entera se le midiese no por días, sino por la intensidad de sus coloquios con el cielo. Y en esas horas de silencio, la oración le elevaba hasta abismarse en la contemplación de los divinos misterios. El mundo exterior se desvanecía; quedaban sólo él y Aquel a quien amaba en lo secreto.

Ocurrió cierto día —uno de esos en que el sol se cuela apenas por los vitrales, pintando de oro y azul el polvo que flota en el aire— que Juan se retiró a un rincón apartado de la iglesia. Allí, donde la sombra era más densa y el murmullo del exterior no llegaba, se recogió en lo más hondo de su espíritu. Las cuentas del rosario pasaban lentamente por sus dedos, pero sus labios ya no se movían; su alma había entrado en un silencio más elocuente que toda palabra.

Fue así como lo hallaron, horas después, los criados de su casa y algunas personas que habían venido a buscarle, preocupados por su ausencia. Lo encontraron inmóvil, de rodillas, con la cabeza levemente inclinada, como quien escucha una voz que nadie más oye. No se sobresaltó al verlos, apenas levantó los ojos, y en ellos brillaba una paz que imponía respeto.

Comprendieron entonces —aunque no pudieran explicarlo del todo— que la oración y la meditación eran para Juan la verdadera escuela donde se aprenden todas las virtudes. Allí se fragua la paciencia, allí se aviva la caridad, allí se temple el espíritu contra las tentaciones. Y él, sin haber salido aún de la edad de un niño, había llegado a un alto grado de perfección que muchos adultos apenas sueñan alcanzar.

Era como si en él se cumpliera aquel misterio de los lirios que crecen en medio del campo sin que nadie los cultive: alimentados por la luz y la lluvia invisibles, hermoso sin buscarlo, perfumando todo lo que les rodea.

Cuando Juan contaba ocho años, la muerte visitó su hogar con el silencio solemne que precede a las grandes ausencias. Su padre, aquel maestro paciente que le enseñó las primeras letras y le abrió el gusto por los libros, partió de este mundo, dejando tras de

sí no sólo un vacío en la casa, sino un eco profundo en el corazón de su hijo. El duelo fue largo, y aunque la madre procuró templar la tristeza con palabras de fe, Juan no dejó de sentir que la luz de uno de sus faros se apagaba para siempre.

Don Alonso Garavito dejó fundada una memoria perpetua por los difuntos. Era cofrade de las asociaciones del Corpus y de Santispiritus, y de hecho mandó enterrarse en la iglesia del hospital del Santispiritus de Alcántara.

Al año siguiente, el destino torció el rumbo de la casa. La viudez de doña María Vilela fue breve, no por ligereza del corazón, sino por las necesidades y alianzas que imponía la vida en Alcántara. Así, volvió a contraer matrimonio con don Alonso Barrantes, hombre maduro y de porte grave, que había sido esposo de la noble doña María de Campofrío, fallecida en el año de gracia del año 1507.

Al pasar a nuevas nupcias entraron en juego cinco hijos más que aportó don Alonso Barrantes de su primera mujer doña María de Campofrío, un poco mayores que Juan, tuvieron que influir en el ánimo del niño para ir preparando el porvenir y destino que la providencia iba abriendo paulatinamente a los ojos de Juan. Estos fueron, Francisco, Alonso, María de Campofrío, Hernando y Gonzalo.

Alonso, curtido por los años y la política local, traía consigo la experiencia de quien ya había conocido las dichas y las ausencias del hogar. De aquella nueva unión, en la primavera de 1510, nació Pedro Barrantes Maldonado, un niño de mirada penetrante que parecía observar el mundo con una seriedad impropia de su corta edad. Su llegada sumó otra voz infantil a la casa, ya colmada de risas, llantos y carreras, donde Juan y García

Garavito empezaban a descubrir los lazos y las rivalidades de la hermandad. Pronto obtuvieron el fruto de este segundo matrimonio naciendo su hija Francisca.

Sin embargo, la memoria de su padre se convirtió para Juan en un acicate. Se decía a sí mismo que debía honrar su herencia no sólo con el cariño, sino con el esfuerzo. Y así, entre los diez y los trece años, comenzó a estudiar gramática y retórica en su pueblo natal, con el ardor de quien ve en las letras un puente hacia los sueños.

Aquellos estudios, modestos en apariencia, eran en realidad los cimientos para una empresa mayor, seguir como su padre, la carrera de leyes en la célebre Universidad de Salamanca. La disciplina del latín, con sus declinaciones y reglas, y el arte de la retórica, con sus giros y cadencias, le parecían no simples obligaciones escolares, sino llaves que abrían puertas a un mundo más vasto.

En las mañanas, cuando el gallo apenas anunciaba el día, se sentaba junto a la ventana con sus libros y cuadernos, mientras el aire fresco del campo se mezclaba con el aroma del pan recién hecho. Su madre, siempre vigilante, le animaba a perseverar, recordándole que las letras, si van de la mano de la virtud, engrandecen más que cualquier fortuna heredada.

Juan aprendió gramática junto con otro compañero, Pedro de Sanabria. Juan y Pedro de Sanabria compartían una mesa de madera maciza, en el rincón más sombrío de la pequeña aula del colegio, donde los rayos del sol apenas lograban colarse a través de los cristales empolvados. La rutina, de esos días, parecía repetirse en un ciclo interminable, marcado por las horas dedicadas a la gramática, pero también por la promesa de algo más allá de las reglas de conjugación y sintaxis.

En ese tiempo, Juan era aún un joven cuyo rostro reflejaba la ansiedad de los días por venir, la incertidumbre de aquel futuro al que se acercaba paso a paso, con la compañía de su inseparable compañero de estudios, Pedro. Los dos compartían más que libros y cuadernos. Eran dos almas que, aunque venían de mundos distintos, se encontraban bajo la misma enseñanza, luchando por comprender los intrincados caminos del latín, ese idioma que parecía encerrar todo el conocimiento de su época.

Fue en esas largas jornadas de aprendizaje cuando conocieron al hombre que se convertiría en una figura central en sus vidas: el bachiller sacerdote don Diego Durán. Su primera impresión fue, como la de todos, la de una figura imponente, de una quietud que transmitía respeto desde el primer momento. Don Diego se presentaba ante ellos con una seriedad que no dejaba lugar a la frivolidad, pero también con una bondad que se ocultaba tras su mirada fija y profunda.

Hombre alto, de cabello gris que ya había abandonado su antiguo negro con el paso de los años, don Diego tenía un andar pausado, como si cada paso estuviera cargado de una reflexión profunda, de una paciencia que solo los años otorgan. Su voz, suave pero firme, resonaba en las paredes del aula con una cadencia casi musical, como si cada palabra tuviera un peso propio. No era un hombre dado a las sonrisas fáciles ni a las palabras ligeras. En su mirada había algo más, una concentración absoluta en el misterio que para él representaba cada uno de sus alumnos.

Aquel hombre había sido preceptor en Alcántara durante muchos años. Un cargo modesto, pero lleno de dignidad, que le había permitido ganarse el respeto de generaciones de jóvenes. El sueldo, como era habitual

en esos tiempos, era un asunto complicado. No dependía solo de la iglesia, sino también de las familias de los estudiantes, que a menudo no podían cumplir a tiempo con sus aportes. Y así, don Diego Durán sobrevivía con lo que podía, como un hombre que no buscaba riquezas materiales, sino el valor incalculable de educar a las mentes del futuro.

Su presencia en la vida de Juan y Pedro fue, desde el principio, como un río subterráneo que, sin prisa, empezaba a trazar surcos en sus pensamientos. Don Diego no enseñaba como otros maestros. No se limitaba a dictar lecciones o a imponer reglas de un lenguaje. Más bien, veía a cada uno de sus alumnos como una obra en proceso, una historia en construcción, una promesa de lo que podrían llegar a ser si se les daba el tiempo y la dedicación necesarios.

—Cada palabra que pronuncian —les decía con su voz grave y pausada— tiene el potencial de transformar lo que ven y lo que entienden del mundo. Si aprenden a mirar el lenguaje con profundidad, aprenderán también a mirar la vida con ojos nuevos.

Era extraño, pensaba Juan mientras lo escuchaba, cómo alguien podía tomar tan en serio la gramática, un tema tan aparentemente árido, y dotarlo de tal carga emocional. Pero así era don Diego. Como un sacerdote del conocimiento, no solo enseñaba reglas, sino que hacía de la enseñanza un acto de fe, un esfuerzo por construir algo más allá de las palabras, algo que perdurara en el tiempo. La mirada de don Diego, a menudo fija en el horizonte, parecía ver algo que los demás no alcanzaban a ver.

—Cada uno de ustedes —continuaba el maestro, en su estilo tranquilo y meticuloso— tiene una histo-

ría que contar. Y aunque la gramática sea el puente por el que lleguemos al entendimiento de esa historia, es a través del lenguaje que cada uno de ustedes podrá dar forma a lo que todavía está por escribirse.

Para Juan, las palabras de don Diego eran como un eco lejano, que de alguna manera comenzaba a resonar con más fuerza en su interior conforme pasaban los días. La gramática ya no le parecía una simple acumulación de reglas. Empezaba a ver en ella un mapa, una guía que podría ayudarlo a descubrir algo mucho más grande, algo que no se encontraba en los libros, sino en lo que él mismo sería capaz de crear.

Pedro, por su parte, observaba a don Diego con una admiración casi reverencial. Aunque su carácter era más extrovertido, y sus preguntas no siempre tenían la misma profundidad que las de Juan, sentía una especie de fascinación por el modo en que el maestro podía transformar algo tan abstracto como el conocimiento en algo vivo, algo palpable.

Don Diego no solo les enseñaba latín o griego. Les enseñaba a ser, de alguna manera, más humanos. Y de esta manera, las clases no solo se convertían en un espacio de aprendizaje, sino también en una especie de ritual en el que Juan y Pedro, con su juventud y sus anhelos, comenzaban a entenderse a sí mismos, a través de la relación que establecían con las palabras.

Pero no todo era fácil en aquel camino. Juan, que a veces se sentía perdido en la maraña de verbos y declinaciones, empezaba a cuestionarse la verdadera utilidad de tanto esfuerzo. Y más de una vez, se encontraba mirando las nubes a través de la ventana, preguntándose si alguna vez podría llegar a comprender completamente las lecciones que don Diego impartía.

Pero cuando su mirada se cruzaba con la del maestro, algo cambiaba. Como si ese hombre de mirada profunda y voz pausada supiera exactamente lo que le faltaba a Juan para seguir adelante, y sin decir una palabra, lograra transmitirle la calma necesaria para dar otro paso.

Así fue como Juan, junto con Pedro, comenzó a caminar por ese misterioso sendero de la gramática, guiado por la figura de don Diego Durán, quien, sin prisa pero con certeza, les mostró que el verdadero conocimiento no es solo el que se encuentra en los libros, sino el que se descubre en la perseverancia y el esfuerzo diario.

Y aunque aún les quedaba mucho por aprender, algo dentro de Juan comenzó a cambiar. Ya no veía la gramática como un obstáculo, sino como una herramienta poderosa que, si bien difícil de dominar, tenía la capacidad de abrir puertas a un mundo infinitamente más grande de lo que nunca imaginó.

La escuela no era más que una sala amplia en una casa de piedra junto a la iglesia. Las paredes olían a cera y a papel viejo. Sobre la mesa del bachiller, siempre había un tintero de cobre y una pluma de ave, además de una campanilla de bronce que utilizaba para imponer silencio.

—Juan —dijo el primer día, mirándole por encima de las lentes—, aprenderás a leer no solo para recitar oraciones, sino para comprender el mundo. Y aprenderás gramática, porque las palabras mal puestas son como soldados desordenados: no ganan batallas.

Juan escuchaba con atención, aunque en su mente, de vez en cuando, la voz del maestro se mezclaba con el eco de cascos y el chocar de cañas que recordaba de la plaza. Sin embargo, pronto empezó a encontrar en los libros algo de aquella misma fascinación, relatos de reinos lejanos, vidas de hombres valerosos, historias

que hacían que el mundo pareciera más grande que aquel puente de Alcántara.

A veces, el bachiller Durán se detenía a observarle escribir.

—Tienes la mano firme —decía—. Algún día, quizá, esa misma firmeza te sirva para empuñar algo más que una pluma.

Juan sonreía, sin atreverse a confesar que ya lo había imaginado. Porque en su corazón había empezado a crecer la certeza de que aprender letras y gramática no le apartaría de su principal vocación sino que, de algún modo, le acercaría más a la Iglesia.

Con el paso de los meses, Juan fue dominando los secretos de la gramática como quien pule un instrumento hasta hacerlo cantar con pureza. La retórica, por su parte, le enseñó que la palabra podía ser espada y bálsamo, según la mano que la empuñara. Y en él, siempre inclinado a lo bueno, floreció un gusto por el decir claro y el razonar justo, virtudes que habrían de servirle tanto en los tribunales como en la vida.

La idea de Salamanca, pronunciada en casa casi con reverencia, crecía en su imaginación como una ciudad de torres doradas donde el saber se ofrecía a raudales. Aunque era joven, sentía que su destino lo llamaba, y que la senda de su padre no estaba trazada sólo en la memoria, sino en su propia vocación.

Fue su padrastro, don Alonso Barrantes, quien, de común acuerdo con doña María, determinó enviarlo a la ciudad del Tormes en el año del Señor de 1513. Así, con apenas la juventud asomando en sus facciones, Juan emprendería el camino hacia Salamanca, llevando consigo más esperanza que equipaje, y una disposición del alma que, sin saberlo, ya le preparaba para una misión mayor que sus propios sueños.

Llegó por fin el día en que su madre, con lágrimas que mezclaban pena y orgullo, dispuso su partida. Salamanca quedaba a muchas leguas, y el viaje, a lomo de mula y por caminos polvorientos, sería para Juan una experiencia nueva. Partió en una mañana clara, llevando consigo un pequeño equipaje: ropas modestas, algunos libros, el librito de máximas que había empezado en la infancia y que no abandonaba nunca, y el recuerdo vivo de su hogar.

El camino se abría entre campos de trigo, olivares y aldeas donde las campanas saludaban a los viajeros. Juan observaba todo con la curiosidad del estudiante y la serenidad del que sabe que cada paso lo acerca a un umbral importante. Por las noches, bajo el cielo tachonado de estrellas, repasaba en su memoria las lecciones aprendidas y, antes de dormir, encomendaba su viaje a la Virgen María, como su madre le había enseñado.

Cuando por fin avistó las torres de Salamanca, bañadas por la luz dorada del atardecer, sintió que entraba en un mundo nuevo. Las calles, llenas de estudiantes de todas las regiones, resonaban con acentos diversos y discusiones acaloradas. La Universidad se erguía como un palacio del saber, y Juan, con el corazón encendido, cruzó su umbral con la misma reverencia con que se entra en un templo.

Allí comenzaría sus estudios formales en leyes, siguiendo la huella de su padre, pero sin abandonar jamás aquel otro estudio silencioso que había aprendido en la iglesia de Alcántara y en el oratorio de su casa: el de la oración y la contemplación, que para él eran el verdadero fundamento de toda ciencia.

Salamanca, en aquel año de 1513, era un crisol donde se fundían voces, rostros y costumbres de todo el reino.

Entre las piedras doradas por el sol y los ecos seculares de campanas y pregones, latía una ciudad cosmopolita, colorista y bulliciosa. Las calles, estrechas y retorcidas, hervían de estudiantes que se movían como enjambres inquietos: unos discutían acaloradamente en latín, otros recitaban versos de memoria, y no faltaban los que, con paso ligero, se dirigían a alguna taberna donde se vendía vino agrio y conversación fácil.

Las casas y pensiones albergaban un mosaico humano inacabable, mozos de Andalucía y de otros lugares, con su gracia pronta y su acento cantarín; recios hijos de Castilla, lacónicos y firmes como las torres de sus pueblos; navarros de palabra sonora, y también gallegos, catalanes, aragoneses, todos reunidos por una misma ambición: beber de las fuentes del saber que manaban de aquella Universidad, orgullo de España y faro de Europa.

En los claustros, el ambiente era igualmente heterogéneo, los ecos de las lecciones magistrales se mezclaban con el murmullo de estudiantes que repasaban textos de Aristóteles o Santo Tomás; y no era raro que una disputa filosófica se encendiera de repente, arrastrando a curiosos y eruditos en torno a un punto de lógica o teología.

En ese hervidero humano, el joven Juan, recién llegado de manos de su padrastro don Alonso Barrantes y su madre, no perdió el fervor de su espíritu. Salamanca podía tentar con mil ruidos y distracciones, pero él, como un caminante que avanza en línea recta a través del mercado, no apartaba los ojos de su meta. Su vida transcurría entre las aulas, la oración y el estudio, con la misma serenidad que un monje en su celda, aunque estuviera rodeado del bullicio de medio mundo.

Era de notar cómo Juan se mantenía en equilibrio entre el recogimiento y la vida pública de la ciudad. No era un ermitaño, escuchaba, conversaba, aprendía de todos, pero nada parecía arrancarle el núcleo de devoción que llevaba en el pecho. Por las mañanas, se le veía cruzar la Plaza Mayor antes de que el sol la inundara; en la mano, un libro encuadernado en cuero gastado, y en el rostro, una expresión de calma que contrastaba con el apresuramiento de otros compañeros.

En las tardes, tras las lecciones, no corría a los lugares de recreo, sino que se recogía en alguna iglesia silenciosa —San Esteban, San Martín, o en la misma Catedral—, donde pasaba largos ratos meditando, siempre sobre la misma materia, la pasión y muerte de Cristo. Sus ayunos eran discretos, su descanso breve, y su trato, afable sin ser excesivamente familiar. Esa templanza en todas las cosas le granjeó pronto el respeto de profesores y estudiantes.

Los años en Alcántara habían pasado como agua de río manso. Allí conoció al bachiller don Diego Durán, con el que tuvo una gran amistad. Allí fue contemporáneo en los estudios de su propio hermano, Alonso Barrantes Campofrío, cuyo temperamento más serio equilibraba el entusiasmo de Juan. Compartieron pupitre y noches de estudio con otros jóvenes que más tarde serían nombres respetados: el licenciado Francisco de Cáceres, hijo de Alonso de Cáceres y de Florinda López de Horna; el licenciado Perero, descendiente de Rodrigo de Neyra e Isabel Rodríguez de Cabrera; y el bachiller Gonzalo de Aldana, hijo de Francisco de Aldana y María de Torres.

En las aulas resonaban los ecos de disputas sobre derecho, teología y filosofía, pero también el rumor

de futuros destinos, cargos en la Corte, embajadas, capellanías y, para algunos, nuevas campañas militares. Juan escuchaba a sus compañeros discutir sobre leyes y cánones, pero a menudo, cuando la lección se alargaba, su pensamiento se escapaba a aquella plaza de Alcántara y al brillo de las espuelas de Miguel, Gabriel y Diego Roco y Campofrío. Comprendía que, en un reino donde la palabra escrita podía cambiar el curso de una causa o legitimar una herencia, la pluma era tan peligrosa como la espada. Sus amistades en Salamanca le enseñaron que el linaje y el saber, juntos, abrían puertas que ni el filo más agudo podía forzar.

Fue en uno de esos días de estudio y recogimiento cuando conoció a un joven maestro que, años más tarde, habría de convertirse en una de las luminarias espirituales de España, el beato Juan de Ávila. El encuentro tuvo lugar en un claustro, en medio de un debate teológico. El joven Ávila, de verbo encendido y agudo razonamiento, exponía sus ideas con una pasión que atraía a cuantos pasaban. Juan, que hasta entonces había permanecido en un segundo plano, escuchó en silencio, pero con creciente admiración.

Después, se acercó y, con esa cortesía suya que no era fruto de cálculo sino de natural nobleza, inició un diálogo. La conversación derivó pronto hacia los grandes temas de la vida cristiana, y ambos descubrieron que compartían un mismo anhelo, poner el estudio y la inteligencia al servicio de Dios y del bien de las almas.

Desde aquel momento, nació entre ellos un afecto respetuoso, más hecho de comprensión mutua que de palabras frecuentes. Ávila supo reconocer en Juan un espíritu sólido, de cimientos hondos, y Juan vio en Ávila un ejemplo de fervor intelectual que no se dejaba arrastrar

por la vanidad. Aunque en aquellos años sus caminos no siempre coincidieran, la estima mutua perduró, y el recuerdo de ese primer encuentro quedó vivo en el corazón de Juan como un signo de providencia.

Así transcurrían los días en Salamanca. Afuera, la ciudad seguía siendo un teatro inagotable, los pregoneros anunciaban mercaderías, las damas cruzaban las calles con el rostro oculto bajo mantos oscuros, los caballeros discutían sobre política o sobre el último suceso en las Indias, y los estudiantes, siempre en tropel, alternaban los libros con las guitarras. Pero en el interior de Juan, el mundo se ordenaba de otra manera. Todo aquel bullicio, lejos de disiparle, le servía de telón de fondo para afirmar más aún su propósito.

Y así, paso a paso, levemente, sin estridencias, el joven estudiante iba siendo formado, no solo por los doctos libros y las sabias cátedras, sino por la silenciosa labor que Dios obraba en su alma, preparándole para los altos destinos que, aún ocultos, ya se cernían sobre su vida.

Apenas despuntaba el alba, la ciudad se desperezaba lentamente. El primer repicar de campanas —grave, como un latido antiguo— resonaba desde la Catedral, y un fresco aroma a pan recién horneado se escapaba de las tahonas. Las callejuelas de piedra, todavía húmedas por el rocío nocturno, se iban llenando de pasos: criados que acudían a la compra, estudiantes que, con la capa recogida al cuello, buscaban un jarro de leche caliente antes de la primera lección, y mercaderes que abrían sus portones mostrando telas, especias y libros.

La Plaza Mayor, todavía sin el esplendor arquitectónico que siglos después la haría famosa, era ya un hervidero. Allí se reunían campesinos de las aldeas vecinas con sus mulas cargadas de trigo, cabreros que traían leche

en odres de piel, vendedores de frutas que pregonaban a voces su mercancía. Las gentes se mezclaban en un ir y venir constante, y entre ese tráfico no era raro encontrar a un clérigo discutiendo con un artesano sobre el precio de un breviario, o a un joven noble cortejando, con discretas palabras, a una dama que fingía no escuchar.

En las pensiones estudiantiles, donde el bullicio nunca descansaba del todo, la vida era un mosaico de acentos y costumbres. En una misma mesa podían reunirse un muchacho sevillano, alegre y ocurrente, con un austero soriano de pocas palabras y un navarro de carácter vivo, pronto a levantar la voz en defensa de sus opiniones. Entre ellos se producían amistades, rivalidades y alianzas fugaces, siempre animadas por discusiones sobre teología, derecho o gramática latina.

Juan, sin embargo, vivía en una pensión modesta, no por obligación sino por elección. Le incomodaban los ambientes donde la charla se prolongaba hasta altas horas, y prefería retirarse temprano a la soledad de su aposento, iluminado por una vela temblorosa y por el silencio que él mismo cultivaba. En su mesa de madera, gastada por los años, se acumulaban pergaminos, cuadernos y algún libro encuadernado en cuero, con las esquinas comidas por el uso.

No obstante, no rehuía el contacto con otros estudiantes. Paseando por el claustro de la Universidad, donde el sol entraba a jirones por los arcos, escuchaba atentamente las discusiones de filosofía que se improvisaban junto a los pilares. Allí fue donde, un día, volvió a encontrarse con Juan de Ávila. Esta vez, la conversación giró en torno a un sermón escuchado la víspera, en el que un predicador había mezclado con excesiva soltura las Sagradas Escrituras con proverbios populares. Ávila, con un

brillo irónico en los ojos, criticaba la falta de rigor; Juan, más templado, defendía que incluso las palabras sencillas podían tocar un corazón si se hablaban con caridad. Entre ambos no hubo disputa, sino un intercambio respetuoso que atrajo la atención de los presentes.

Las tardes en Salamanca tenían un pulso propio. Tras la última campanada de las clases, los estudiantes se dispersaban: unos buscaban distracción en los corrales de comedias, otros se dejaban arrastrar por los juegos de dados y naipes en las tabernas. Las calles se llenaban de músicas, de guitarras y flautas, de coplas improvisadas que subían hasta los balcones.

Pero Juan prefería encaminar sus pasos hacia alguna iglesia tranquila, como San Esteban, donde los dominicos cultivaban la enseñanza y la oración. Allí, el olor a incienso, las voces graves de los salmos y la luz tamizada de los vitrales lo envolvían en una atmósfera que le parecía más verdadera que cualquier fiesta. No era un hombre triste, pero sí alguien que encontraba la alegría en la intimidad del alma, más que en el ruido exterior.

La ciudad, con todo su bullicio, no logró entibiar su fervor. Antes bien, lo templó, como el fuego endurece el acero. Salamanca era un lugar de pruebas, había que aprender a caminar entre tentaciones sin perder el rumbo, y en eso Juan parecía tener un instinto natural. Ni el vino ni las risas fáciles, ni las discusiones vanas ni las promesas de gloria mundana, consiguieron apartarle del propósito que, aunque no formulado en palabras, ardía silenciosamente en su interior: servir a Dios con todo su ser.

El joven no lo sabía aún, pero aquellos años entre piedras doradas, rostros extranjeros y aulas resonantes estaban forjando en él un temple que sería decisivo

para su destino. Y si la historia de Salamanca recordaría nombres de doctores y catedráticos, también quedaría, invisible para muchos, la huella de un estudiante que pasaba inadvertido entre la multitud, pero que llevaba consigo la semilla de obras que un día edificarían pueblos y salvarían almas.

El primer encuentro formal entre Juan Garavito y Juan de Ávila había sido breve, un saludo cordial en el claustro tras una lección, pero fue suficiente para que ambos sintieran la afinidad de sus espíritus. Sin embargo, la segunda vez, aquella que selló su amistad, ocurrió en circunstancias más singulares.

Era una tarde de otoño. El aire traía un olor a leña quemada y a hojas húmedas, y el cielo, de un gris plañido, parecía aplastar la ciudad con un silencio pesado. Juan había salido de la Universidad con un libro bajo el brazo —un volumen de San Bernardo— cuando vio a Ávila, apoyado en una columna del claustro, conversando con un grupo de estudiantes. No discutían sobre Aristóteles ni sobre retórica, sino sobre algo más urgente: un compañero enfermo que no podía costear un médico.

—No es sólo caridad lo que se requiere —decía Ávila, con su voz grave—, sino constancia. El enfermo no necesita visitas aisladas, sino cuidado diario.

Juan, al escuchar aquello, se acercó sin interrumpir. Cuando el grupo se dispersó, ofreció lo poco que tenía: algunas monedas y su tiempo para atender al enfermo. Ávila le miró, con esa intensidad suya que parecía atravesar la piel.

—No es común que un estudiante se aparte de sus libros para lavar una frente febril —le dijo.

—Quizá no lo sea —respondió Juan—, pero es más difícil leer las Escrituras si no se practica lo que enseñan.

Desde ese día, empezaron a encontrarse con frecuencia, ya fuera en la penumbra de una iglesia o en los pasillos resonantes de la Universidad.

Una tarde invernal, el frío se colaba por las rendijas de las ventanas de la pensión donde vivía Juan. Ávila había pasado a visitarle, llevando bajo el brazo un cuaderno lleno de notas. La conversación derivó pronto hacia la vida universitaria y sus peligros.

—La ciencia hincha si no se equilibra con la humildad —dijo Ávila, acercándose a la lumbre—. Hay estudiantes que entran aquí buscando sabiduría y salen buscando aplausos.

—Es cierto —asintió Juan—. Por eso prefiero no discutir demasiado en público. A veces, las palabras son menos útiles que el ejemplo.

Ávila sonrió con una mezcla de aprobación y picardía.

—Y sin embargo, hermano, llegará el día en que deberás hablar, aunque no quieras. Dios no siempre llama a los discretos para que se oculten; a veces, los saca a la plaza y les pide que prediquen.

Juan no respondió. Miró el fuego, como si buscara allí una respuesta que aún no estaba preparado para pronunciar.

En Semana Santa de aquel año, Salamanca entera se volcó en las procesiones. Las calles se cubrieron de incienso, velas y cirios encendidos que temblaban en manos de niños y ancianos. Los pasos de madera tallada, con imágenes de Cristo y la Virgen, avanzaban entre tambores y cantos.

Juan y Ávila coincidieron en la procesión del Santo Entierro. Caminaron juntos, en silencio, entre la multitud, siguiendo el lento compás de los portadores. En un momento, Ávila se inclinó hacia él y susurró:

—Mira los rostros... no todos piensan en lo que ven.

Juan comprendió. Entre la devoción sincera de algunos, había también quienes acudían por costumbre, o por curiosidad.

—Por eso —añadió Ávila—, nuestra tarea no es sólo predicar con palabras, sino despertar corazones dormidos.

Aquella frase quedó grabada en Juan, como una semilla que germinaría mucho después.

Hubo también tardes de estudio compartido, donde la conversación pasaba de la teología a la vida práctica, de Santo Tomás a los problemas de la gente común. Ávila tenía un modo directo de hablar, sin adornos, que a veces chocaba con la forma más contemplativa de Juan, pero esa diferencia les enriquecía.

Un día, revisando un texto sobre la pasión de Cristo, Ávila cerró el libro y dijo:

—Es inútil leer sobre el sufrimiento del Señor si no sufrimos con Él por los demás.

Juan, que meditaba ese mismo pasaje casi a diario, levantó la vista.

—Yo prefiero sufrir en silencio.

Ávila sonrió, pero esta vez con un matiz de desafío.

—Y yo prefiero sufrir haciendo ruido, para que otros despierten. Tal vez tú y yo seamos dos herramientas distintas para el mismo taller.

En las viejas aulas salmantinas, donde el eco de los pasos parecía arrastrar siglos de docta tradición, se dejaba ver cada mañana el joven Juan. No era de esos estudiantes que buscaban llamar la atención con gestos altivos o palabras ruidosas; su sola presencia, sin embargo, despertaba un respeto silencioso.

Venía precedido de las mejores recomendaciones y poseía, además, esa rara suma de virtudes que hacen a

un hombre digno de estima. Su ingenio, agudo y claro como el agua de las fuentes del Tormes, se armonizaba con una gallarda presencia que imponía sin imponerse. Tenía la frente ancha y despejada, donde parecía reposar la luz de las ideas; los ojos, rasgados y expresivos, miraban siempre con un brillo sereno que invitaba a la confianza.

Su modestia no era fingida, sino fruto de una naturaleza profunda y honrada, que encontraba más mérito en escuchar que en exhibir lo sabido. Por eso, y por una simpatía que parecía encenderse con la sola conversación, se había ganado el afecto de condiscípulos y maestros.

Asiduo a las aulas, jamás se le veía faltar a una lección. Sus manos, manchadas a veces con la tinta de los apuntes apresurados, parecían hechas para el estudio; sus pasos lo conducían de la biblioteca al aula, y de allí a su celda de estudiante, sin dejarse tentar por los pregones festivos ni por las músicas que llenaban las plazas en días señalados. Las diversiones mundanas pasaban junto a él como un río del que no bebía, su vocación estaba en otra parte, entre los libros, las ideas y el silencio fecundo de quien sabe que el tiempo es un capital que no se malgasta.

En aquella Salamanca que dormía bajo el peso de su historia, Juan caminaba como un discípulo antiguo en un claustro eterno, escribiendo, sin saberlo, las primeras líneas de una vida que habría de dejar huella.

A todo esto añadía la disciplina de un alma entregada a lo alto, la frecuente recepción de los sacramentos, que buscaba cada día con un fervor sin alardes, el alimento parco y el sueño breve, reservando las mejores horas para el ejercicio de la santa oración y la meditación. Y en esas meditaciones, el tema constante, casi único, era

la pasión y muerte de Cristo, que contemplaba con recogimiento tan hondo que parecía ausentarse del mundo.

Por estos medios, Juan se mantuvo en una piedad discreta y firme, en el santo temor de Dios y en la gracia que alimentaba su espíritu. Poco a poco, sin que él mismo lo advirtiese, iba moldeando su corazón y su entendimiento para cumplir, en el tiempo señalado, los altos designios a los que el Señor le llamaba: para su gloria, la edificación de los pueblos y el bien de muchas almas que algún día se cobijarían bajo su palabra y su ejemplo.

En los claustros sombríos de la antigua Universidad de Salamanca, donde las voces de los maestros se alzaban como ecos solemnes entre las bóvedas, reinaba en la cátedra de Prima el doctor don Lorenzo Galíndez de Carvajal. Hombre de porte grave y palabra certera, había sido profesor de Juan Garavito, quien lo recordaba como a un sabio cuya voz se escuchaba con un respeto casi reverencial. No era solo académico, relator y refrendario del rey, consejero de peso en los asuntos del reino, su juicio se contaba entre los más influyentes de su tiempo. Sin embargo, aquellas responsabilidades lo mantenían a menudo lejos de Salamanca, y la cátedra sentía su ausencia en largas temporadas.

Juan, en sus andanzas por la Facultad de Leyes, tuvo también trato con otro catedrático de Prima, don Tomás de San Pedro, hombre de temple jurídico y mirada penetrante. Y en las lecciones de vísperas, entre velas y pupitres de madera gastada, conoció a don Alonso de Zúñiga y a don Fernando Rodríguez de San Isidro, lectores dedicados, cuyas voces modulaban la tarde con el murmullo constante del latín y el derecho, como si quisieran enlazar la tradición de siglos con las inquietudes de una nueva generación.

Con aquellos ilustres catedráticos, Juan prosiguió sus estudios de Leyes, empapándose de las disquisiciones jurídicas y los debates que encendían las aulas salmantinas. Día tras día, bajo la luz tamizada que entraba por los ventanales góticos, copiaba dictados, comentaba glosas y dejaba que el latín y las leyes moldearan su entendimiento.

Más, a pesar del prestigio que prometía la carrera, en su interior crecía una voz más honda, un impulso sereno pero firme que lo apartaba de la senda de los pleitos y los pergaminos.

La vida de Juan en Salamanca parecía destinada a discurrir entre libros de leyes, glosas romanas y pleitos que se debatían con la misma pasión que batallas campales. Sin embargo, desde hacía meses, un rumor suave pero persistente rozaba su alma. No era una voz que llegara a través de los oídos, sino un llamado que vibraba en lo más hondo de su ser, como una campana lejana cuyo tañido atravesara paredes y distancias.

Mientras copiaba dictados de derecho canónico, su mente se escapaba hacia imágenes de campos abiertos, de pobreza alegre, de hombres que caminaban sin más riqueza que un crucifijo y la certeza de servir al Altísimo. Las palabras de los evangelios —tan comentadas en las aulas— adquirirían para él un peso nuevo, ya no como teoría, sino como mandato: “Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme”.

Frecuentaba el convento de San Esteban, allí los frailes vestían hábito sencillo, blanco, escapulario y manto negro. Confeccionado en sarga blanca y negra. No poseían más que lo necesario para vivir: un breviario, una escudilla para el alimento y, sobre todo, la fraternidad que los unía.

Su vida diaria alternaba la oración en coro con el trabajo manual, labraban la tierra, cuidaban enfermos, enseñaban a los niños, y recorrían caminos predicando el evangelio con palabras simples y actos de amor. Eran hombres de paz, enemigos de la avaricia, que creían que la alegría verdadera solo brotaba de un corazón despojado.

Para ellos, el convento no era una prisión, sino un puerto. Allí se oraba, se estudiaba la Escritura, se meditaba en silencio, y desde allí se salía al mundo con la sola riqueza del mensaje de Cristo. Los frailes eran mendicantes: no vivían de rentas ni de tierras, sino de la caridad que los fieles les ofrecían, convencidos de que su pobreza era una forma de unión con el mismo Jesús, que no tuvo dónde reclinar la cabeza.

Al comprender esto, el corazón de Juan se inclinó definitivamente. Ya no le importaba el prestigio de ser doctor en leyes ni la posibilidad de ocupar algún día un sillón en los consejos del reino. Sentía que todo eso era hojarasca frente a la brasa viva que ardía en su interior.

El cambio no fue súbito, pero sí inevitable. Una tarde, al salir de una lección, se detuvo junto a la capilla universitaria. El humo del incienso flotaba en el aire, las voces del coro entonaban el Salve Regina, y en ese instante, Juan supo que Dios lo llamaba a otra cátedra, una que no estaba en Salamanca ni en ningún edificio de piedra, sino en el ancho mundo y en el humilde claustro de los hijos de San Francisco de Asís.

La fama de la Orden Menor había llegado hasta él mucho antes de que pensara en vestir el sayal. Fundada por el pobrecillo de Asís, el hermano Francisco, era una hermandad que no buscaba el poder ni la gloria mundana, sino la imitación más pura de Cristo pobre y crucificado.

Permaneció en Salamanca hasta el año del Señor de 1515, y allí dejó inconclusos sus estudios, obedeciendo a aquella llamada que no admitía demora.

Juan no fue de aquellos hombres que toman decisiones apresuradas o se dejan arrastrar por entusiasmos fugaces. Su vocación no nació de una crisis repentina ni de una visión celestial desbordante, sino de una lenta maduración, silenciosa y profunda, alimentada por años de estudio, observación y recogimiento interior. Tuvo una juventud larga, no en el sentido cronológico, sino en el espiritual: una etapa dilatada, rica en experiencias formativas, donde la inquietud del alma buscaba su forma definitiva.

Durante esos años, en los que muchos se distraen con el bullicio del mundo o se pierden en la maraña de las ambiciones terrenales, Pedro se fue despojando poco a poco de todo lo accesorio, de todo lo que no conducía a la verdad interior. Su mirada, que en la adolescencia había sido rápida, curiosa y dispersa, se fue volviendo serena, concentrada, casi contemplativa. No era aún fray Pedro, pero el germen del religioso ya habitaba en él, como una semilla en espera del momento propicio para romper la tierra.

Su formación fue completa y rigurosa. Estudió con empeño no solo las letras sagradas, sino también la filosofía, la teología moral y los textos de los primeros franciscanos. Allí, en las páginas polvorientas y llenas de fervor de San Buenaventura y de los antiguos cronistas de la Orden, fue comprendiendo el sentido profundo del carisma franciscano. Pero no se trataba de un estudio académico, Juan no leía para impresionar ni para enseñar, sino para vivir. Cada línea leída era un paso más hacia una comprensión radical del espíritu de

San Francisco, una purificación del alma, una conversión progresiva del entendimiento y del deseo.

Fue así como, al llegar el momento de abandonar Salamanca, no lo hizo con tibieza ni reservas, sino con una determinación firme y luminosa, deslumbrante para quienes lo conocieron. Lo que para otros era símbolo o consigna, para él era mandato vital. No aceptaba la pobreza como una condición externa o una simple disposición de vida religiosa, sino como el fundamento mismo de su existencia espiritual. Renunció no solo a los bienes materiales, sino al deseo de poseer, al orgullo de saber, al consuelo de la seguridad. Quiso vivir despojado de todo lo que no fuera Dios.

Su vida fue profundamente influida por el ambiente espiritual de su tiempo, particularmente por el impulso renovador que se vivía en la Provincia de San Gabriel, una comunidad franciscana que, lejos de los relajamientos del pasado reciente, se esforzaba por retornar al espíritu primitivo de la Orden. Aquella provincia, escondida en su geografía de montes y caminos pedregosos, era un refugio de almas que habían redescubierto la radicalidad del Evangelio. Allí se amaba la pobreza, no como un ideal abstracto, sino como un modo concreto de configurar la vida. Se vivía la descalcez con orgullo humilde, como signo de comunión con los pobres, de proximidad con la tierra y de fidelidad al Cristo desnudo y crucificado. Juan encontró en ese ambiente la confirmación de lo que ya ardía dentro de sí. No tuvo que forzarse a esa vida, la abrazó como quien finalmente halla su hogar después de años de búsqueda. Su entrega no fue parcial ni condicionada, sino total. Y de esa entrega nacería más tarde su vida ejemplar, sus decisiones valientes, su austeridad sin afectación, su mirada limpia de todo interés propio.

Muchos lo recordarían después como un hombre que parecía no haber conocido la duda. Pero quienes compartieron con él los años de formación sabían que esa firmeza no era innata, sino fruto de una lucha larga, de una juventud bien aprovechada, llena de silencios, lecturas, trabajos humildes y vigiliass nocturnas. Una juventud en la que cada paso fue dado con sentido, con discernimiento, con una claridad interior que pocos alcanzan.

El deseo de Juan de ingresar en el convento de Valencia de Alcántara se había convertido en una llama que no dejaba de arder, pero como todo ingreso en una orden, requería no solo vocación, sino también la aprobación de la comunidad. Fue entonces cuando intervino una figura providencial, su tío, fray Miguel Roco y Campofrío, que figuraba como superior de los Majarretes, convento situado en las montañas que separan a España de Portugal.

Juan recogió sus libros, cerró cuidadosamente la arqueta donde guardaba sus pocas pertenencias y, tras despedirse de los compañeros y maestros, emprendió el camino de regreso a su hogar natal en Alcántara. El viaje fue largo y no exento de fatiga, dejó atrás las torres doradas de Salamanca, cruzó dehesas extensas donde el ganado pastaba bajo el sol de invierno, y atravesó ríos cuyas aguas, frías y veloces, parecían querer detenerle.

En las posadas, escuchaba las voces de mercaderes que discutían precios y rutas, y en las aldeas veía niños correr por las calles de barro mientras las campanas de las parroquias marcaban la hora de la oración. Las noches, envuelto en su capa, miraba el cielo tachonado de estrellas y se preguntaba si aquel destino nuevo al que se encaminaba era realmente el suyo, o si aún quedaba en él un resquicio del estudiante que había sido.

Aquel invierno, el cielo parecía más bajo y las nubes más pesadas, como si se inclinaran sobre la tierra para escuchar sus secretos. Juan, con la autorización del custodio bien guardada en el bolsillo de su jubón, emprendía viaje hacia Alcántara, donde quiso pasar a despedirse de su familia antes de entrar en el convento como novicio. Quería despedirse de los suyos antes de continuar el rumbo que la Providencia le había trazado.

El camino, enfangado por las lluvias recientes, se convertía a ratos en un lodazal donde los pies quedaban atrapados como prisioneros. Sin embargo, Juan avanzaba con paso firme, pues el calor de la misión que llevaba en el pecho bastaba para mantenerle erguido.

No imaginaba que, antes de llegar a su destino, viviría lo que más tarde sería recordado como el primer milagro de su vida.

Al alcanzar la confluencia del río Tiétar y el Tajo, por la parte de la venta de la Bazagona, en tierras cacereñas, se encontró con una escena desalentadora. Ambos ríos bajaban crecidos, rugiendo con la fuerza desatada de las aguas recién nacidas de la sierra. La corriente chocaba contra las orillas con un bramido que recordaba al fragor de una batalla.

La barca que cruzaba habitualmente se hallaba en el margen opuesto, inmóvil como una promesa incumplida. Entre él y su meta no había sino un abismo de agua turbulenta y fría como la muerte.

Juan se detuvo. Sintió, más que el frío, la impotencia. Sus manos se apretaron sobre la tela húmeda de su jubón, notando el pliegue donde descansaba la autorización del custodio. Cerró los ojos y, con la sencillez de quien ha aprendido que la fe es conversación y no ceremonia, rogó al cielo:

—Señor, si es tu voluntad que prosiga, abre para mí un camino que mis fuerzas no pueden abrir.

Se sentó en una piedra junto a la orilla, aguardando con paciencia que la ocasión de pasaje se presentara. El viento agitaba los sauces, el rumor del agua llenaba el aire, y el tiempo parecía haberse detenido para poner a prueba su calma.

Pero la espera fue breve. Inopinadamente, sin que supiera explicar cómo, se encontró al otro lado. No recordaba haber sentido el frío del agua, ni el vaivén de la barca, ni voz humana que le hubiera socorrido. Sólo la certeza, tan firme como el suelo bajo sus pies, de que estaba a salvo en la orilla contraria.

Juan cayó de rodillas y, con las manos abiertas hacia el cielo plomizo, dio gracias a Dios. Luego, sin más demora, reanudó el camino hacia Alcántara, llevando en el corazón la convicción de que no viajaba solo.

Al llegar a Alcántara, la visión de los muros de piedra y del puente romano que se alzaba sobre el Tajo le produjo un estremecimiento. Allí estaban sus raíces, el aire limpio de su infancia, el murmullo de las aguas que tantas veces había escuchado de niño. Pasó unos días en la casa familiar, reencontrándose con el calor del hogar y los rostros conocidos. Pero la llamada de su vocación no tardó en hacerse urgente.

La villa de Alcántara, envuelta en el manto húmedo del invierno, recibía a los viajeros con el olor a humo de chimenea y el sonido lejano de campanas amortiguadas por la niebla. Juan, después de varios días de camino, reconoció las siluetas familiares de las murallas y el arco de San Benito recortado contra el cielo gris.

Sus botas, manchadas de barro, resonaron sobre el empedrado al cruzar la puerta de la villa. No llevaba es-

tandartes ni heraldos, pero en sus ojos brillaba una luz que parecía más alta que cualquier pendón. Esa misma luz hizo que los vecinos que le conocían desde niño se giraran a mirarle.

Su madre, al verle entrar, le abrazó con fuerza, como si quisiera asegurarse de que era de carne y hueso y no una visión nacida de sus plegarias. Juan apenas tuvo tiempo de contarle el milagro: la voz de su madre corrió más rápido que él.

—¡Dios le ha hecho cruzar los ríos crecidos sin barca!
—decía a quien quisiera oírla.

Pronto, en las casas y tabernas, se repetía la historia. Algunos la recibían con reverencia, haciendo la señal de la cruz. Otros, escépticos, sonreían con indulgencia, pero aun así escuchaban. Porque, en el fondo, todos en Alcántara sabían que el agua del Tajo y del Tiétar en crecida no perdonaba a nadie... y que salir ileso de sus corrientes era algo que no se explicaba con palabras corrientes.

En la plaza, un anciano que antaño había sido barquero sentenció:

—Yo he visto ahogar bueyes en esas aguas. Si el mozo las cruzó y sigue vivo, es porque Dios le tomó de la mano.

La frase se repetía como un eco, adornada con cada narración, hasta que el milagro dejó de ser un secreto de familia para convertirse en parte de la memoria colectiva de la villa.

Juan, sin buscarlo, empezaba a verse a sí mismo como un instrumento de algo mayor. No llevaba hábito ni sotana, pero la gente lo miraba con un respeto nuevo, como si en sus pasos hubiera huellas invisibles que no le pertenecían del todo.

Estuvo en su villa natal varias semanas. Una mañana, antes de que el sol se alzara por completo, tomó el camino hacia Valencia de Alcántara. El sendero serpenteaba entre encinares y jaras en flor, y a cada paso, el mundo parecía volverse más silencioso, como si quisiera prepararle para la vida de recogimiento que le aguardaba.

Finalmente, divisó a lo lejos las torres humildes del convento de los Majarretes. Un convento situado en la falda de la sierra, entre ásperos riscos y en plena soledad. Allí, los frailes franciscanos lo recibieron con sonrisa serena y manos abiertas. Juan, dejando a un lado sus libros de leyes, abrazó el sayal pardo y el nuevo nombre que la vida le tenía reservado.

El sol de media mañana bañaba de luz dorada los muros encalados del convento de Valencia de Alcántara cuando fray Miguel, con paso firme pero sereno, condujo a su sobrino Juan hasta la portería. El portero, un hermano de rostro afable y manos curtidas, les abrió con un gesto respetuoso. El chirrido de la puerta de madera pesada marcó, para Juan, el cruce de un umbral invisible: el tránsito del mundo exterior al silencio sagrado de la clausura.

Era el día de su ingreso, fray Miguel lo esperó en la puerta del convento. La fachada encalada brillaba bajo el sol de la mañana, y el campanario dejaba caer un toque pausado que parecía marcar el inicio de una nueva vida. Juan sintió que el corazón le latía con fuerza. Su tío lo abrazó con firmeza y lo condujo al interior, atravesando el claustro silencioso.

—Bienvenido a tu casa, sobrino —dijo fray Miguel—. Aquí aprenderás que la verdadera libertad se encuentra en obedecer a Dios.

Juan cruzó el umbral con un nudo en la garganta. Aquel instante, sellado por la mano generosa de su tío, sería para él el primer paso de un camino que ya nunca tendría vuelta atrás. Fray Miguel Roco recabó la licencia del custodio fray Francisco de Fregenal, que estaba en Belvís.

Atravesaron el claustro, donde las losas antiguas guardaban el eco de siglos de pasos franciscanos. En el centro, el pozo de piedra reflejaba un cielo tan claro que parecía pintado. Los frailes, al ver a fray Miguel, inclinaban levemente la cabeza en señal de respeto, y algunos murmuraban entre sí con curiosidad al advertir la presencia del joven.

En la sala capitular, le esperaban varios frailes.

Fray Miguel apoyó ambas manos sobre los hombros de su sobrino y habló con un tono que mezclaba orgullo y humildad:

—Este es Juan Garavito, mi sobrino. Desea entregar su vida al Señor bajo la regla de nuestro padre San Francisco. He visto en él constancia, temor de Dios y un corazón dispuesto a la obediencia. Por eso me atrevo a presentarlo ante la comunidad.

—Si el Señor lo llama, nada debemos poner como obstáculo. Que la comunidad lo escuche, dijo fray Alfonso.

El sonido de la campana del Capítulo convocó a todos los frailes. Uno a uno fueron entrando, ocupando sus asientos de madera tallada, alineados a ambos lados de la sala. La luz entraba en haces oblicuos por las ventanas altas, iluminando partículas de polvo que flotaban como si fueran incienso invisible.

Cuando todos estuvieron presentes, el prior habló:

—Hermanos, hoy se nos presenta Juan Garavito, sobrino de nuestro amado hermano fray Miguel. Desea

ingresar en esta casa como novicio. Según la costumbre, debemos oírlo y discernir juntos si es digno de vestir el hábito de nuestra orden.

Con voz clara, aunque el corazón le latía con fuerza, Juan habló:

—Vengo, padres y hermanos, a ofrecerme a Dios en pobreza, castidad y obediencia, siguiendo el ejemplo de nuestro bienaventurado padre San Francisco. No traigo más que mi voluntad de servir y mi confianza en la misericordia del Señor.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. El prior hizo una señal y dos frailes trajeron un sayal pardo y un cordón con tres nudos. Fray Miguel, con manos firmes, ayudó a su sobrino a desprenderse de sus ropas de seglar y vestir el hábito. Al ceñir el cordón, el prior recitó en latín las palabras de admisión al noviciado.

Cuando terminó, la campana del coro resonó. Los frailes se levantaron y entonaron el *Te Deum*, mientras acompañaban a Juan hasta la iglesia. Allí, en el altar superior, se celebró una misa de acción de gracias. Juan, de rodillas, sentía el peso y la ligereza de su nueva vida: peso por la responsabilidad, ligereza por la paz que inundaba su corazón.

A la salida, fray Miguel le susurró al oído:

—Ya eres uno de nosotros, hijo. Ahora empieza tu verdadero estudio, el de la humildad y el amor.

La vocación lo condujo a vestir el sayal pardo de San Francisco, y sus pasos, que tantas veces recorrieron el empedrado universitario, lo llevaron ahora al silencio recogido del convento de los Majarretes, donde las campanas marcaban un tiempo distinto, más cercano al cielo que a las leyes de los hombres.

Esa misma noche, en la penumbra de la capilla, mientras las velas lanzaban destellos sobre el crucifijo, Juan se arrodilló. El prior pronunció unas oraciones antiguas, le entregó el sayal y el cordón, y con aquel gesto, el joven estudiante de leyes se convirtió en un hermano menor.

Desde entonces, sus días se llenaron de campanas al alba, salmos cantados en coro, trabajo en el huerto, visitas a enfermos y horas de silencio fecundo. Comprendió que el mundo podía cambiar no solo desde los estrados y las leyes, sino desde la oración, el ejemplo y el amor gratuito. Y así, bajo el manto de San Francisco, comenzó para Juan la verdadera obra de su vida.

En el silencio de aquellas celdas de piedra, comenzó para él un aprendizaje distinto, no escrito en pergaminos, sino en la observación del cielo, en el trabajo callado y en la oración constante. La Universidad había quedado atrás; ante él se abría otro claustro, el de la vida espiritual, donde las lecciones se aprendían de rodillas y las palabras más sabias eran las que no se decían.

La vida en el convento tenía un ritmo que no dependía de relojes, sino de las campanas y del sol. El primer toque resonaba en la madrugada, cuando la noche aún guardaba su silencio más profundo y el cielo apenas insinuaba el pálido resplandor del amanecer. Juan, envuelto en su sayal de lana áspera, se incorporaba del jergón de paja, sentía el frío de la piedra bajo los pies descalzos y, sin más abrigo que la determinación, caminaba hacia la capilla.

Allí, la penumbra se iluminaba con la luz trémula de unos pocos cirios. Los frailes, alineados en sus bancos, entonaban las matutinas, y la voz grave del coro se mezclaba con el canto lejano de algún gallo. Las oraciones, recitadas en latín, eran como olas que iban y venían, meciendo el alma en un vaivén de paz y recogimiento.

Terminada la oración, cada hermano se dirigía a su tarea. Algunos tomaban las azadas para trabajar en la huerta, donde crecían coles, ajos, habas y hierbas medicinales. Otros se internaban en el monte para recoger leña o cuidar el ganado. Juan, todavía nuevo, pasaba las primeras horas ayudando en lo que se le indicaba: limpiar las celdas, barrer el claustro, transportar cántaros de agua desde el pozo.

El mediodía llegaba marcado por el Ángelus. Todos dejaban su labor para reunirse en el refectorio. Allí, una mesa larga de madera albergaba los cuencos humeantes de sopa de verduras, el pan moreno y, alguna vez, queso o un poco de pescado. No se hablaba durante la comida; un fraile leía en voz alta las vidas de santos o pasajes de la Sagrada Escritura. Para Juan, aquellas lecturas eran alimento tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Las tardes se destinaban al estudio y a la meditación. En la biblioteca, que olía a pergamino y madera antigua, Juan descubría escritos de los Padres de la Iglesia, tratados de teología y los sermones del propio San Francisco, llenos de un ardor sencillo y desarmado. A veces, salía con un hermano mayor a visitar aldeas cercanas. Caminaban por caminos polvorientos, recitando el rosario, y al llegar predicaban en las plazas con palabras claras y humildes. No buscaban el aplauso, sino encender en otros la llama que ardía en sus propios corazones.

El anochecer traía consigo las vísperas. La luz dorada entraba oblicua por los ventanales, tiñendo el claustro de un calor sereno. Después de la oración, se servía una cena frugal: un poco de pan, algo de legumbres y agua. Luego, cada hermano se retiraba a su celda, donde el silencio de la noche envolvía todo.

Un día, apenas concluida la oración de prima, Juan se detuvo en la penumbra silenciosa de la iglesia conventual. El incienso de la última misa flotaba todavía en el aire, impregnando las bóvedas con su aroma dulce y penetrante. Fue entonces cuando reparó en algo que, hasta ese momento, había mirado sin detenerse: el ábside.

No era como los que había visto en Salamanca o en las parroquias de su infancia. Allí, la piedra se alzaba en dos niveles, y en cada uno reposaba un altar. El inferior, recogido y cercano al suelo, quedaba resguardado bajo la bóveda, como si abrazara el misterio en un nicho íntimo. Sobre él, separado por aquel techo de piedra, se erguía otro altar, alineado con el plano del coro, al que se accedía por unas escaleras que se perdían en la sombra.

De pronto comprendió su razón, el altar de abajo, abierto al pueblo llano, permitía que los fieles pudieran asistir, desde la nave, a la misa que se celebraba allí, a la altura de sus miradas y de sus corazones. El de arriba, en cambio, estaba destinado a la misa de comunidad. Desde el coro, los frailes podían seguir las ceremonias del Santo Sacrificio como una prolongación de su oración coral, sin mezclarse con el bullicio de la feligresía.

La disposición le pareció, a un tiempo, práctica y mística. Era como si aquella arquitectura de piedra quisiera enseñar que el cielo y la tierra podían encontrarse en un mismo punto, pero en planos distintos: abajo, la voz del pueblo; arriba, el canto de la comunidad consagrada. Entre ambos, la bóveda actuaba como un firmamento de piedra que separaba, sin romper, la unidad del culto.

Durante un largo rato, Juan permaneció allí, observando la luz que entraba por los ventanales y se posaba, como un velo dorado, sobre los dos altares. Sintió que

aquel doble santuario era un reflejo de la vida misma: dos niveles de servicio a Dios, el de los que peregrinan en el mundo y el de los que han consagrado su existencia al claustro, unidos en un mismo acto de fe que ascendía hacia lo alto.

La primera vez que asistió a la misa del pueblo en el altar inferior, Juan se mezcló entre los feligreses como uno más. Había mujeres con pañuelos oscuros cubriendo la cabeza, campesinos con las manos endurecidas por el trabajo, niños inquietos que se acomodaban en los bancos de madera. El murmullo previo a la ceremonia se apagó cuando el sacerdote se acercó al altar, y el silencio fue roto solo por el repiqueteo suave de la campanilla y el murmullo de las oraciones en voz baja.

Desde su posición, Juan podía ver cada detalle del altar: los candelabros de bronce gastado, el mantel bordado con hilos que parecían oro bajo la luz de las velas, y, sobre todo, el cáliz, que resplandecía como si contuviera un pedazo de amanecer. El sacerdote, con movimientos pausados, oficiaba de cara al retablo, y el pueblo respondía con devoción sencilla, uniendo su vida diaria —el arado, la molienda, la crianza de hijos— a aquel momento sagrado.

Días después, le tocó participar en la misa de comunidad, en el altar superior. El acceso era discreto, una escalera estrecha, iluminada apenas por la luz que se filtraba de las vidrieras altas. Al llegar, el coro se abría como un balcón interior sobre el ábside, con vistas a la bóveda que separaba los dos altares. Allí, todos los frailes estaban alineados en sus sitiales de madera tallada, con el hábito cayendo en pliegues hasta los pies.

La misa en el altar alto tenía otra sonoridad. El canto gregoriano llenaba el espacio de resonancias profundas;

el órgano, aunque modesto, añadía un fondo solemne que parecía elevar el alma más allá de los muros. No había niños ni campesinos, sino la comunidad reunida, consciente de que cada palabra, cada nota, era ofrecida en nombre de todos.

Juan, desde su banco, miró hacia abajo, como quien contempla desde una ventana abierta al mundo. Imaginó al pueblo reunido bajo ellos, en la misa del altar inferior, y sintió que, aunque separados por la bóveda, estaban unidos en un mismo misterio. El incienso que ascendía del altar alto parecía buscar el incienso del altar bajo, como dos ríos que confluyen en el mismo mar invisible.

Con el paso de las estaciones, Juan aprendió a amar cada detalle, el perfume del romero en primavera, el crujido de la escarcha bajo sus sandalias en invierno, el canto de las cigarras en verano, y la lluvia golpeando los tejados en otoño. Entendió que la pobreza no era carencia, sino plenitud sin exceso. Y que, en la sencillez, Dios se dejaba encontrar con más facilidad que en los salones llenos de oro.

A veces, al mirar desde el huerto las colinas lejanas, recordaba las aulas de Salamanca y sus compañeros de estudio. Pero no sentía nostalgia, sino gratitud. Todo lo vivido lo había conducido hasta allí, a esa vida donde cada amanecer era una lección y cada noche una entrega.

Así, en el convento de los Majarretes, Juan halló la verdadera universidad, la que enseñaba a vivir con humildad, a trabajar con amor y a servir sin esperar recompensa. Y, bajo el cielo inmenso de Extremadura, se convirtió en un verdadero hijo de San Francisco.

Durante el noviciado, se le confiaron sucesivamente los oficios de sacristán, refitolero y portero, que desempeñó con gran asiduidad, aunque no siempre con

eficacia, pues era un tanto distraído. Por ejemplo, su superior tuvo que reprenderle porque, al cabo de seis meses como refitolero, no había servido ni una sola vez fruta a la comunidad. El joven se excusó diciendo que nunca había encontrado fruta, cuando le hubiese bastado levantar los ojos para ver que del techo del refectorio colgaban enormes racimos.

Desde el primer día de su noviciado, Juan se había distinguido por una singular constancia en todas las virtudes, que parecían haberlo escogido a él como morada. La humildad profunda fue su compañera más visible: nunca buscaba el primer lugar en el coro, ni permitía que se mencionaran sus méritos sin desviar la mirada hacia el suelo, como si no fueran suyos, sino dádivas prestadas por la misericordia divina.

La oración era su aliento diario. No la limitaba a los rezos reglados, sino que prolongaba las horas ante el Santísimo con la quietud de quien conversa con un amigo muy amado. Aun en las faenas del huerto o en el acarreo de agua, su mente permanecía recogida, como si cada golpe de azada o cada paso fueran también plegarias silenciosas.

Con el tiempo, la mortificación le hizo perder absolutamente el sentido del gusto; en cierta ocasión, encontró en su plato vinagre salado y lo tomó como si fuese la sopa ordinaria. Su lecho consistía en una piel sobre el suelo; solía emplearlo para arrodillarse a orar una buena parte de la noche y dormía sentado, con la cabeza contra la pared. Sus vigiliass constituían el aspecto más notable de sus mortificaciones, de suerte que el pueblo cristiano ha hecho de él el patrono de los guardias y veladores nocturnos. El santo fue reduciendo gradualmente el tiempo de su vigilia para no dañar su salud.

La penitencia y la mortificación formaban parte de su jornada como el amanecer y el ocaso. Ayunaba con disciplina rigurosa, dormía sobre una tabla cubierta apenas por un jergón, y no consentía para sí comodidades que pudieran adormecer su espíritu. Más de un hermano se asombraba de su resistencia, pues soportaba el frío sin quejarse y el hambre sin mostrar flaqueza.

Pero sobre todas estas virtudes, la que ardía como llama más pura en su corazón era el amor entrañable a la pobreza. No la veía como privación, sino como riqueza del alma, el punto cardinal de la Regla de San Francisco. Vestía con gusto el sayal remendado, se alegraba cuando compartía su pan con un mendigo, y nunca aceptaba conservar para sí nada que no fuera indispensable. Para él, la pobreza no era un peso, sino una puerta abierta hacia la verdadera libertad, esa que permite a un hombre caminar por el mundo con las manos vacías pero el corazón lleno.

Así, virtud tras virtud, se fue forjando el carácter de Juan, no como un adorno pasajero de juventud, sino como un sello que lo acompañaría hasta el último día de su vida.

En el año del Señor de 1516, cuando la primavera apenas despuntaba sobre las sierras extremeñas, el joven Juan, de porte grave y mirada serena, no tardaría en dejar atrás aquel nombre que le había acompañado desde la cuna. Según la costumbre de la Orden, y como si en el acto de renombrarse quedara sellada también la renuncia al mundo, el día de su profesión tomó para sí el apelativo de su tierra natal.

El día amaneció claro, con una luz que parecía haber sido medida y colocada por manos invisibles para la ocasión. El aire olía a incienso desde la madrugada, y los

campanarios repicaban con un ritmo grave que llamaba tanto a los curiosos como a los devotos.

Las ceremonias de la profesión, tal y como estaban descritas en el Monumenta Ordinis, eran un tejido de gestos antiguos, palabras sagradas y silencios elocuentes. Juan, consciente del peso de cada acto, las cumplió con el rigor de quien entiende que no se trata de un simple trámite, sino de un pacto eterno.

En la nave mayor del templo, las velas se alineaban como centinelas de luz, arrojando reflejos dorados sobre las piedras centenarias. El prior, revestido con capa pluvial bordada en hilo de oro, aguardaba en el presbiterio, mientras el coro entonaba un canto que subía como humo hasta perderse en las bóvedas.

Juan avanzó por el pasillo central con paso sereno, la vista fija en el altar. Cada paso era un compás más en una música invisible. Sus manos, unidas sobre el pecho, sostenían el silencio interior con la misma firmeza con la que un caballero sostiene la empuñadura de su espada.

El ritual se desarrolló con la solemnidad que el caso requería, las preguntas formales, pronunciadas con voz clara; las respuestas firmes, sin titubeo; el postrarse en tierra mientras el coro invocaba a todos los santos; el momento en que, tendido como muerto al mundo, Juan ofrecía su vida a un servicio que no conocería descanso.

Finalmente, con el sonido de la campanilla que anunciaba el instante culminante, el prior impuso sobre sus hombros el manto del hábito. El tejido áspero y pesado le cubrió como una segunda piel, y en ese gesto simbólico quedó sellado un compromiso que, a partir de ese día, sería tan inquebrantable como las piedras del monasterio.

Al salir del templo, el sol había cambiado, dorando el claustro con una luz nueva. Los hermanos de la Orden se acercaron a felicitarle, algunos con sonrisas discretas, otros con un leve toque en el hombro. Pedro inclinó la cabeza, humilde, pero en su interior sentía una paz tan intensa que no había palabras para describirla.

En la memoria de todos los presentes quedaría aquel día como un ejemplo de cómo la forma y el espíritu podían unirse sin fisura, el rigor del Monumenta Ordinis cumplido al pie de la letra, y el alma de un hombre entregada por entero a su vocación.

Desde ese día, los hermanos comenzaron a llamarle fray Pedro de Alcántara, y con esa nueva identidad se adentró en la vida de oración, silencio y penitencia, como quien se interna en un bosque sin sendero, guiado sólo por la luz interior.

Juan, como muchos jóvenes de su tiempo, había sido criado bajo la expectativa de que un día tomaría las riendas del hogar paterno. Su familia era de la vieja aristocracia local, y su linaje contaba con más de una generación de hombres que se habían distinguido en el servicio a la corona o en el mantenimiento de la vieja tradición de la tierra. Su padre, un hombre de rígida postura y adusto carácter, no había tenido jamás dudas sobre el camino que debía seguir su hijo. Pedro sería el sucesor, el que mantendría el patrimonio familiar, el que se encargaría de las propiedades, de los sirvientes, de la familia.

Pero Juan, había sido tocado por algo distinto, algo más profundo que los imperativos del deber familiar. La vocación que llevaba dentro desde su juventud no era la de heredar, sino la de construir, de reinventarse más allá

de los terrenos que le habían sido prometidos. Su relación con la educación, su amor por el conocimiento, habían ido madurando en silencio, como un río subterráneo que poco a poco encuentra su camino hacia la superficie.

Fue en la víspera de su ordenación como sacerdote cuando tomó la decisión definitiva. El camino que deseaba seguir no era el de las riquezas ni las tierras. Juan renunciaba a los bienes que le correspondían, en favor de su madre. Ella podría decidir qué hacer con ellos. Juan, por su parte, quería dedicarse al servicio de Dios, y a lo que el conocimiento pudiera enseñarle. Su madre, siempre más comprensiva, había aceptado su decisión con una serenidad casi maternal. Sabía que el amor por el conocimiento y la vida espiritual de Juan no podía ser contenido por los muros de la casa familiar.

Bajo la luz pálida de los amaneceres, fray Pedro aprendió que la verdadera soledad no es ausencia de compañía, sino presencia de lo divino. Y mientras las estaciones giraban en torno al campanario, aquel joven que llegó con polvo en las sandalias se convirtió en uno de los rostros más respetados de la vida espiritual de su tiempo.

Los primeros meses de fray Pedro de Alcántara en el convento de los Majarretes habían sido una forja lenta, como el trabajo del cantero que talla la piedra hasta que la forma oculta emerge. No había en él ambición de cargo ni deseo de notoriedad; su empeño era más hondo y silencioso. Se levantaba antes que el gallo, y en las madrugadas frías, cuando la escarcha vestía de plata los huertos, se le veía orando descalzo en el pequeño coro, envuelto apenas en el áspero sayal franciscano.

El rigor de su vida pronto llamó la atención de sus hermanos. Ayunaba con tal severidad que a veces parecía que sólo el aire y el silencio le sustentaban;

dormía sobre tablas, con una piedra por almohada, y su lecho era tan estrecho que más parecía tumba que cama. Sin embargo, su austeridad no era amarga: sus palabras eran dulces y su consejo prudente, como si cada frase hubiera sido madurada largamente en el silencio de su corazón.

Pasaron los meses y su fama de santidad traspasó las paredes del convento. En la mañana del 6 de junio de 1517, el aire de la villa de Valencia de Alcántara estaba impregnado de ese aroma húmedo y limpio que dejan las lluvias de primavera en la piedra vieja. Bajo las bóvedas del convento, la luz se filtraba en haces dorados, iluminando rostros serios y plumas dispuestas sobre pergaminos.

La Provincia Observante de Santiago, guardiana celosa de una tradición austera, había esperado este día con un silencio tenso. Frente a ellos, el venerable fray Ángel de Valladolid permanecía erguido, con la mirada de quien ha cruzado muchas sendas y sabe medir el peso de cada palabra. La sala estaba cargada de un rumor contenido, era el instante en que la voluntad de los hombres debía quedar escrita para permanecer más allá de sus vidas.

En un acto solemne, las manos manchadas de tinta dieron forma a la Concordia, un pacto que sellaba la entrega de siete conventos que la ciudad ofrecía generosamente. Entre ellos, el de San Francisco de Belvís, cuyo claustro blanco parecía esperar, al otro lado de la ciudad, la noticia que cambiaría su historia.

Las plumas trazaron los nombres y los sellos se estamparon con la gravedad de un juramento. Afuera, el tañido de las campanas se mezclaba con el murmullo del mercado, ajeno al hecho de que, en ese instante, el

mapa espiritual de Santiago se transformaba. Y así, bajo el cielo, se unieron en un mismo destino la vocación de los frailes y la voluntad de la ciudad, quedando todo consignado en la memoria escrita de aquel 6 de junio, día en que la piedra y la fe se dieron la mano.

A finales de 1517 salió fray Pedro de Alcántara de los Majarretes, enviado a diversas casas franciscanas, siempre llevando consigo la misma pobreza y el mismo fervor. Pero en su espíritu crecía una certeza: la Orden necesitaba una reforma, un retorno a la pureza primera de San Francisco, lejos de comodidades y tibiezas.

La Orden de los Hermanos Menores, fundada por Francisco de Asís a inicios del siglo XIII, constituyó una de las principales expresiones de espiritualidad cristiana en la Europa medieval. El ideal franciscano se caracterizó originalmente por la observancia estricta de la pobreza evangélica, renunciando tanto a la propiedad individual como a la colectiva. Sin embargo, tras la muerte del fundador en 1226, la Orden experimentó un proceso de diferenciación interna que derivó en tensiones doctrinales y disciplinarias.

Desde finales del siglo XIII comenzaron a manifestarse dos tendencias opuestas dentro de la comunidad. Por un lado, los denominados espirituales o celantes, quienes defendían la interpretación literal y rigurosa de la Regla, tal como la vivió Francisco, rechazando cualquier forma de mitigación. Por otro lado, los moderados, que optaban por una lectura más flexible del texto fundacional, considerando la estricta pobreza incompatible con las exigencias organizativas y misionales de una orden en expansión.

Estas tensiones persistieron durante los siglos XIV y XV, alimentando recurrentes intentos de reforma. A

inicios del siglo XV, el papa Martín V promulgó la bula *Ad statum Ordinis* (1428), mediante la cual se autorizaba a los franciscanos a percibir rentas procedentes de bienes inmuebles, así como otras concesiones que, en la práctica, relajaban el principio de pobreza absoluta. Este documento oficializó la división interna, consolidando dos ramas diferenciadas: los Conventuales, quienes aceptaban las mitigaciones pontificias, y los Observantes, que mantenían la adhesión estricta a la Regla *sine glossa* y al testamento de San Francisco. Cada una de estas ramas obtuvo un Superior General propio, institucionalizando así una escisión que marcaría la historia franciscana en la Edad Moderna.

Hacia finales del siglo XV, la Orden Franciscana experimentaba un notable declive espiritual respecto a los ideales originales de su fundador. Aunque formalmente subsistían las dos ramas principales —Conventuales y Observantes—, ambas habían evolucionado hacia posiciones menos estrictas que las defendidas en épocas anteriores.

Los Conventuales, que desde el siglo XV seguían la Regla en su formulación más amplia y con las concesiones pontificias incorporadas, continuaban observándola sin omitir formalmente sus preceptos. Sin embargo, su interpretación práctica distaba del primitivo espíritu de pobreza y austeridad: acumulaban privilegios, aceptaban rentas y habitaban en conventos de considerable tamaño, alejándose del modelo de vida itinerante y desposeída que propugnaba Francisco de Asís.

Por su parte, los Observantes, que en sus inicios habían defendido una adhesión rigurosa a la Regla *sine glossa* y al testamento del fundador, comenzaron también a adoptar una actitud más flexible. Aunque

mantenían un discurso de fidelidad al ideal franciscano, su práctica se reducía cada vez más a un cumplimiento literal de la norma, atenuando las exigencias extremas de pobreza y renuncia que habían caracterizado sus primeros tiempos.

Este proceso de relajación progresiva en ambas ramas reflejaba no solo la dificultad de sostener en el tiempo un modelo de pobreza radical en el contexto de una institución en expansión, sino también las dinámicas internas de adaptación que atravesaron muchas órdenes religiosas en vísperas de la modernidad.

A finales del siglo XV, la Orden Franciscana se encontraba en un estado de relajación disciplinaria que demandaba una profunda renovación espiritual e institucional. El ideal de pobreza y austeridad, núcleo del carisma fundacional de San Francisco de Asís, se había debilitado tanto en la rama Conventual, caracterizada por la acumulación de privilegios y bienes materiales, como en la Observante, cuya práctica se había reducido a una observancia meramente literal de la Regla.

En este contexto de decadencia, surgió en la región de Extremadura un movimiento reformista impulsado por frailes deseosos de restaurar el rigor y la pureza primitiva de la Regla Seráfica. Entre sus principales promotores destacan fray Juan de la Puebla, fray Juan de Guadalupe, fray Pedro de Melgar y fray Juan Pascual, quienes abogaron por una vida de austeridad evangélica y fidelidad absoluta al espíritu del fundador. Estos religiosos adoptaron como símbolo distintivo el capucho angulado que, según la tradición, había utilizado San Francisco, motivo por el cual fueron conocidos como frailes del Capucho.

El movimiento reformista obtuvo progresivamente el respaldo pontificio mediante diversas bulas, privilegios y concesiones emanadas de la Santa Sede. Dichos apoyos permitieron la consolidación y expansión del movimiento, favoreciendo el establecimiento de nuevos conventos y el fortalecimiento de una corriente que, con el tiempo, desembocaría en la creación de la rama de los Capuchos, uno de los intentos más significativos por devolver a la Orden Franciscana su primitivo fervor espiritual y disciplinario en vísperas de la Edad Moderna.

Así comenzó fray Pedro de Alcántara, con una regla austera y estrecha, a recorrer pueblos y montes, no como un predicador altisonante, sino como un hermano pobre que recordaba con su sola presencia la radicalidad del Evangelio. Fundó conventos pequeños, apartados, donde los frailes vivían casi como ermitaños. Su visión, aunque a veces incomprensible, acabó echando raíces profundas en la tierra extremeña y castellana.

En 1517, fray Pedro de Alcántara fue destinado al convento de Belvís, y allí, obediente a la voz de sus superiores, recibió el humilde oficio de limosnero. A partir de entonces, sus días se llenaron de caminos polvorientos, de posadas humildes y de pueblos dispersos entre colinas y ríos, donde iba implorando la caridad pública para sostener la vida de la comunidad.

Pero su jornada nunca comenzaba en las bolsas ni en las manos tendidas, al llegar a un pueblo, la primera visita era siempre para el Señor. Entraba en la iglesia, se arrodillaba en silencio y dejaba que su alma se recogiera ante el Sagrario, como quien se pone a las órdenes del verdadero Dueño antes de cumplir cualquier otro encargo. Solo después salía a recorrer calles y plazas, llamando a las puertas con una mezcla de mansedumbre y firmeza que despertaba respeto.

Los vecinos y caminantes pronto comenzaron a reparar en aquel fraile de andar ligero y mirada serena. No llevaba riquezas, pero parecía portar una paz que no se compraba. Algunos le ofrecían pan, otros unas monedas, y otros, quizás sin saberlo, recibían más de lo que daban: una palabra de consuelo, una bendición, una sonrisa breve que dejaba tras de sí la certeza de haber visto pasar a un hombre que vivía para Dios.

Fue de mucha notoriedad un caso sucedido en Belvís, villa apacible en apariencia, pero que en aquellos días ardía bajo la brasa de un conflicto que amenazaba convertirse en incendio abierto. Habíase concertado el matrimonio de una señora de noble estirpe con un caballero de la misma villa, unión que las familias esperaban como ocasión de acrecentar honores y fortalecer alianzas.

Mas, cuando el día señalado se acercaba, la joven, de carácter resuelto y espíritu altivo, declaró que no quería seguir adelante. La causa verdadera nunca fue del todo conocida; unos decían que había descubierto en el pretendiente un genio áspero, otros que su corazón no estaba llamado a esa unión. Sea como fuere, la negativa cayó como piedra en agua mansa: las ondas se extendieron, alcanzando a ambas familias, que pronto se vieron envueltas en reproches y desconfianzas.

El caballero, herido en su orgullo, mostró un enojo tan vivo que bastó para encender los ánimos de sus parientes y partidarios. Las calles comenzaron a dividirse en bandos; las miradas se volvieron duras, y las palabras, cortantes como acero. En los portales se murmuraba que pronto correría sangre.

El conde de Oropesa, señor con influencia en la comarca y preocupado por el giro que tomaban los acontecimientos, decidió apelar a quien ya era célebre por

sus dotes de reconciliador: fray Pedro de Alcántara. El fraile, que en aquellos días se hallaba en no muy lejano convento, aceptó sin demora, sabiendo que donde reina la discordia, la caridad tiene urgencia.

Llegó a Belvís sin alarde, caminando descalzo por las callejas empedradas, con el polvo del camino en el hábito y la paz en el semblante. No pidió primero hablar con las familias ni con el caballero ofendido; buscó a la joven. La halló en sus aposentos, entre cofres abiertos, flores frescas en jarrones y espejos adornados con cintas.

No se sabe con certeza qué palabras empleó, pero los que estaban cerca decían que su voz no fue áspera ni impositiva, sino suave y firme, como la lluvia que cala sin herir. Habló del mundo y su vanidad, de la brevedad de los días, de la hermosura que se marchita como flor de campo, y del gozo que no muere, hallado solo en Cristo. Le mostró que la libertad no consiste en seguir caprichos, sino en elegir el camino más alto.

La señora, que hasta entonces solo pensaba en adornos y entretenimientos, sintió abrirse en su corazón una claridad nueva. A los pocos días, para asombro de toda la villa, renunció no solo al matrimonio, sino a los halagos del mundo entero. Entró en el convento de franciscanas de Belvís y tomó el hábito, abrazando la vida de mortificación de Cristo.

Imitó a fray Pedro en la descalcez y en la austeridad, y vivió desde entonces tan penitente que muchos acudían a ella en busca de consejo o consuelo. La paz volvió a Belvís, no con pactos firmados, sino con el desarme de los corazones.

Desde aquel suceso, en las villas cercanas comenzó a llamársele a fray Pedro “el ángel de la paz”. Y con razón, no se limitaba a apagar incendios, sino que lograba

arrancar de raíz las espinas del rencor. Fue requerido en otras partes para componer las mayores discordias y reconciliar ánimos separados por viejos odios. Y en cada lugar, su sola presencia, unida a la palabra justa y el ejemplo vivo, parecía suficiente para que el orgullo cediera y la enemistad se rindiese.

En Belvís, se entrelazaron los recuerdos familiares y las huellas de su propia vocación. Belvís, una pequeña localidad que parecía acogedora y silenciosa, no solo representaba su pasado, sino también una red de conexiones profundas que le permitían mantener el equilibrio entre su vida contemplativa y las responsabilidades familiares que, aunque lejanas, nunca se borraban del todo de su memoria.

Los Maldonado de Belvís, parientes cercanos de fray Pedro, era una de las ramas más ilustres de su linaje, descendientes de don Rodrigo Arias Maldonado, hermano de la abuela materna de fray Pedro, doña Urraca González Maldonado. A través de estos lazos de sangre, el fraile siempre se sintió cercano a aquellos que, aunque pertenecieran a una familia noble, no dejaban de ser también sus hermanos en la fe. Los Maldonado, además de su parentesco directo, compartían con fray Pedro la devoción religiosa, y varios de ellos fueron franciscanos en la Provincia de San Gabriel, como los nietos de Rodrigo Arias: fray Francisco y fray Antonio Maldonado. La presencia de estos frailes en la Provincia siempre fue un consuelo para fray Pedro, pues en ellos veía el reflejo de la entrega y la vocación que tanto valoraba, no solo en los frailes de su orden, sino también en su propia familia.

En sus visitas a Belvís, fray Pedro experimentó algo más que el simple contacto con sus parientes, comenzó

a forjar allí una entrañable amistad con el conde de Deleitosa, don Francisco de Monroy, un hombre de nobleza y estatus en la región, cuya vida, aunque marcada por la grandeza de su apellido, buscaba también algo más allá de los lujos y el poder mundano. Don Francisco de Monroy, comprendiendo la profunda paz que emanaba de fray Pedro, encontró en él no solo un consejero espiritual, sino un amigo y guía que le brindaba la serenidad que su vida agitada no le proporcionaba.

Aquel conde, cuya vida estaba llena de las complejidades de la nobleza, veía en fray Pedro algo más que un fraile austero y de hábitos rigurosos. Veía en él a un hombre capaz de transmitir una paz que no dependía de los títulos ni de las riquezas, sino de la entrega y la humildad. De esta forma, la relación entre ellos no solo se forjaba en las conversaciones de lo divino, sino en el reconocimiento mutuo de que, en este mundo tan lleno de prisas y vanidades, la verdadera grandeza residía en el servicio a Dios y a los demás.

Fue en Belvís donde esa amistad se profundizó, en los silenciosos momentos compartidos en la oración, en las conversaciones sobre la vida espiritual, en los consejos y palabras que fray Pedro ofrecía con la humildad de quien no busca reconocimiento, sino solo la salvación de las almas. En sus visitas, el conde de Deleitosa fue acogiendo en su corazón las enseñanzas del fraile, encontrando en su figura no solo una guía, sino una inspiración para llevar una vida más centrada en la virtud y la caridad.

El conde, que más tarde sería conocido como padre de la futura condesa de Deleitosa y Oropesa, comenzó a experimentar la fuerza de la cercanía de fray Pedro. No solo era el vínculo de sangre lo que los unía, sino

la sólida base espiritual que ambos compartían. Fray Pedro, siempre discreto y alejado de cualquier tipo de ostentación, nunca buscó que su relación con don Francisco fuera motivo de publicidad o fama. Su propósito era simple: ofrecer la luz de la fe y el consuelo de la oración en los momentos de dudas o conflictos que la nobleza podía experimentar.

A medida que pasaron los años, la relación de fray Pedro con la familia Monroy se estrechó aún más. Los encuentros entre ellos, en Belvís o en otras localidades cercanas, fueron creciendo en significado. Don Francisco veía en fray Pedro una figura paterna, alguien que no solo guiaba su vida espiritual, sino que también comprendía las luchas internas que afrontaba un hombre de su posición. A través de estas conversaciones y momentos compartidos, don Francisco experimentó lo que muchos de los que se acercaron a fray Pedro experimentaron: un profundo deseo de alejarse de la vida mundana para abrazar la simplicidad de la devoción sincera.

La amistad entre fray Pedro y don Francisco de Monroy, que nacía de un respeto mutuo, se convirtió en un pilar fundamental en los últimos años de la vida del fraile. En sus últimos días, fray Pedro encontró en él no solo a un amigo, sino a un fiel compañero en su misión de llevar la palabra de Dios a quienes más lo necesitaban. La nobleza de corazón de don Francisco fue un testimonio del poder de la fe para transformar a los hombres, sin importar su estatus o su posición en la sociedad.

En Belvís, por tanto, no solo fructificaron las relaciones familiares de fray Pedro, sino que también creció una red de amistad y espiritualidad que perduraría mucho después de su partida. Las huellas de su presencia allí quedaron grabadas en los corazones de aquellos

que lo conocieron, como el conde de Deleitosa, y continuaron siendo una luz que iluminaba a todos aquellos dispuestos a escuchar el mensaje de amor y paz que él, con su vida austera y su fe inquebrantable, había sembrado en cada rincón de su tierra natal.

Los cronistas de su tiempo dejaron escrito que, donde pasaba fray Pedro, los odios se deshacían como hielo al sol, y que su verdadera arma era la misericordia, que usaba sin reserva y con una paciencia que no conocía cansancio.

Entre los pliegues del tiempo, los años que corrieron de 1517 a 1519 fueron como un río caudaloso que arrastró a la naciente Provincia de San Gabriel hacia su destino. Nacida al calor de la Observancia, había quedado incorporada en el Capítulo de 1517, como quien recibe un apellido nuevo que anuncia un porvenir distinto.

Los siete conventos entregados en la Concordia pasaron entonces a latir con un pulso renovado. No eran aun plenamente libres, se gobernaban por sus superiores locales y el custodio, todos bajo la mirada vigilante de la Provincia Observante de Santiago. Pero en aquel orden disciplinado crecía, casi en secreto, una conciencia propia, un anhelo de identidad que pedía su hora.

Y esa hora llegó en pleno verano, el 22 de julio de 1519, en Benavente. Entre muros calurosos y murmullos de expectación, se proclamó la erección canónica de la Provincia de San Gabriel. El acto tuvo la solemnidad de una consagración, desde ese día, el nuevo cuerpo espiritual respiraba por sí mismo, aunque en comunión con la gran familia franciscana.

La confirmación definitiva no tardó. En Roma, el Papa León X estampó su autoridad en el breve Acce-

pimus quod, fechado el 23 de enero de 1520. En unas pocas líneas, el pontífice sellaba lo que ya era una realidad viva: San Gabriel se alzaba como Provincia propia, con sus claustros, sus campanas y sus hombres, lista para escribir sus propias páginas en la historia de la fe.

A fray Pedro de Alcántara le correspondió transitar aquellos años fundacionales de la Provincia de San Gabriel como quien camina entre cimientos recién puestos y escucha, en el silencio de la clausura, el rumor de un edificio espiritual que crece. Mientras la Provincia se afirmaba en su identidad, él se iba preparando, paso a paso, para el supremo ministerio, recogiendo en su alma un caudal inagotable de virtudes y de saber, como quien llena pacientemente un cántaro para el día de la gran sed.

El aire de la sierra se llenaba, a comienzos de aquel año, con el tañido grave de las campanas del convento de Nuestra Señora de los Ángeles, en plena Sierra de Gata. Entre claustros blancos y corredores de piedra fría, un rumor se propagaba, ligero al principio, después como un río que crece el joven fray Pedro de Alcántara, con apenas veintidós años, sería nombrado guardián. La escena de su nombramiento fue sencilla, casi silenciosa, como todo lo que se teje en el telar de la obediencia. Apenas se pronunció su nombre y se le impuso la carga de ser guardián, fray Pedro inclinó la cabeza con mansedumbre, sin protesta ni alarde. Más en lo profundo de su espíritu ardía ya el presentimiento de lo que aquel oficio significaba, no era un título, sino una cruz.

Desde el primer instante, sin respiro alguno, se vio rodeado de solicitudes, quejas, dudas, decisiones urgentes. Ni un solo día conoció la ligereza de estar libre del peso del gobierno. Como pastor vigilante, hubo de

velar sobre cada alma, atender a los pobres, ordenar la disciplina del convento, corregir con suavidad y al mismo tiempo con firmeza. No hubo jornada que no se iniciara antes del alba con el clamor de la oración, y que no se prolongara hasta la noche entre papeles, visitas, y la siempre delicada tarea de guiar conciencias.

El gobierno de fray Pedro no fue nunca un trono, sino un servicio fatigoso. Llevaba sobre sus hombros las cargas de todos, y, aunque el cuerpo se le doblaba por el cansancio, el espíritu se mantenía sereno. Porque sabía bien que aquel peso no era suyo, sino prestado por Aquel que había cargado antes con la cruz del mundo.

De ahí que sus hermanos, al verle andar silencioso por los claustros, reconocieran en él no al superior distante, sino al siervo infatigable, al padre que nunca descansaba de ser padre.

En los antiguos días de los conventos observantes, cuando la voz de Dios aún parecía hablar entre los muros de piedra y las sombras de las capillas, había una costumbre tan vieja como la humildad misma: la elección de los guardianes. No se trataba de cargos dados por mano ajena, ni otorgados por obispos ni reyes. No. Entre los observantes, el guardián era elegido por los propios moradores del convento, hombres sencillos, frailes de sandalias gastadas y hábitos remendados, conocedores del silencio y del frío, del ayuno y del rezo.

Era costumbre que eligiesen entre los que estaban presentes, entre los que compartían el pan escaso y el cilicio oculto bajo la túnica. La voz del pueblo conventual —ese puñado de almas consagradas— decidía quién debía velar por todos, quién debía ser padre sin imponerse, hermano sin dejar de guiar. Y así, generación tras generación, los conventos se mantenían firmes, no

por fuerza de muros, sino por esa cadena invisible de obediencia, oración y servicio mutuo.

Se cuenta, en las crónicas calladas que viven más en los labios de los viejos frailes que en los pergaminos, una historia que tuvo lugar en uno de esos conventos perdidos entre montañas. Era la Nochebuena. El viento azotaba los postigos con una furia helada, y la nieve, obstinada como el destino, había encerrado a los hermanos en el silencio blanco del invierno. Llevaban días sin víveres. El pan se había acabado. Las raíces secas eran apenas memoria de sustento. La carne, un recuerdo del pasado. Estaban extenuados, pero no vencidos. La fe, aunque trémula, seguía ardiendo como un cirio en medio del viento.

Y así, con estómagos vacíos pero corazones encendidos, comenzaron los maitines de Navidad. Sus voces, débiles pero unidas, subían por las bóvedas frías, buscando el calor de Dios. Fue entonces, justo a la mitad del oficio, que el sonido inesperado rompió el recogimiento: el tañido de la campanilla de la portería.

Un sonido claro. Preciso. Imposible.

El portero, un hermano de edad y costumbre, se levantó de su sitio sin decir palabra. Salió de la iglesia, cruzó el claustro cubierto por la escarcha, y llegó a la puerta principal. La abrió con la lentitud que el hábito y el invierno imponen.

Y no vio hombre alguno.

Ni sombra ni figura ni rastro.

Solo el silencio blanco de la nieve virgen... y allí, como depositados por manos invisibles, dos cestos. Uno lleno de panes, calientes aún como recién salidos del horno. Otro, repleto de viandas: quesos, higos secos, algo de carne envuelta en paños, aceite y un puñado de dulces que solo los ricos solían ver en Navidad.

El portero alzó la vista. No había huellas. Ni una sola pisada rompía la nieve pura. Como si los ángeles hubieran descendido, hecho su obra y regresado al cielo sin tocar la tierra.

Los frailes comieron esa noche. No en exceso, sino con la solemnidad de quien recibe un milagro. Y durante años, incluso siglos, entre los muros de aquel convento —cuyo nombre poco importa, pues pudo ser cualquiera— se dijo que en aquella Navidad, cuando la necesidad más apretaba y la fe parecía flaquear, fue Dios mismo quien llamó a la puerta.

Y así, entre milagros sencillos y guardianes humildes, siguió viva la llama de los observantes, custodiada no por el poder, sino por la elección sabia de quienes conocían el valor del silencio, la obediencia... y el pan compartido.

La noticia del nombramiento de fray Pedro como guardián sorprendió a todos, y más a él mismo. Había entrado al convento con la sencillez del que nada espera y, sin buscarlo, se veía ahora al frente de hombres que duplicaban su edad y experiencia. Aquella tarde, en la penumbra de la capilla, permaneció largo rato arrodillado, como si quisiera escuchar un eco que le confirmara que aquello no era un error. No había orgullo en su alma, sino un temblor profundo:

—¿Cómo gobernar cuando aún se siente aprendiz?

Sin embargo, aceptó. No por confianza en sus fuerzas, sino por obediencia y por ese misterioso impulso que lleva a los santos a caminar donde no se sienten capaces. Se propuso entonces ser, más que autoridad, ejemplo; más que superior, hermano. Bajo su cuidado, el convento tomó un nuevo aliento: el coro se llenó de voces disciplinadas, el refectorio se ordenó con pulcritud, y hasta las huertas, trabajadas con sus propias manos, comenzaron a dar más fruto.

El celo ardentísimo por las almas que ardía en el pecho de fray Pedro era como una llama que nunca conocía descanso. Ni de día ni de noche encontraba reposo, pues sentía que cada instante debía ganarse para Dios. Cuidaba a los suyos con la ternura y firmeza de un pastor, pero su mirada se extendía más allá de los muros del convento, buscando a los que andaban dispersos, heridos o ciegos, como quien no soporta ver un campo sin cultivar.

Con paso ligero y hábito humilde, salía a los caminos para visitar a los pobres, escuchar a los desconsolados y reconducir al arrepentimiento a quienes habían perdido el rumbo. En las plazas y en las casas, su voz no imponía, sino que invitaba; y aquellos que se acercaban a él sentían que sus palabras no eran de hombre, sino de un corazón empapado en oración.

Pronto la fama de su santidad comenzó a correr por los alrededores, como un perfume invisible, ese buen olor de Cristo que atrae incluso a los más reacios. Llegaban al convento, enfermos y atribulados, algunos traídos en improvisadas andas, otros arrastrando los pies con esfuerzo. No pedían oro ni favores humanos, sino una oración, una palabra de consuelo, una señal de esperanza.

Fray Pedro los recibía a todos con el mismo cuidado, como si cada uno fuese su único encargo. Rezaba sobre sus cabezas, escuchaba sus confesiones, y muchas veces se quedaba en vela a su lado, velando no solo el cuerpo enfermo, sino el alma inquieta. Así, el convento de paredes sencillas se convirtió en faro y refugio, y el joven guardián en un instrumento vivo de la misericordia, sin que la llama de su celo disminuyera un solo instante.

Pero el tiempo traía otra prueba. En 1521, cuando todavía estaba asentando su papel en los Ángeles, llegó un

mensaje sellado con cera, el Provincial lo nombraba Superior del recién fundado convento de Badajoz. Al leerlo, sintió un peso en el pecho. No era una promoción que buscara; de hecho, lo mortificaba la idea de abandonar la rutina ya conquistada y marchar a un lugar que apenas existía más allá de planos y muros recién levantados.

Esa noche, bajo la luz temblorosa de una vela, escribió en su cuaderno: “Obedecer es morir un poco... pero morir para que otro viva. El Señor sabrá si me llama a sembrar en piedra nueva”.

Al amanecer, sin pronunciar queja, aceptó. Sus compañeros vieron en él un gesto sereno, pero solo Dios sabía la lucha interior que se había librado. Partió con un hábito raído, un breviario bajo el brazo y la firme determinación de que, si debía ir, lo haría con todo el ardor de su juventud.

El convento de Badajoz lo recibió con el olor fresco de la cal y la madera recién trabajada. Las obras habían terminado apenas unas semanas antes: las paredes, desnudas aún, parecían esperar el latido de la comunidad; el claustro, silencioso, no había conocido todavía las oraciones de maitines.

Fray Pedro recorrió cada estancia con paso lento, tocando los muros como quien saluda a un amigo que habrá de acompañarle muchos años. Sabía que no bastaba con edificar piedra sobre piedra: había que levantar un espíritu común, un orden que convirtiera aquellas salas vacías en un verdadero hogar de fe.

Esa misma tarde reunió a los frailes. Sus palabras no fueron las de un administrador, sino las de un hermano mayor que invita a una tarea en común: habló de disciplina en la oración, de austeridad en la mesa, de diligencia en el trabajo manual, y sobre todo, de vivir como si cada día fuera el primero y el último.

El entusiasmo de su celo se notó pronto. Él mismo se levantaba antes del alba para encender las lámparas del coro, ayudaba a cargar agua desde el pozo y, en las huertas, enseñaba con el ejemplo que la tierra rendía más cuando se trabajaba con paciencia y sin murmuración. Los más jóvenes le seguían con admiración; los más viejos, con un respeto que no se confesaban a sí mismos, sorprendidos de que aquel muchacho tuviera un temple tan firme.

Los días en Badajoz se hicieron intensos. Había que organizar la biblioteca, amueblar el refectorio, instalar el huerto, atender a la gente del lugar que acudía al convento en busca de consejo o limosna. Fray Pedro no delegaba todo: se le veía a menudo en el patio ayudando a descargar un carro, o en la cocina, partiendo pan para los huéspedes pobres.

Pero también sabía que la vida interior era la savia que mantenía en pie todo aquel esfuerzo. Así, cada noche, cuando el convento dormía, permanecía en la capilla a solas con el Santísimo, dejando que el silencio afianzara en él la certeza de que la obra no era suya, sino de Dios.

En Badajoz, ciudad de torres y murallas que miran altivas hacia el Guadiana, la fama de Fray Pedro había llegado mucho antes que su persona. Decíase que donde predicaba dejaba huella, y que no solo tocaba los corazones tibios, sino que encendía verdaderos incendios de conversión. Por eso, cuando se supo que venía, la nobleza y el pueblo llano acudieron a escucharle, como si se tratase de un enviado desde los días de los profetas.

Entre quienes se encontraban en la ciudad había un joven hidalgo, de alcurnia conocida y genio altivo, cuya vida hasta entonces se había gastado en cacerías,

justas, banquetes y otras diversiones que más de un viejo consideraba camino seguro a la ruina del alma. No era malintencionado, pero estaba sumido en las redes del mundo, donde la honra se medía por el ruido y la reputación por el brillo de las espuelas.

El joven, llevado quizá por curiosidad o por el impulso de algún amigo, asistió una tarde a un sermón de Fray Pedro en la iglesia mayor. La voz del fraile, grave y firme, penetraba como hierro candente. No hablaba de manera adornada, sino con palabras sencillas que, sin embargo, parecían cargadas de un peso imposible de ignorar. Hablaba del tiempo que se escapa, de la muerte que no avisa, y del gozo inexplicable de una vida rendida al Señor.

Dicen que, al terminar, el joven quedó quieto, como clavado en el banco, con los ojos bajos y las manos entrelazadas. Al día siguiente volvió. Y al otro. Finalmente, buscó al fraile en la sacristía.

—Padre, quiero dejar el mundo y seguir la vida religiosa.

Fray Pedro lo miró largamente. Conocía el ardor de las conversiones súbitas y el peligro de tomar un camino sin medir sus pasos. Con voz suave, pero firme, le dijo:

—No es para todos la clausura del convento, hijo. Si el Señor te llama, puede ser al altar, en el mundo, sin dejar de ser suyo por completo.

Aquel consejo, lejos de desanimarlo, lo asentó. El joven abrazó el estado sacerdotal, y su vida, desde entonces, fue un ejemplo vivo para la ciudad, como si el fuego que Fray Pedro había encendido no pudiera apagarse jamás.

Apenas estuvo unos meses en Badajoz, cuando una mañana tibia de primavera llegó un mensaje. El provin-

cial le llamaba a fray Pedro a un nuevo destino, nuevamente guardián del convento de Nuestra Señora de los Ángeles. No había explicaciones largas, solo una orden clara, debía dejar Badajoz.

Fray Pedro leyó la carta en silencio, sentado bajo el emparrado del claustro. A su alrededor, el convento respiraba con un pulso que ya no dependía de su mano: los frailes trabajaban en la huerta con alegría, el coro resonaba con voces seguras, y en la portería, un hermano repartía pan a los pobres sin que nadie tuviera que recordarlo. Todo estaba en su sitio.

Reunió a la comunidad en la sala capitular. No habló de despedidas, sino de continuidad:

—No he hecho más que encender una lámpara —dijo—. Ahora os toca mantenerla encendida, aunque yo no esté.

Aquella noche, recorrió en silencio cada rincón, la capilla iluminada por la luz tenue de las velas, el refectorio con el aroma del pan recién hecho, el claustro donde tantas veces había conversado con los hermanos más difíciles. En cada lugar dejó una breve oración, como quien planta una semilla invisible.

Al amanecer, se ciñó el cordón, tomó su breviario y salió por la puerta principal. Los frailes le acompañaron hasta el camino, y allí, sin gestos grandilocuentes, se despidió con una inclinación de cabeza y una sonrisa breve.

Mientras se alejaba, el sol se levantaba detrás del convento nuevo, tiñendo de oro las paredes encaladas. Badajoz quedaba atrás, pero en su interior Pedro llevaba la certeza de que no había trabajado en vano.

No lo sabía aún, pero cada paso que daba lo acercaba a la misión más alta de su vida. Y el mismo cielo que había visto sus primeras luchas y victorias en Badajoz

se preparaba para ser testigo de caminos mucho más arduos... y mucho más luminosos.

Antes de alcanzar la plenitud del sacerdocio, recibió con humildad y temblor las órdenes sagradas de subdiaconado y diaconado, hitos que lo acercaban cada vez más al misterio del altar. Su andar era grave y mesurado, como si cada paso midiese el pulso de la tierra. Llevaba la vista recogida y modesta, apenas posándola sobre lo necesario, como quien sabe que la curiosidad del mundo no vale tanto como el silencio del alma. Sereno siempre, y de un respeto tan natural que no parecía aprendido, sino nacido con él, todo el continente de su persona inspiraba recogimiento.

En el claustro, cuando cruzaba bajo los arcos, el sonido de sus sandalias sobre las losas se confundía con el canto lejano de los rezos. Y si un hermano o un vecino de la villa le abordaba, respondía con palabras breves y limpias, dichas en voz suave, como quien no quiere agitar las aguas de la paz.

Era tal su compostura que, incluso en los días de peste, cuando la agitación y el miedo desfiguraban los rostros, él permanecía inalterable, llevando en su porte la calma que otros buscaban en vano en sus propios corazones.

Pasó el tiempo, cuando los vientos del austero invierno extremeño se abatían con fuerza sobre las sierras y los campos, como si la tierra misma quisiera poner a prueba la voluntad de los hombres. En lo alto del cerro, entre pinares callados y peñas musgosas, el convento de Nuestra Señora de los Ángeles parecía más un nido de águilas que morada humana, tal era su sobria altitud. Allí, entre las piedras frías y el silencio de la oración, vivía fray Pedro de Alcántara, joven fraile de cuerpo delgado y espíritu encendido, cuya fama de penitente comenzaba ya a murmurar entre los claustros de la Orden.

Fray Pedro había abrazado la pobreza con una determinación feroz. Dormía sobre tablas, se alimentaba con la escasez de los santos y hablaba poco, como quien entiende que Dios prefiere el recogimiento a la elocuencia. Sin embargo, aquel invierno trajo una nueva llamada. El ministro provincial, con carta sellada y voz grave, le anunció que había llegado la hora, debía trasladarse al convento de Nuestra Señora de la Concepción, en la villa de Oropesa, para recibir allí la sagrada ordenación sacerdotal.

No pidió Fray Pedro cabalgadura ni se despidió con aspavientos. Apenas una bendición sencilla a sus hermanos, una cruz trazada en el aire, y echó a andar al amanecer. Llevaba por todo equipaje su hábito raído, un breviario encuadernado en cuero, y la paz de quien se sabe instrumento de un designio más alto. Los caminos no eran seguros; abundaban las lluvias, el lodo, y los senderos se abrían entre riscos y torrenceras, como si la tierra se resistiera a dejarle pasar.

A través de valles sombríos y aldeas adormecidas por la niebla, fray Pedro avanzó, sosteniéndose más con la oración que con el cuerpo. En las noches se guarecía bajo encinas o junto a los muros de alguna ermita abandonada, y al despuntar el alba proseguía, con el rosario en los labios. Fue así como, días después, llegó por fin a Oropesa, villa noble y recogida, donde se alzaba el convento de la Concepción, regido por hermanos de vida devota y recogimiento sereno.

Y así, de aquel viaje silencioso por caminos solitarios, iba a nacer no sólo un sacerdote, sino un santo que más tarde caminaría al lado de Santa Teresa y dejaría su huella indeleble en la historia espiritual de España.

Corría el año del Señor de 1524 cuando fray Pedro subió las gradas como quien asciende a un monte sagrado, revestido con las manos de la Iglesia y el corazón de un servidor. Allí, convertido en sacerdote, fray Pedro comenzó a ejercer un ministerio que no sería solo oficio, sino entrega radical, como si en su ordenación se hubiera sellado no solo un compromiso, sino una vida entera orientada hacia lo alto.

Muchas eran las personas que acudían, con la devoción de quien asiste a un gran suceso, a la misa celebrada por el fraile. No se trataba de simples fieles de la villa; venían hombres y mujeres de lugares distantes, guiados por la fama de aquel sacerdote cuyo nombre se murmuraba en las plazas con el mismo respeto que se nombra a un santo.

A la hora temprana, cuando la neblina aún se enredaba en los tejados y el repique grave de la campana rompía el sueño de las calles, ya se veía un reguero de figuras avanzando hacia la iglesia. Algunos caminaban en silencio, como si no quisieran quebrar la expectación que flotaba en el aire. Otros rezaban en voz baja, pidiendo que aquella misa les alcanzase algún consuelo o gracia.

Y al entrar en el templo, la presencia del fraile imponía un recogimiento que no dependía de palabra alguna. Su andar, grave y mesurado; la vista recogida, sin perderse jamás en la curiosidad; y todo el continente de su persona —sereno, respetuoso, digno— parecían una prolongación natural de la oración. Era como si la propia piedra de los muros, gastada por siglos de rezos, lo reconociese y lo acogiese.

El buen olor de su virtud —no en sentido figurado, sino en esa realidad invisible que algunos perciben como una suavidad que penetra el alma— se difun-

día sin estrépito, llenando de paz a los asistentes. Los hombres salían reconfortados; las mujeres, con lágrimas que no sabían explicar; y todos, de algún modo, más ligeros que cuando habían entrado.

La misa no era para él una ceremonia rutinaria, sino un diálogo vivo y profundo con el Señor. Cada palabra que pronunciaba parecía arrancada de su propio corazón. Había momentos en que su voz descendía hasta un susurro que obligaba a inclinarse para escuchar, y otros en que se alzaba con una fuerza que estremecía. No eran arrebatos teatrales, sino el latir puro de una fe encendida.

Cuentan que, en más de una ocasión, algunos le vieron absorto, como suspendido entre el cielo y la tierra. Sus manos, inmóviles; sus ojos, fijos en un punto invisible; y su rostro iluminado por una luz que no venía de lámparas ni ventanales. Un silencio denso se apoderaba de la iglesia en esos instantes, como si todos los presentes temieran romper el hilo de un diálogo secreto que no les estaba dado escuchar.

En tales momentos, el tiempo parecía detenerse. Un niño, sentado junto a su madre, tiraba suavemente de su manto para preguntar por qué el padre estaba quieto como una estatua viva, y la mujer, con un gesto imperioso, le imponía silencio, sabiendo —sin saber cómo— que presenciaban algo que no debía interrumpirse.

Cuando el fraile regresaba de ese recogimiento profundo, no había en su rostro señal de esfuerzo ni de fatiga; solo una paz más honda, un sosiego que se derramaba sobre los que le rodeaban. Entonces proseguía la misa con la misma naturalidad con que un río, tras bordear una roca, vuelve a su cauce.

La noticia de estos éxtasis comenzó a propagarse. Algunos llegaban movidos por la fe, otros por simple curiosidad, pero rara vez salían sin haber sentido, aunque fuera por un instante, que algo invisible rozaba sus vidas. La gente comentaba en voz baja:

—Hoy ha vuelto a quedarse como ido... como si viera lo que nosotros no vemos.

En las calles, al caer la tarde, cuando la villa se teñía de oro y sombra, era común escuchar historias sobre él. Los ancianos recordaban la serenidad de su mirada; las mujeres, la dulzura con que bendecía a los niños; los hombres, su firmeza en la predicación. Y aunque no todos podían explicar lo que sentían en su presencia, todos coincidían en que aquel fraile era un dechado sublime de virtud, un ejemplo que elevaba el ánimo de quien se le acercaba.

El propio fraile, ajeno a su fama, seguía viviendo con la misma austeridad, pan moreno, agua clara, el duro lecho de su celda y las largas horas de oración en soledad. Si alguien le hablaba de los éxtasis, sonreía apenas y desviaba la conversación, como quien rehúsa apropiarse de un don que sabe no suyo, sino de Dios.

Pero su paso por Oropesa fue breve. Apenas recibió las sagradas órdenes, fue destinado al convento franciscano de Albuquerque, en su Extremadura natal, para continuar allí su incansable misión evangélica. El traslado, una vez más, lo emprendió a pie, como solía hacerlo, con la misma pobreza con la que había llegado. En Albuquerque, su figura se hizo aún más notoria por su predicación fervorosa, su vida de penitencia, y una humildad tan radical que escandalizaba a los tibios y conmovía a los sinceros.

Así comenzaba, en los humildes caminos de Castilla y Extremadura, la luminosa carrera de un hombre que, con sandalias rotas y voz baja, sería más tarde proclamado santo por la Iglesia. Aquel joven fraile que caminaba solo entre la niebla no buscaba honra ni renombre: solo deseaba vivir como Cristo vivió, con el Evangelio en el corazón y el mundo a sus espaldas.

Con el paso de los años, la iglesia de Alburquerque se convirtió en un lugar donde, más que misas, se buscaban encuentros con lo sagrado. Y aunque la peste había sido ya un recuerdo lejano, las gentes no olvidaban que aquel mismo fraile, con su oración persistente, había salvado la villa entera del azote mortal. Su figura, entonces, comenzó a tejerse de memoria y leyenda, como ocurre con los hombres cuya vida, sin proponérselo, deja huellas más hondas que las de cualquier rey o capitán.

Fray Pedro de Alcántara había nutrido su espíritu como quien cuida un fuego sagrado que no debe apagarse. Entre sus manos pasaron las obras atribuidas a San Buenaventura, y en especial las *Meditationes vitae Jesu Christi*, que meditaba como si cada página fuera un umbral hacia el rostro del Salvador, y el *Soliloquium*, que más tarde copiaría con su propia letra, haciendo de la caligrafía un acto de oración. También tuvo en su poder la *Regula novitiorum*, brújula segura para la vida conventual, y dejó que su mente y corazón se empaparan de las enseñanzas de fray Bernardino de Laredo, Francisco de Osuna, Alonso de Madrid y Juan de Ávila, cuyas palabras eran para él como consejo de amigos sabios que nunca se ausentan.

Pero sobre todo, en el centro luminoso de su formación estaba el estudio de las Sagradas Escrituras, y en especial del Nuevo Testamento. Lo leía no como un

erudito que busca argumentos, sino como un peregrino que bebe en la fuente misma del Evangelio. Cada versículo se le volvía semilla, cada palabra, una lámpara; y así, en la soledad de su celda, fray Pedro no solo aprendía a predicar a Cristo, sino a vivirlo.

Escasos meses pasó en Albuquerque, regresando al convento de la Sierra de Gata, que tras su llegada parecía colgado entre cielo y tierra, rodeado de montes que se vestían de niebla al amanecer y de oro al caer la tarde. Bajo la advocación de la Reina de los Ángeles, sus muros guardaban el silencio como un tesoro, y en ese silencio fray Pedro de Alcántara había alcanzado la cima de la perfección interior.

No era una perfección de relámpagos ni arrebatos, sino la de una vida pulida día a día, como piedra que el río suaviza sin descanso. La divina Señora, a quien él había ofrecido finezas y servicios desde su juventud, parecía ahora recompensarle con un caudal de gracias y consuelos.

Su celda era pobre hasta el extremo, pero desde allí salían oraciones que cruzaban el mundo. Y cada noche, como quien guarda una cita inquebrantable, fray Pedro se dirigía a un corredor del convento, alto y abierto, que ofrecía la vista del campo dormido. Allí, en la penumbra, meditaba los misterios de Dios, siguiendo el ejemplo del Salvador que pasaba las noches en oración.

Aquel anochecer de otoño, el aire estaba quieto y la luna dibujaba sobre la piedra sombras nítidas, como si quisiera acompañar la meditación del fraile. Fray Pedro, arrodillado, se hallaba embebido en una contemplación dulcísima. Su mente ascendía y descendía por los misterios divinos como un peregrino que sube al monte santo, y el silencio del lugar parecía absoluto.

Pero en lo invisible, una presencia oscura rondaba. El enemigo del alma, irritado por aquella perseverancia, comenzó a hostigarle con tentaciones súbitas, susurros que buscaban distraerlo, imágenes fugaces que pretendían apartarle de la oración. No hubo éxito: la calma del fraile era como un muro inexpugnable.

Frustrado, el demonio cambió de estrategia. De pronto, un estrépito rompió la paz de la noche, una nube de piedras comenzó a caer contra él, chocando contra el corredor con un estruendo que resonaba en todo el convento. El ruido era tal que algunos religiosos, despertados en sus celdas, sintieron un escalofrío de pavor.

Fray Pedro no se movió. Ni un músculo de su rostro traicionó el susto. Reconocía el ardid y, como quien contempla un juego inútil, mantuvo fija la mirada interior en Aquel a quien servía. Algunas piedras le golpearon en los hombros y las manos, arrancándole un dolor punzante, pero no rompieron su paz.

—¿Es todo lo que tienes? —murmuró en voz baja, casi con ironía.

Era un desafío, no nacido de soberbia, sino de la certeza de que ninguna fuerza del infierno podía arrebatarle lo que Dios le había dado. Y así, mientras el estruendo crecía, su corazón permanecía sumergido en la misma dulzura de la contemplación que antes.

El demonio, al ver inútiles sus esfuerzos, se retiró como un ladrón que huye al alba, dejando tras de sí un silencio aún más profundo que el anterior.

Tras el estrépito de la noche y el silencio que siguió a la retirada del demonio, fray Pedro permaneció un tiempo más en el corredor. La luna ya se había ocultado, y la primera luz del alba se filtraba entre los montes, tiñendo de oro las piedras dispersas. Cada una parecía

ahora un testigo silencioso de la victoria sobre el mal, y él las contemplaba con el mismo afecto con que se mira a un amigo que ha sobrevivido a una gran prueba.

El corazón del fraile, lejos de inflarse de orgullo, se llenaba de una humilde gratitud. Comprendía que no había vencido por fuerza propia, sino porque Dios le sostenía con su gracia. Su pensamiento voló hacia los misterios del Salvador, que también fue tentado en el desierto y enfrentó las astucias del enemigo con firmeza y amor. En aquel instante, fray Pedro sintió que cada piedra caída era un mensaje, mantente firme en el amor y no temas al engaño del mundo.

Se arrodilló entonces sobre la fría piedra del corredor y cerró los ojos, dejando que el silencio hablara. Cada latido de su corazón era una oración; cada respiración, una alabanza. Recordó a los frailes que dormían en el convento y a los pobres que acudirían en breve a la puerta, y entendió que su celo no debía limitarse a la contemplación sino que debía irradiar hacia todos.

—Señor —susurró—, haz que estas pruebas no sean para gloria mía, sino para consuelo de los tuyos y alabanza de tu nombre.

Una paz profunda llenó su pecho. El recuerdo del dolor de las piedras se tornó leve, casi dulce, porque comprendió que el sufrimiento físico era nada comparado con la fidelidad de un alma entregada. Aquella noche le había enseñado que la verdadera victoria no se mide por la ausencia de ataques, sino por la inquebrantable serenidad con que se soportan.

Cuando amaneció, la vida del convento volvió a su ritmo habitual. Los frailes, aún intrigados por el ruido de la noche, comenzaron a recorrer los pasillos. Fue entonces cuando vieron lo que parecía imposible, piedras

esparcidas por todo el corredor y los alrededores, como si una tormenta hubiera descargado allí sola.

El joven novicio que barría el claustro se detuvo, boquiabierto.

—Padre guardián, ¿qué ha sucedido? —preguntó.

Fray Pedro sonrió, sin dar demasiada explicación.

—Nada que el Señor no haya permitido... y que no haya terminado ya.

No habló más del asunto, pero en el rostro de los hermanos se dibujaba un respeto nuevo. Aquella madrugada había revelado, sin que él lo pretendiera, la fortaleza invisible que sustentaba su alma.

Algunos, curiosos, tocaron las piedras dispersas, y sintieron un respeto profundo mezclado con temor reverente. La fama de su santidad se acrecentó, pero fray Pedro no la buscaba. En su corazón, todo era simple: obediencia, oración, servicio, y un celo ardiente por las almas que lo impulsaba siempre a mirar más allá de sí mismo.

Y así, en aquel solitario convento de la Sierra de Gata, fray Pedro de Alcántara siguió sus vigiliass y meditaciones, consciente de que la batalla contra el mal se libra cada día, en lo visible y en lo invisible. Cada piedra caída y cada susurro del enemigo se convirtieron en lecciones que fortalecieron su espíritu y prepararon su alma para futuros desafíos, mayores y más luminosos, que aún el tiempo no había revelado.

Pasaron los años —años de silencio, de reforma, de cruz y de claridades escondidas— y aquel fraile de andar humilde y mirar encendido, que respondía al nombre de fray Pedro de Alcántara, fue llamado a una nueva misión. No por ambición, ni por ansias de mando, sino porque así lo reclamaban los tiempos, la Provincia, y quizás la Providencia misma.

En el año del Señor de 1528, cuando los campos de Extremadura vestían su verde más hondo y los caminos polvorientos eran surcados por viajeros y peregrinos, el fraile —ya maduro en virtudes— fue llamado a tomar el cargo de guardián en el convento de San Miguel de Plasencia. Allí, entre muros de piedra y rezos que ascendían como incienso invisible, prosiguió sus días sirviendo al Altísimo. Su vida, de una sencillez que parecía no conocer fisuras, era faro encendido para quienes tenían la gracia de mirar con ojos limpios, capaces de descubrir las claridades sin sombra del espíritu.

Las calles de Plasencia estaban tranquilas aquella tarde. El aire olía a piedra vieja y a pan recién horneado. Entre la gente que pasaba con prisa, una figura menuda, delgada como un junco, avanzaba descalza, era fray Pedro de Alcántara. Su rostro enjuto parecía llevar consigo siglos de ayuno, pero en sus ojos ardía una luz serena, casi transparente.

Un devoto, al verle, se inclinó reverente y trató de besarle la mano. El fraile lo apartó suavemente, lo tomó del brazo y, con voz baja pero firme, le susurró:

—Hijo, confiésate cuanto antes. Dispón tu alma, porque antes de que amanezca habrás de partir a la eternidad.

El hombre, sorprendido, sintió un estremecimiento recorrerle el pecho. Obedeció sin vacilar, buscó a un sacerdote, se confesó con lágrimas y, apenas unas horas después, entregaba el alma. Los que lo velaron no dudaron: aquello no era simple casualidad, sino revelación divina en labios del santo.

No era el único prodigio que se contaba de fray Pedro. Se decía que en sus noches de oración, cuando pasaba largas horas de rodillas en medio de la penum-

bra, el coro monástico se llenaba de resplandores que no eran de este mundo. Algunos frailes aseguraban haberlo visto elevado del suelo, suspendido en un silencio profundo, como si el mismo cielo lo atrajera.

En otra ocasión, durante un invierno particularmente cruel en la sierra, un campesino que volvía a su aldea desfallecía bajo la nieve. Fray Pedro lo encontró casi moribundo, lo cubrió con su pobre manto y, según narran, el cuerpo del labriego recobró calor de inmediato, como si el fuego del fraile, acostumbrado a dormir apenas dos horas y sin abrigo, lo hubiera devuelto a la vida.

También se cuenta que, al predicar en un pueblo, levantó la vista al cielo y exclamó:

—Hoy no lloverá hasta que terminemos.

Y aunque las nubes negras amenazaban con descargar un diluvio, la tormenta se contuvo milagrosamente hasta que la gente hubo oído entera la prédica y vuelto a sus casas. Solo entonces estalló la lluvia.

Otro día, mientras mendigaba pan para los pobres, alguien le ofreció una hogaza dura, casi incomible. El fraile la tomó con gratitud, y al partirla con sus manos enjutas, de su interior salió un pan blanco y tierno, tan fresco como si acabara de salir del horno.

Así fue la vida de fray Pedro, penitente, austero, pero rodeado de misterios. Un hombre de oración, de gran penitencia y muy entendido en el camino de Dios. Y los sencillos, que lo vieron caminar por sus calles, no dudaron jamás en llamarlo milagroso.

Cierto día enfermó una joven en Plasencia. La casa de aquel padre estaba llena de luto anticipado. Su hija, joven y piadosa, yacía en el lecho, pálida como la cera, apenas respirando. Los médicos ya habían bajado los brazos, y la familia, entre sollozos, preparaba el corazón para lo inevitable.

El padre, sin embargo, no se resignaba. Con el alma hecha pedazos, acudió a la iglesia para pedir auxilio en las oraciones. Quiso buscar al santo fraile que tantas veces le había consolado, pero aquel día fray Pedro no estaba en la ciudad.

En medio del llanto, mientras se recogía en silencio, le pareció sentir una presencia inconfundible. Y allí estaba fray Pedro de Alcántara, delgado y luminoso, mirándole con ternura. Con voz serena le dijo:

—No llores la muerte de tu hija. Dios le dará larga vida y salud, para que la emplee en su servicio.

El padre, sobrecogido, apenas pudo articular palabra. Regresó apresurado a casa, y lo increíble había ocurrido: la muchacha, a quien todos creían muerta, se había incorporado radiante, como si despertara de un sueño.

La sanación fue tan repentina que nadie dudó de que era un milagro. Pocos días después, la joven, llena de gratitud, junto a su hermana, ingresó en el convento de las clarisas de Trujillo. Allí ofreció su vida al Señor, cumpliendo la palabra profética del fraile.

Estos relatos muestran cómo la gente de su tiempo veía a fray Pedro no solo como un asceta, sino como un intercesor poderoso que, aun estando ausente físicamente, parecía presentarse milagrosamente para socorrer a los necesitados.

Con las conversiones —milagrosas para unos, inevitables para otros— y las incontables almas que obtenía la palabra evangélica de fray Pedro de Alcántara, no era extraño que cada día se acrecentara la fama de aquel celoso predicador. Los rumores, como brisa que se lleva el aroma de los naranjos, corrían desde las empedradas calles de Plasencia hasta los rincones más apartados de las sierras, traspasando colinas y cruzando valles.

No había labrador que, en las vigili-as de la noche, junto al rescoldo, no mencionara su nombre con respeto; ni dama de alcurnia que, bajo los techos altos de un palacio, dejara de preguntar cuándo volvería a oír su voz.

En las villas y pueblos comarcanos, apenas se sabía que fray Pedro subiría al púlpito, se encendía una fiebre sagrada. Campesinos y mercaderes, mozos y ancianas, olvidaban sus faenas para encaminarse, en tropel, hacia la ciudad. Llegaban por sendas polvorientas, con los pies cubiertos de barro en invierno y de polvo en verano, llevando consigo hijos, provisiones y, sobre todo, el anhelo ardiente de escucharle. Tal era el deseo de beber de aquella fuente que muchos, sin reparar en sacrificios, alquilaban casa en Plasencia por largas temporadas, haciéndose vecinos de la ciudad solo para no perder ni una sílaba de sus enseñanzas.

Su palabra, de un fuego tan puro como el oro acrisolado, no se detenía en la doctrina fría y distante. Penetraba en los corazones como luz que se filtra por rendijas de piedra. No hablaba para convencer con el ingenio, sino para conmover con la verdad. Un día, un hombre de fama altanera y corazón endurecido entró a la iglesia por simple curiosidad; al salir, iba con los ojos anegados y los labios temblorosos, buscando la confesión. Otro día, una mujer, perdida en viejas culpas que pesaban como cadenas invisibles, escuchó un sermón suyo sobre la misericordia y, al término, se arrodilló ante el altar como quien entrega por fin el peso de toda una vida.

Siendo fray Pedro de celo tan desinteresado y apostólico, no se conformaba con predicar en la ciudad. Su paso alcanzaba aldeas remotas, donde la campana de la iglesia apenas se oía más allá de los trigales. Llegaba siempre sin anunciarse con pompa: a veces a pie, con el

hábito gastado por el roce de caminos, otras a lomos de una mula mansa, saludando a los niños que corrían tras él. Pero en cada lugar que pisaba, quedaba un rastro imborrable. No era solo que las gentes se reconciliaran con Dios, sino que el aire mismo parecía quedar más limpio, como si la tierra se impregnara de la fe que despertaba.

Hubo una aldea, en la ladera de un monte cubierto de encinas, donde su predicación coincidió con una sequía que ya duraba meses. A la mañana siguiente de su sermón, la lluvia cayó mansa y continua, empapando la tierra sedienta. Los vecinos, con lágrimas que se confundían con las gotas del cielo, juraban que el Señor había atendido la súplica de fray Pedro. En otra ocasión, en un pueblo ribereño, un joven que había abandonado el hogar volvió tras escucharle, y su madre, al verlo entrar por la puerta, abrazó a fray Pedro como quien abraza a un padre.

Así, pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad, su nombre se iba esparciendo como el eco de una campana que, aunque suene en lo alto de una torre, llega a valles y montes lejanos. No buscaba gloria ni recompensa: viajaba ligero de equipaje, con más polvo en los pies que monedas en la alforja. Y, sin embargo, cuanto más huía de los honores, más los honores parecían seguirle.

Porque en cada lugar donde dejaba su huella, quedaban corazones encendidos, vidas reconciliadas y, sobre todo, un recuerdo imborrable: el de un fraile pobre en bienes, pero rico en la gracia de la palabra, que predicaba como quien no teme a los hombres porque ama más a Dios que a su propio descanso.

Amanecía en Plasencia con un cielo teñido de rosa y oro. La niebla se retiraba lentamente, como si quisiera ceder el paso a la luz, y las campanas de la catedral marcaban el inicio de un día que, para muchos, sería distinto.

Fray Pedro, tras la oración de maitines, ajustó el cordón de su hábito y tomó un pequeño zurrón de cuero. En su interior, apenas un misal, un crucifijo de madera y un pedazo de pan duro. Al cruzar el patio del convento, un hermano lego se acercó.

—Padre, ¿irá hoy a Malpartida? —preguntó, casi en susurro, como quien teme interrumpir el hilo de un pensamiento sagrado.

—Sí, hijo. Allí me esperan —respondió fray Pedro con una sonrisa breve, de esas que no duran más de un instante pero que dejan una huella más profunda que un gesto largo.

El camino hacia Malpartida se tendía entre campos de trigo ya segado, donde las gavillas reposaban como soldados en descanso. A su paso, algunos campesinos dejaban la hoz y se descubrieron la cabeza.

—Bendición, padre.

—Dios os guarde —respondía él, sin detenerse, pero clavando en cada uno una mirada limpia, como si quisiera recordar sus rostros.

A media mañana llegó al pueblo. La iglesia, pequeña y encalada, ya estaba abarrotada. El aire dentro era espeso, mezcla de incienso, sudor y expectación. Desde el púlpito, su voz comenzó suave, casi como una confidencia:

—Hermanos míos... Dios no mira cuán grande es vuestra culpa, sino cuán sincero es vuestro arrepentimiento.

Las primeras filas lo escuchaban con los ojos húmedos. Un anciano, al que conocían por su carácter adusto, se inclinó hacia delante como si no quisiera perder palabra. En un rincón, una mujer joven apretaba un rosario con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.

—¿Creéis que Él os ha olvidado? —continuó fray Pedro, elevando un poco el tono—. No, hijos. Somos nosotros los que nos alejamos. Pero el Buen Pastor no deja de buscar a la oveja perdida, aunque deba cruzar el más oscuro de los barrancos.

Al terminar, hubo un silencio extraño, como si nadie se atreviera a romper la atmósfera que había quedado flotando. Finalmente, un sollozo se oyó en la última fila, y como una chispa en un pajar, encendió otros. Varias personas se acercaron al confesionario. El anciano, aquel de semblante duro, fue el primero en arrodillarse.

Allí llevó a cabo un milagro que circuló durante años por la comarca.

Cierta dama extremeña, de rostro cansado y corazón tembloroso, casi sin aliento, se encontró con fray Pedro. En su pecho llevaba una pena que la consumía, las noticias que llegaban de ultramar eran sombrías. Se decía que en el Perú la guerra había vuelto a estallar con furia, y que los españoles combatían en condiciones desesperadas. Su marido, oficial militar, estaba entre ellos.

Al llegar ante fray Pedro, apenas pudo contener el llanto. Cayó de rodillas y entre sollozos confesó su angustia:

—Padre, temo que mi esposo haya muerto...

El fraile la miró con dulzura, y alzando un poco la mano huesuda, le respondió con serenidad que no parecía de este mundo:

—No se aflija, señora. Alégrese en Dios y dé muchas gracias. La batalla ya se ha dado, y la victoria ha sido nuestra. Su marido ha salido ileso y con prosperidad volverá a su casa.

Las palabras, firmes y claras, calaron en el alma de la mujer como bálsamo. Se marchó consolada, aunque en su interior temblaba entre la esperanza y la duda.

Los meses pasaron. Y un día, en la comarca, sonaron campanas y se oyeron voces de júbilo, el militar había regresado, sano y salvo, trayendo consigo la noticia cierta de la victoria en el Perú. Confirmó, para asombro de todos, que lo ocurrido había sido exactamente como el santo lo anunció.

El rumor se extendió rápidamente, fray Pedro no solo había consolado a una esposa afligida, sino que había anunciado una victoria que se libraba a miles de leguas de distancia. Desde entonces, nadie dudó de que la mirada del fraile atravesaba océanos.

Fray Pedro obró otros milagros en Malpartida, antes de su marcha.

Predicando por las calles del pueblo, amenazado aquel día por densas nubes negras, el santo anuncia que la lluvia no caerá hasta que termine el sermón. La tormenta aguarda milagrosamente hasta que el último oyente regresa a su casa. Solo entonces el cielo se abre en aguacero.

Al recibir una hogaza dura e incomible mientras pedía limosna para los pobres, fray Pedro la parte y descubre en su interior un pan fresco, tierno y fragante, como recién horneado.

Por la tarde, cuando partió hacia el siguiente pueblo, algunos hombres y mujeres lo siguieron un trecho del camino.

—Padre, ¿volverá pronto? —le preguntó un niño, corriendo a su lado.

Fray Pedro se detuvo, puso su mano sobre su cabeza y dijo:

—No lo sé, pequeño. Pero recordad que Dios no se marcha, aunque yo me aleje.

Y siguió su camino. La noche lo alcanzó cerca de un encinar. Allí, recostado sobre una piedra y mirando las estrellas, se durmió al abrigo de un silencio que solo rompía el canto lejano de algún búho.

El tercer día de camino lo sorprendió un viento frío que bajaba desde las sierras. Fray Pedro, envuelto en su hábito áspero, avanzaba por una senda pedregosa donde las zarzas parecían aferrarse al aire. La aldea de Las Eras quedaba más arriba, oculta entre riscos, y se decía que sus gentes llevaban meses bajo un peso invisible: cosechas arruinadas, disputas familiares y un párroco anciano al que la salud ya no le permitía más que una misa escueta.

Mientras ascendía, el fraile cruzó con una mujer que bajaba cargando un haz de leña.

—Padre... —dijo, con una voz apenas audible—. Le esperan allá arriba... Todos dicen que usted podrá ayudarles.

—No soy yo quien ayuda, hija, sino el que me envía —respondió él, sin detener el paso.

La entrada a Las Eras estaba marcada por una cruz de madera inclinada, castigada por el viento. Un grupo de niños lo vio desde lejos y corrió a avisar. En pocos minutos, la plaza se llenó: hombres con los brazos cruzados, mujeres con pañuelos oscuros, viejos encorvados por el tiempo. Algunos no sonreían; no era desconfianza, sino ese recelo que nace de haber esperado demasiado.

El sermón comenzó en el atrio de la pequeña iglesia, porque dentro no cabían todos. El cielo se cubría de nubes pesadas y la brisa arrastraba olor a tierra húmeda.

—Hermanos... —empezó fray Pedro, mirando uno por uno los rostros curtidos—. Sé que vuestras manos

han trabajado sin ver fruto. Sé que el corazón se cansa cuando no ve respuesta.

Un murmullo recorrió la multitud. Una mujer, desde la tercera fila, dijo en voz alta:

—¿Y dónde está Dios cuando no escucha?

El silencio que siguió fue espeso como la niebla. Fray Pedro bajó del atrio y caminó hasta ponerse frente a ella.

—Está aquí, ahora mismo —respondió—. Pero su voz es suave, y para oírla hay que dejar de gritar con el alma.

Las palabras, sencillas pero firmes, hicieron que algunos se llevaran la mano al pecho. Continuó hablando de la perseverancia, de cómo la semilla parece muerta bajo la tierra antes de brotar, de cómo el dolor a veces es arado que abre surcos donde después crecerá la vida.

Al terminar, se arrodilló sobre el empedrado y comenzó a rezar. La gente, al principio quieta, fue cayendo de rodillas. Entonces, casi como un guiño del cielo, las primeras gotas empezaron a caer. No era aguacero, sino llovizna, pero en aquel lugar bastaba para arrancar lágrimas y sonrisas.

Esa noche lo hospedaron en la casa más pobre de la aldea, de paredes de barro y techo de pizarra. Cenó un caldo tibio y un pedazo de pan. Antes de dormir, un anciano se acercó con una vela encendida.

—Padre... hoy ha hecho más por nosotros que cualquier otro en años. No lo olvide.

Fray Pedro le tomó la mano y susurró:

—No fui yo. Solo abrí la puerta para que entrara la luz.

A la mañana siguiente, cuando emprendió el descenso, el aire olía a campo mojado y a esperanza recién nacida.

El sendero que llevaba a la villa de Tejeda de Tiétar se abría entre olivares plateados por el sol de la tarde. Fray Pedro caminaba despacio, no por cansancio, sino

porque en el aire se respiraba una tensión distinta a la de los lugares que había visitado antes. Lo había notado desde hacía una legua: los campesinos que encontraba en el camino lo saludaban, pero enseguida bajaban la vista, como si temieran ser vistos hablando con él.

A la entrada del pueblo, un grupo de mozos se disputaba a gritos el paso con un carretero. Nadie cedía. Al ver al fraile, callaron un instante, y luego retomaron el altercado como si nada. Fray Pedro no intervino; siguió su camino, pero observó con atención.

En la plaza, la fuente central estaba seca, no por falta de agua, sino porque, según le explicó un muchacho, las dos familias propietarias del manantial llevaban años disputándose quién debía hacerse cargo del mantenimiento. Nadie bebía de allí, y todos traían el agua de pozos privados, guardando celosamente cada cántaro.

Esa tarde, el sermón fue en la iglesia de San Bartolomé. El templo estaba lleno, aunque no revuelto: la gente se había sentado en grupos claros, cada cual en su parte, evitando mirar al lado opuesto. Fray Pedro subió al púlpito y dejó que el silencio pesara unos instantes antes de hablar.

—Os miro y veo un solo pueblo...—dijo con voz pausada—, pero vuestros corazones están divididos como las ramas de un árbol que ha sido cortado por la mitad.

Un murmullo inquieto recorrió los bancos.

—Me han dicho que aquí la fuente se ha secado... —continuó—. No por la sequía del cielo, sino por la sequía del alma.

Un hombre alto, desde el fondo, se levantó.

—¿Y qué sabe usted de nuestras cosas, fraile? —dijo con tono áspero.

Fray Pedro lo miró con calma.

—Nada, hijo. Solo sé que el agua que no se comparte se pudre, y el pan que se guarda para uno solo, se endurece hasta volverse piedra.

La frase quedó flotando en el aire. Poco a poco, las miradas comenzaron a cruzarse entre aquellos que, días antes, no se habrían dirigido palabra. El fraile, sin alzar la voz, habló de reconciliación, de cómo el rencor es un grillete que el propio hombre se pone, creyendo que así encadena al otro.

Terminada la misa, no fue al hospicio ni al convento, sino que pidió que lo llevaran a la fuente seca. Allí, frente a los vecinos que lo seguían, sacó un jarro de su zurrón y lo colocó en el brocal.

—No puedo daros agua —dijo—, pero sí puedo dejar aquí un lugar para que la traigáis juntos.

Al día siguiente, regresó a Plasencia, la fuente seguía sin manar, pero alguien había limpiado el brocal y otro había reparado las piedras rotas. No era el agua aún, pero sí la primera señal de que algo empezaba a moverse.

Dos inviernos y dos veranos pasaron, y en el año de 1530 sus pasos fueron guiados al convento de Alburquerque. Apenas había posado su cayado en aquel suelo, cuando sobre la villa se abatió una peste tan fiera que el aire mismo parecía enfermo. Los enfermos caían en las calles, y el silencio de la muerte rondaba las casas. Mas, dicen los viejos, que fue entonces cuando el Señor, movido por las súplicas ardientes de su siervo, tendió su mano sobre el lugar y apartó el mal como nube disuelta por el viento. Y así, Alburquerque se salvó, y el nombre del fraile quedó en la memoria de sus gentes como el de un intercesor elegido.

Aquel convento, erigido en piedra dorada por el sol y protegido por un claustro donde las golondrinas anidaban cada primavera, se convirtió en el escenario de su vida callada y fecunda. Se levantaba antes de que cantara el gallo, cuando las lámparas de aceite aún titilaban, y su figura, envuelta en el hábito, se movía como una sombra silenciosa por la capilla. Su voz, grave y templada, conducía el rezo coral; sus manos, curtidas por el trabajo, repartían pan y consuelo entre pobres y caminantes.

Quienes le conocían decían que en él la luz del espíritu brillaba sin mancha, como agua pura que refleja el cielo. Y no eran pocos los que, al pasar bajo su mirada serena, sentían un alivio inexplicable, como si sus cargas se volvieran menos pesadas.

En 1531, obedeciendo a la voz de sus superiores —o quizá a una providencia más alta— fue enviado al convento de San Gabriel de Badajoz, ciudad amurallada donde la campana mayor resonaba como un corazón de bronce. Apenas había depositado su humilde equipaje en la celda asignada, cuando se alzó sobre el lugar un azote terrible: la peste.

El aire se volvió denso y cargado; en las calles, las puertas se cerraban con prisa y los carros transportaban cuerpos cubiertos con lienzos. Los médicos huían o callaban; los rezos se entrecortaban con sollozos. El miedo era tan espeso que parecía palpase.

Fue entonces cuando el fraile, ajeno al temor por su propia vida, comenzó a recorrer la villa. Lo vieron entrar en casas donde el hedor de la enfermedad hacía retroceder a otros; lo oyeron rezar junto a lechos febriles, sus manos sobre frentes ardientes. Día y noche, en la iglesia, su voz se alzaba como campana invisible:

—Señor, no mires nuestras culpas, sino tu infinita misericordia.

Cuentan que una madrugada, después de una vigilia más larga que las demás, un viento fresco descendió de los montes, barriendo el aire enfermo. Al cabo de pocos días, la peste cedió. Los sobrevivientes, todavía temblorosos, miraban al fraile con gratitud reverente, convencidos de que sus oraciones habían atraído la piedad divina sobre Alburquerque.

En el año 1532 fue nombrado superior del convento de San Onofre de La Lapa, aquel retiro escondido entre colinas austeras, donde el rumor del mundo apenas llegaba, pero donde el espíritu ardía con fuego antiguo. Era, sin duda, un nombramiento memorable, no solo por la figura del nombrado, sino por lo que en aquellos días se gestaba en secreto la redacción primitiva del Tratado de la oración y meditación, obra que, sin alarde ni presunción, habría de ser faro en los caminos interiores del alma, guía para quienes buscaban a Dios en el desierto del corazón.

Aquel tratado, compuesto en la soledad fecunda del convento, no era más que el reflejo escrito de una vida ya entregada, de una oración que no necesitaba de tinta, pero que encontró cauce en el papel para bien de otros. Y así, mientras las palabras se vertían con humildad de siervo y claridad de santo, la figura de fray Pedro crecía no en títulos ni honores, sino en servicio y en luz.

Pero no todo era recogimiento y mística. También la tierra temblaba bajo tensiones humanas, y los conventos, a pesar de su santidad, no estaban exentos de los conflictos propios de los dominios temporales. Fray Pedro se sintió toda su vida atraído por la soledad. Como hubiese rogado a sus superiores que le enviasen a algún monasterio remoto en el que pudiese entregarse a la contemplación, éstos le enviaron al conven-

to de Lapa, que era un sitio muy poco poblado, con el cargo de superior. Allí compuso Pedro su libro sobre la oración, tan estimado por Teresa de Jesús, fray Luis de Granada, Francisco de Sales y otros. Es una verdadera obra maestra que ha sido traducida a la mayoría de las lenguas occidentales. Pedro aprovechó para escribirlo su propia experiencia del amor divino, ya que vivía en continua unión con Dios. Con frecuencia, era arrebatado en éxtasis que duraban largo tiempo y estaban acompañados de otros fenómenos extraordinarios. La fama de Pedro de Alcántara llegó a oídos del rey Juan III de Portugal, quien le llamó a Lisboa y trató en vano de retenerle allí.

En el año de 1534, las autoridades de la Provincia de San Gabriel —célula viva de la observancia franciscana— decidieron confiar en él una misión distinta, pero no menos sagrada, la defensa de la integridad territorial y conventual frente a las pretensiones de otras provincias, en especial de la Provincia de Santiago, que aún reclamaba, como si el tiempo no hubiera pasado, derechos ya fenecidos sobre los conventos de Monteceli del Hoyo y Los Ángeles.

Los obispos de Coria y Plasencia, a quienes no les era ajeno el arte diplomático ni las complejidades eclesiásticas, se vieron entonces frente a un defensor que no blandía espada, sino verdad; que no alzaba la voz, sino la razón serena; que no buscaba la victoria, sino la justicia. Fray Pedro habló, no como jurista, sino como hombre de conciencia y hermano de todos. Su palabra —alimentada por la oración y templada en el ayuno— tuvo el peso de lo inquebrantable.

Y así, entre manuscritos místicos y gestiones de firmeza serena, fray Pedro de Alcántara no solo refor-

maba el espíritu de sus hermanos, sino que defendía también la unidad y pertenencia de los hogares conventuales que tanto amaba. Hombre de oración, pero también de acción cuando era necesaria. Santo de paz, pero firme como el roble cuando la causa lo exigía.

Con el paso del tiempo, su figura no se desgastó, se purificó. Y aquella elección, la de San Onofre, quedaría grabada no solo en los archivos de la Orden, sino en la historia oculta de los que verdaderamente sostienen al mundo con su fe, su lucha silenciosa, y su amor sin condiciones.

Corría el año del Señor de 1535 y el cielo de Extremadura se hallaba bajo una de esas primaveras intensas y breves, donde los campos reverdecen como por milagro antes de que el sol los devore en el estío. Fray Pedro seguía viviendo en el modesto convento a media jornada al sur de Zafra, en el corazón de una sierra suave y salpicada de encinas, tan retirado del mundo que los caminantes solían pasar de largo sin advertir su presencia, salvo que el rezo de los maitines se dejara oír entre el murmullo de los pájaros.

Tenía fray Pedro de Alcántara treinta y seis años cuando fue elegido guardián de aquella casa. El convento, levantado originalmente en 1447 por mandato de don Lorenzo Suárez de Figueroa, Conde de Feria, había comenzado siendo una simple ermita para los ermitaños que buscaban la soledad del desierto. San Onofre, el patrono al que se había consagrado, no era un santo cualquiera. Era un ermitaño del desierto egipcio, un asceta extremo que vivió más de sesenta años alimentándose solo de dátiles y raíces. A fray Pedro, ese detalle no le parecía una exageración mítica, sino una inspiración.

Durante los primeros días de su guardianía, Pedro no cambió gran cosa. Se limitó a observar. Conocía ya la liturgia, los silencios del coro, la disposición del huerto y la escasez crónica de todo. Pero más importante aún, conocía los corazones de sus hermanos: uno tentado por la tibieza, otro por la soberbia del saber, otro más por la melancolía del pasado. Para cada uno, tenía una palabra. No una reprensión ni un sermón, sino una pregunta, una mirada, un gesto.

Al poco tiempo, sin imponerlo, el convento comenzó a cambiar.

Los maitines se rezaban con mayor fervor. La mesa, aunque tan frugal como siempre, se bendecía con un gozo nuevo. El trabajo del campo, duro como el suelo seco, se transformó en alabanza silenciosa. Y en las horas libres, cuando los demás se recogían a descansar, Pedro se retiraba a su celda con un cuaderno de pergamino y una pluma.

Fue entonces que comenzó la redacción del Tratado de la oración y la meditación. Lo escribía sin pensar en lectores ni fama, con una caligrafía sobria, casi severa. Sus páginas no eran floridas ni altisonantes. Pedro no sabía escribir de otra manera que no fuera la que brotaba del alma. Hablaba de la oración como quien habla del aire que respira o del fuego que lo quema por dentro. La oración –decía— no es cosa de sabios ni de grandes, sino de pobres de espíritu que buscan a Dios como el ciervo sediento busca las fuentes.

Sus palabras eran fuego. Pero no el fuego que abrasa desde fuera, sino ese que arde dentro del corazón y consume la paja de la vanidad, la cáscara de los pensamientos inútiles, el humo del orgullo.

Muchos años después, algunos dirían que aquel librito cambió la vida de Teresa de Jesús. Que fue para ella como una lámpara en el camino. Y sin embargo, en La Lapa, mientras escribía, Pedro no pensaba en místicos ni en doctores, sino en sus hermanos. En el fraile joven que no sabía cómo rezar. En el anciano que ya no podía trabajar, pero aún podía unir sus manos. En el novicio que se dormía en medio del salmo.

Para ellos escribía.

Y cada noche, antes de cerrar el pergamino, se arrodillaba ante la cruz de madera de su celda y decía:

—Señor, que no sea mi mano la que escribe, sino la tuya.

Pero mientras la vida espiritual florecía en los muros de La Lapa, las sombras del mundo no cesaban de moverse. Al norte, en las diócesis de Coria y Plasencia, surgían rumores de disputas territoriales. La Provincia de Santiago, una rama poderosa de la orden franciscana, reclamaba antiguos derechos sobre ciertos conventos del sur, entre ellos Monteceli del Hoyo y Los Ángeles, lugares que ya pertenecían legítimamente a la Provincia de San Gabriel, a la cual también se integraba La Lapa.

Las noticias llegaron primero como susurros, luego como cartas, luego como amenazas. La paz conventual, tan duramente cultivada, se veía ahora cercada por la lógica de los títulos, los archivos y las jurisdicciones.

Fue entonces que los superiores de San Gabriel miraron hacia La Lapa. Más concretamente, hacia su guardián.

No era Pedro de Alcántara hombre de estrados ni de pasillos episcopales. Pero su reputación lo precedía. Nadie dudaba de su rectitud, ni de su celo por la verdad, ni de su libertad de espíritu. Así fue que fue designado

como defensor ante los obispos de Coria y Plasencia. Su misión era sostener con dignidad y caridad la legitimidad de la Provincia de San Gabriel y sus conventos, frente a las ambiciones renacidas de Santiago.

Y aunque él hubiera preferido seguir en su celda escribiendo sobre la oración, obedeció. Como siempre lo hizo en el silencio severo de los claustros, donde la piedra guarda memoria de plegarias y viglias, fray Pedro de Alcántara erigió con pluma austera y espíritu encendido las Constituciones de San Gabriel y San José. No fueron meros reglamentos monásticos, sino códigos de vida interior, trazados con la precisión de quien entiende que la disciplina es raíz de libertad y que el orden es llave del espíritu.

Su empeño no se detuvo en estos manuscritos. Tres ordenaciones provinciales, fruto de su solicitud infatigable y de una diligencia que parecía hecha de fuego y renuncia, completaron la arquitectura normativa de su visión franciscana. Estas disposiciones, más que leyes, son espejos: en ellas se reflejan el rigor ascético, la humildad radical y el ansia de absoluta pobreza que caracterizaron su tránsito terreno.

Así, cada línea escrita por fray Pedro no sólo delimita conductas o prescribe ejercicios, sino que testimonia la sustancia misma de su ideología, tejida de oración, sacrificio y contemplación. Constituyen, en consecuencia, las fuentes genuinas y auténticas de su espiritualidad, no documentos muertos, sino cauces vivos por donde discurre el pulso de su vida interior, legado que aún palpita con fuerza en la tradición de su Orden.

Vestido con el mismo hábito raído con el que araba la huerta o recogía leña, fray Pedro se presentó ante preladados, notarios y juristas. No habló con artificio ni con

retórica. Habló con la firmeza del que no defiende un privilegio, sino un deber. Aclaró fechas, mostró documentos, citó decisiones pasadas, pero sobre todo apeló al sentido de justicia que aún vivía en los corazones de muchos.

—Las casas del Señor no son feudos —dijo—, ni los frailes vasallos. No hay gloria en la disputa, solo pérdida para las almas.

Y por un tiempo, la disputa cesó.

El convento de La Lapa, en apariencia inmóvil, comenzaba a transformarse desde dentro. Sus piedras no cambiaban, ni sus techos de tejas viejas, ni el chirriar del pozo al alba. Pero en el alma de la casa —ese algo invisible que une a los hombres que rezan, trabajan y callan juntos— se sentía un temblor nuevo. No era agitación, sino algo más hondo: una especie de fuego lento, que ardía sin ruido en cada rincón.

Fray Pedro se alzaba antes que el sol, cuando aún la sombra era reina en los pasillos. Caminaba descalzo por el claustro, recogido en sí mismo, sin encender lámpara, como si sus pasos conocieran la oscuridad. A veces se detenía bajo una arcada y rezaba en silencio, con las manos juntas y la mirada baja, como quien escucha algo lejano. Se decía entre los frailes que no dormía más que dos horas por noche, y que a veces pasaba la madrugada entera de rodillas, frente al crucifijo de su celda. Algunos, por pura curiosidad o inquietud, se asomaron alguna vez a su puerta entreabierta. Y lo que vieron no se atrevieron a contar con detalle.

Decían que Pedro no solo rezaba, hablaba con Dios. Que su rostro cambiaba mientras oraba, volviéndose casi transparente, como si la carne perdiera peso. Que lloraba sin emitir sonido. Que su cuerpo se estremecía con una mezcla de gozo y dolor, como si cada palabra pronunciada fuera una llama y una espada al mismo tiempo.

Y sin embargo, al amanecer, era el primero en presentarse en el huerto. Con una azada o un cubo de agua, con la misma naturalidad con que otros se desperezan. Nunca hablaba de lo que ocurría en la noche. Ni buscaba que se supiera.

Los frailes más jóvenes comenzaron a imitarlo. No en el extremo de su penitencia —que parecía cosa reservada para hombres forjados por el Espíritu—, pero sí en su devoción. Se alargaron los tiempos de oración voluntaria. Se volvieron a usar los cilicios olvidados en los armarios. Se redujo el murmullo innecesario en los recreos. Todo el convento respiraba como uno solo.

A comienzos de la primavera, cuando los almen-dros florecían como si el cielo los bendijera uno por uno, llegó al convento un hombre a caballo, vestido con el manto gris de los visitantes provinciales. Era fray Rodrigo de la Madre de Dios, fraile veterano, sabio en letras y normas, con el rostro severo de quien ha recorrido muchas casas y leído muchos informes.

Venía con el encargo de observar la vida en La Lapa. No por sospechas, sino por una creciente admiración desde otros conventos. Se hablaba de fray Pedro como si fuera ya un santo vivo. Algunos se inquietaban. Otros lo veneraban. La Orden necesitaba saber.

Durante tres días, fray Rodrigo interrogó, observó, revisó libros, visitó celdas, asistió a los oficios, habló con cada fraile en privado. Su juicio era imparcial, casi frío. Nadie sabía qué pensaba realmente.

La última noche, sin embargo, se acercó a fray Pedro, que estaba recogido en el huerto bajo la luz de la luna.

—Padre Pedro —dijo el visitador—, ¿cómo gobierna usted este lugar? ¿Qué regla nueva ha introducido? ¿Qué secretos guarda para que el fervor no decaiga?

Fray Pedro, sin alzar la cabeza de la tierra que trabajaba con las manos desnudas, respondió:

—Ninguno, padre. Solo el Evangelio... y un poco de amor.

Fray Rodrigo guardó silencio. Y al regresar a la ciudad, escribió en su informe:

—Convento de La Lapa, pobre en bienes, rico en espíritu. El guardián, fray Pedro, no manda: arde. Y donde arde un corazón, los demás encienden llama.

Aquel año de gracia de 1535, el cielo de La Lapa se cubrió de un azul tan claro que parecía abrirse al infinito. Y sin embargo, fray Pedro no se quedaría a contemplarlo. Un nuevo mandato —más humano que divino, pero no menos importante— lo arrancaría por un tiempo de su querido retiro.

La Orden había convocado Capítulo General en la ciudad de Niza, al otro lado de las montañas, allá donde las tierras del mediodía francés besaban el Mediterráneo. Era una reunión solemne, donde se discutían los rumbos de la familia franciscana, se elegían ministros y se reafirmaban compromisos de vida evangélica. A ella asistirían delegados de las provincias más fervorosas, y entre ellos, la Provincia de San Gabriel no podía faltar.

El nombramiento llegó en forma de carta sellada. En ella se pedía que fray Pedro de Alcántara, junto con los padres Antonio Gallegos y Diego de Chaves, representasen a su tierra y su espíritu ante los hermanos reunidos. Fray Pedro, fiel a su costumbre, no opuso resistencia. Guardó silencio, hizo la señal de la cruz y preparó su zurrón con lo justo: el breviario, una túnica de repuesto, una cuerda para el cinturón, y el Tratado de la oración que aún no terminaba, cuidadosamente enrollado en un pequeño tubo de cuero.

El viaje fue largo, fatigoso y no exento de peligros. Cruzaron la meseta a lomos de mulas prestadas, durmieron en ermitas, comieron pan duro y bebieron agua de los arroyos. Pedro, como siempre, caminaba descalzo. No por hábito de penitencia, sino por amor al camino. Cada piedra bajo sus pies era un recordatorio del mundo que pisó Cristo.

En los pueblos, la gente los miraba con extrañeza y reverencia. Había algo en la figura de fray Pedro que desarmaba incluso al más tosco: tal vez su voz baja, tal vez sus ojos llenos de algo más grande que él. Los niños lo seguían por las calles, como si intuyeran que aquel hombre no pertenecía del todo a esta tierra.

Finalmente, tras semanas de marcha, alcanzaron los caminos perfumados del sur de Francia. Niza los recibió con sol y con el rumor del mar rompiendo contra los viejos muros. El convento que acogía el Capítulo era amplio, antiguo y animado por un centenar de voces de todas las lenguas. Había frailes de Italia, de Flandes, de Castilla, de Provenza, de Irlanda... Todos hermanos en el hábito, aunque distintos en acento y maneras.

Aquel Capítulo fue intenso. Se discutió la necesidad de un retorno más radical al espíritu de san Francisco. Se habló de reformas, de la observancia estricta, del cuidado de los conventos pobres. Y en medio de aquella asamblea de sabios y santos, fray Pedro apenas habló. Solo escuchaba. Pero cuando se le pidió su parecer, se puso en pie —tan delgado como una rama seca— y dijo:

—La reforma no empieza en el papel ni en el decreto. Empieza cuando un fraile cae de rodillas en el suelo frío, y dice: “Señor, hazme tuyo.” Todo lo demás vendrá por añadidura.

Sus palabras no fueron largas, pero muchos las recordaron.

Entre los muchos hombres que fray Pedro de Alcántara conoció en su largo caminar por los senderos de la obediencia y del espíritu, pocos dejó entrar en su alma como al padre Antonio Ortiz, nuevo ministro provincial de la Provincia de San Gabriel.

Ya antes del Capítulo General de Niza, fray Pedro albergaba por él una admiración silenciosa. No era hombre de entregarse a fáciles simpatías, y menos aún de juzgar por apariencias. Pero en Ortiz encontraba algo que pocos poseían: una autoridad sin dureza, una humildad sin debilidad, y una fe tan firme como el suelo que pisaba.

—El padre Ortiz —solía decir fray Pedro a sus más cercanos— no necesita hablar mucho para ser escuchado. En él, la prudencia no es cautela, sino sabiduría que ha pasado por el fuego de las misiones, de las decisiones difíciles, de la soledad interior.

Y tenía motivos para decirlo.

Antonio Ortiz no era un fraile de claustro cerrado. Había cruzado el océano, llevado por la fiebre evangélica que impulsó a los primeros franciscanos a las tierras del Nuevo Mundo, ese vasto y todavía misterioso continente que se abría bajo la cruz y la espada. Había sido misionero en Nueva España, caminando por tierras que aún no figuraban en los mapas, evangelizando a pueblos cuya lengua no entendía pero cuyo sufrimiento reconocía al instante.

Las historias que circulaban sobre él eran muchas, aunque el propio Ortiz jamás las confirmaba. Se decía que había vivido entre los otomíes y los purépechas, que había dormido sobre esteras de palma, que había aprendido dialectos indígenas por intuición y necesidad, y que había predicado sermones tan ardientes en

medio de la selva como lo haría luego en las catedrales. Había acompañado a los moribundos, resistido enfermedades, discutido con conquistadores, y defendido a los más débiles con una valentía serena.

Y sin embargo, nada de ello lo envanecía. Era un hombre sencillo, de mirada limpia, de voz grave pero suave. Su rostro estaba curtido por los soles del trópico y por las viglias, no por el orgullo.

Fray Pedro, al verle caminar por los claustros de Niza, reconocía en él algo muy distinto a la grandeza mundana: una presencia interior. Ortiz tenía la mirada del que ha orado mucho en silencio y ha luchado mucho sin testigos.

En las sesiones del Capítulo, cuando todos esperaban palabras sabias, Ortiz hablaba con sencillez. No adornaba sus frases, ni imponía su opinión, pero cuando hablaba, hasta el viento parecía detenerse.

Fue por eso que, cuando su nombre resonó como el elegido para la ministerial provincial, fray Pedro asintió en silencio, sin asombro. Lo esperaba. Lo deseaba.

Aquella noche, ya nombrado, Ortiz buscó a Pedro en el jardín, bajo un almendro que comenzaba a florecer. Se saludaron como dos hombres que se conocen sin necesidad de palabras. Ortiz tomó la mano de Pedro y dijo, casi con pesar:

—Hermano, no sé si soy digno de este encargo. En Nueva España uno aprende a desconfiar del juicio propio. Allí, cada paso puede ser salvación o condena para un alma.

Pedro lo miró con ternura. Su rostro, siempre severo, se suavizó.

—No hay mayor prueba de que estás listo —respondió— que esa desconfianza. Los que creen estar prepa-

rados suelen ser los más ciegos. Tú has sido probado en fuego extranjero. Ahora, el fuego está en casa.

Ambos se sentaron en el banco de piedra, mirando al cielo. No hablaron más esa noche. Solo oraron. Juntos, en silencio. Dos hombres muy distintos —uno nacido para la soledad, otro para la misión— pero unidos por el mismo amor a Cristo y por el peso sagrado del deber.

Desde aquel día, fray Pedro siempre se refirió al padre Ortiz con profunda veneración, y si en algún momento aconsejaba o corregía a un hermano, solía decir:

—Aprended del padre Ortiz, que ha vivido con los pies en la tierra y el alma en el cielo.

Y aunque Pedro volviera luego a La Lapa y Ortiz se moviera entre cargos y provincias, algo los unía desde entonces: una hermandad sellada no por la sangre, sino por la Cruz, y por ese reconocimiento silencioso que solo los santos saben darse entre sí.

Fue allí, en ese Capítulo General, que se eligió al nuevo ministro provincial de San Gabriel, el padre Antonio Ortiz, hombre recto y austero, hasta entonces custodio del Santo Evangelio, título que solo se otorgaba a quienes eran guardianes —en el alma y en el cuerpo— de la pureza de la Regla. Su nombramiento fue recibido con asentimiento general y con la bendición silenciosa de fray Pedro, que lo conocía desde los años de formación.

Después del nombramiento, Pedro se retiró al jardín del convento y escribió unas líneas en su cuaderno:

—El mundo gira y los hombres deciden. Pero el Espíritu sopla donde quiere. Bienaventurado el que escucha ese soplo antes que las voces del mundo.

Cuando el Capítulo concluyó, fray Pedro no se quedó a los festejos. Partió temprano, sin esperar agrade-

cimientos ni honores. Quería volver a La Lapa. A sus piedras, a su silencio, a sus hermanos.

Dejó atrás los pasillos de mármol, los frescos italianos y las voces de los sabios. Y caminó de nuevo por senderos polvorientos, con los pies desnudos y el corazón lleno.

Porque sabía —como lo sabía el primer día en que entró a la Orden— que lo suyo no era estar entre cúpulas ni asambleas, sino entre almas cansadas, raíces secas, hombres sencillos... y Dios.

Por tres veces fue definidor fray Pedro de Alcántara en la Provincia de San Gabriel, dos con el padre Antonio Ortiz y, años después, con fray Francisco de Martiago.

Los primeros días del mes de octubre de 1538 amaneció con un aire frío y puro sobre los montes de Alburquerque. La villa, encajada entre murallas y torres, parecía observar con gravedad los pasos de los frailes que, llegados de toda la Provincia, iban reuniéndose para el Capítulo Provincial. Venían de conventos grandes y pequeños, de tierras fértiles y sierras agrestes; algunos con el rostro curtido por años de misión, otros todavía con la juventud fresca en los ojos.

El lugar elegido para la asamblea era el convento mayor, de anchos muros y claustro recogido, donde el eco de las campanas parecía abrazar cada rincón. El Capítulo estaba presidido por fray Antonio Ortiz, hombre de temple sereno y palabra medida, y por comisión del ministro general, fray Vicente Lunell, debía elegirse al nuevo ministro provincial.

Fray Pedro de Alcántara había llegado unos días antes, caminando a pie, como era su costumbre, y alojándose en una celda pequeña, lejos del bullicio. No era hombre que buscara puestos ni honores; prefería el silencio, el servicio y el retiro. Sin embargo, su fama

corría de boca en boca entre los hermanos: guardián ejemplar, reformador prudente, guía de almas.

En la sala capitular, las lámparas de aceite desprendían un resplandor tembloroso. Los frailes ocupaban sus asientos, y el murmullo de oraciones se mezclaba con el roce de hábitos. Cuando llegó el momento de la elección, el secretario del Capítulo, con voz clara, comenzó a pronunciar nombres. Algunos caían como piedras al agua, sin eco; otros se repetían, hasta que uno resonó con fuerza singular: Fray Pedro de Alcántara.

Hubo un silencio, breve pero denso, como si todos comprendiesen en ese instante lo que tal elección significaba. Pedro, de apenas treinta y nueve años, escuchó su nombre y bajó la cabeza. No levantó la vista cuando lo repitieron, ni cuando las manos alzadas confirmaron el consenso. Solo cuando fray Antonio Ortiz se dirigió a él, sonrió levemente, como quien acepta una carga que sabe pesada.

—Fray Pedro, la Provincia os reclama. ¿Aceptáis servir como ministro provincial?

El fraile se levantó despacio. Su voz era baja, pero cada palabra clara:

—Si los hermanos así lo quieren, obedeceré. Pero que sepan que no vengo a mandar, sino a servir.

Hubo un murmullo de aprobación. Quienes le conocían sabían que aquello no era fórmula de cortesía, sino convicción profunda.

La jornada continuó con deliberaciones y disposiciones para la vida de la Provincia. Pedro escuchaba más que hablaba, anotando en su memoria los nombres de conventos que necesitaban ayuda, los frailes que padecían enfermedad, los lugares donde la pobreza apretaba con más rigor. Su mente, ya desde ese día, comenzó a

trabajar en cómo alentar la oración, restaurar la disciplina y llevar consuelo a las comunidades más olvidadas.

En su primera noche como ministro provincial, no buscó cama blanda ni celda espaciosa. Se retiró a la capilla del convento, y allí, arrodillado ante el crucifijo, pasó largo rato en oración. Las sombras del claustro se movían al compás de las lámparas, y su figura parecía fundirse con la piedra.

—Señor —susurró—, si he de llevar este peso, que sea con tu fuerza, no con la mía.

Al amanecer, los frailes que le hallaron en la iglesia pensaron que había dormido allí, aunque ninguno se atrevió a preguntarlo. La noticia de su elección se extendió rápido por la Provincia. Algunos se alegraron con entusiasmo, otros se preguntaron si su austeridad sería compatible con el gobierno. Pero todos coincidían en que su integridad era incuestionable.

En las semanas siguientes, Pedro visitó conventos uno por uno, recorriendo caminos de polvo y piedra, comiendo donde le ofrecían pan y bebiendo agua de fuentes del camino. No llegaba como superior altivo, sino como hermano mayor que escucha. En cada lugar, reunía a los frailes en la iglesia y les hablaba de oración, pobreza y fraternidad, con el mismo fervor que ponía en sus sermones al pueblo.

En más de una ocasión, cuando las campanas tocaban completas y la comunidad esperaba para el refectorio, él se retrasaba en el huerto, ayudando a recoger leña o limpiar un canal de agua. A quienes les reprendían con cariño por hacer trabajos de lego, respondía con su media sonrisa:

—El ministro que no sirve, no merece ser llamado ministro.

Entre los asuntos que se trataron en aquel Capítulo Provincial de 1538, uno ocupó un lugar especial en el ánimo del nuevo ministro, la admisión oficial del convento de Nuestra Señora de la Esperanza, levantado a un tiro de ballesta de Villanueva del Fresno, en las fértiles tierras de Badajoz.

La propuesta no era reciente. Los señores de la villa, don Juan Portocarrero y su esposa —entonces aún condes, pronto primeros marqueses—, llevaban tiempo ofreciendo a la Orden aquella casa, solicitada a su vez por los vecinos. En sus cartas, hablaban no solo de un edificio, sino de un deseo vivo: que en su tierra resonasen nuevamente los rezos y la disciplina de los frailes, como en los días antiguos.

Antiguamente, en aquel mismo paraje, había existido un convento bajo el nombre del Santo Evangelio. Sus muros, ahora envejecidos y con la piedra desgastada por el viento y la lluvia, aún guardaban la memoria de campanas, vigiliass y procesiones. Pero en 1505, por razones que la tradición no alcanzaba a precisar —unos decían pobreza, otros peste o abandono forzoso—, la comunidad se había dispersado, dejando el lugar en silencio.

Los aldeanos, sin embargo, no lo olvidaron. Muchos años después, cuando se hablaba de traer nuevamente frailes a esas casas pobres, las gentes sentían como si un viejo corazón volviese a latir. Los niños jugaban entre los restos de paredes y claustros; los ancianos señalaban las piedras cubiertas de musgo, contando historias de los religiosos que allí habían vivido, hombres que nunca dejaban pasar un pobre sin darle pan.

En el Capítulo, la propuesta se presentó con detalles. El documento mencionaba que el lugar era “a un tiro de ballesta” de Villanueva del Fresno, y algunos de los

frailes sonrieron al escuchar aquella expresión arcaica, que parecía medir distancias más con ecos de guerra que con leguas de camino.

Fray Pedro, apenas revestido con la autoridad del cargo, no se encerró en los muros de su convento. Muy al contrario, entendía que ser guardián era estar en perpetuo camino, como el pastor que no se contenta con cuidar su redil desde lejos, sino que va en busca de cada oveja, una por una. Por ello, visitaba con frecuencia los conventos confiados a su jurisdicción. Llegaba sin anuncio ni boato, con la sencillez de quien va a compartir más que a mandar, y en cada lugar dejaba una huella de bondad serena.

Su modo de presentarse obraba un misterio en los corazones. No imponía respeto por la severidad, sino por la dulzura. Era afable en el saludo, humilde en las palabras, cariñoso en el trato. Tanto, que sin proponérselo, se hacía amar insensiblemente: los religiosos le miraban más como a un padre que como a un superior. No había en él afectación ni dureza forzada; su llaneza era natural, su humildad nunca confundida con cobardía.

El secreto de su gobierno era su ejemplo. No exigía nada que él mismo no estuviese dispuesto a cumplir primero: en las vigiliass, en los ayunos, en las tareas más sencillas de la vida conventual, era siempre el primero en dar la pauta. Y, sin apartarse un ápice de la austeridad franciscana, mantenía la misma forma de vida que había abrazado antes del cargo. Por eso, la obediencia que le guardaban sus frailes no era fruto del temor, sino del amor.

Así transcurrió su tiempo, con sencillez de padre, con prudencia de guía, con firmeza de ejemplo. Y de tal modo fue su gobierno, que no solo se vio enriquecida la Orden

en lo espiritual —con fervor renovado, disciplina viva y espíritu de hermandad—, sino también en lo temporal, pues por su diligencia no faltó nunca lo necesario.

Su nombre, lejos de suscitar recelo, era pronunciado con respeto agradecido en cada convento, como quien recuerda a un bienhechor que pasó entre ellos dejando paz, abundancia y consuelo.

Un buen día, fray Pedro, sentado en su asiento de ministro, escuchó en silencio, pero en sus ojos se adivinaba un brillo de interés. La idea de recuperar un convento que había sido cuna de oración y pobreza tocaba una fibra profunda en su corazón. Cuando le preguntaron su parecer, habló sin alzar la voz, pero con firmeza:

—No heredamos las piedras por sí mismas, sino el espíritu que las habitó. Si allí se rezó con devoción, si se sirvió a los pobres y se vivió en humildad, no debemos dejar que ese ejemplo muera. Admitamos esta casa, y que vuelva a llenarse de vida.

Las palabras resonaron entre los presentes. Fray Antonio Ortiz, que presidía, asintió; otros, más jóvenes, se miraron entre sí con la ilusión de ser enviados a un lugar donde todo había de rehacerse, desde las paredes hasta la huerta.

La decisión se tomó por acuerdo general. El convento de Nuestra Señora de la Esperanza pasaba oficialmente a la Provincia, bajo el cuidado y guía de los frailes de San Gabriel, que aceptaban con ánimo la tarea de vivir y poblar las casas pobres de sus antepasados. Era como encender una lámpara en el mismo candelero donde había brillado hacía una generación.

Cuando la noticia llegó a Villanueva del Fresno, la villa entera se agitó. Los portocarrero recibieron emisarios con cartas de agradecimiento; las campanas de

la parroquia repicaron a fiesta, y los vecinos comenzaron a limpiar el camino que unía el pueblo con el convento. Las mujeres se ofrecieron a lavar los lienzos; los hombres, a reparar techos y muros; los niños, a acarrear agua desde la fuente.

Fray Pedro quiso ver el lugar por sí mismo. Partió acompañado de dos hermanos, caminando despacio por senderos bordeados de encinas. A lo lejos, la silueta del convento aparecía humilde, como si aguardara con paciencia su rescate. Al entrar, recorrió las estancias en silencio: el refectorio con sus bancos de piedra, la capilla con el altar carcomido, el claustro invadido por hierbas altas.

—No son ruinas, —dijo finalmente—, son semillas.

Y aquel mismo día, arrodillado en la capilla, pidió en voz baja que el nuevo convento fuera, como su nombre indicaba, casa de esperanza para pobres y peregrinos, y hogar de frailes que amaran más la oración que la comodidad.

Los primeros en habitarlo llegaron con pocas pertenencias y mucho ánimo. Se instalaron en las celdas reparadas a medias, durmiendo en jergones de paja y comiendo de lo que el pueblo ofrecía. Pronto, al caer la tarde, se oía desde Villanueva el canto de las completas, y algunos vecinos subían a rezar con ellos, recordando que, en otro tiempo, sus abuelos habían hecho lo mismo.

La esperanza había vuelto a encenderse. Y fray Pedro, desde su oficio de ministro, veía en ello no un triunfo personal, sino el humilde gozo de cumplir lo que el Señor le ponía delante: dar continuidad a lo bueno, aunque fuera pobre, y devolver la voz a las piedras que habían callado demasiado tiempo.

Así comenzó su gobierno provincial, sin estridencias, pero con una firmeza que pronto se notó en toda la Orden. Y aunque la dignidad del cargo le obligaba a presidir capítulos, firmar disposiciones y atender a cuestiones delicadas, nunca dejó la sencillez que había conquistado tantos corazones.

Dicen que, en sus años de ministro, no hubo rincón de la Provincia donde no llegara su paso descalzo, ni fraile que no recibiera, al menos una vez, su palabra de aliento o corrección fraterna. Y que aquel octubre de 1538, en la sala capitular de Alburquerque, no se había elegido solo a un superior, sino a un pastor que caminaría con sus ovejas hasta el último sendero.

Fray Pedro, recién investido ministro provincial, no tuvo tiempo para instalarse en ninguna rutina, a los pocos días de su elección, le llegó noticia de un asunto que ponía a prueba su autoridad.

En un convento de la sierra, famoso por la austeridad de sus celdas y la rudeza de su clima, había surgido una disputa entre hermanos. El origen era sencillo, como lo son las causas de las mayores tempestades: un grupo defendía una vida aún más estricta que la ya habitual, mientras que otros, temiendo excesos, pedían moderación para no quebrar la salud ni la convivencia. Las voces se habían ido endureciendo hasta convertirse en acusaciones.

Cuando el mensajero terminó de exponer el caso, Pedro permaneció callado unos instantes, mirando por la ventana el horizonte pedregoso. Finalmente dijo:

—Prepara el asno. Partiremos al amanecer.

El camino hacia aquel convento le llevó dos jornadas, subiendo por veredas estrechas donde el viento silbaba entre encinas solitarias. Llegó sin anunciarse

con pompa: simplemente llamó a la puerta, y el portero, al verle, quedó tan sorprendido que apenas pudo articular palabra.

Reunió a la comunidad en el claustro, bajo la luz fría de la mañana. Escuchó a unos y a otros, dejando que las quejas se derramaran como agua acumulada. No interrumpió, ni frunció el ceño, ni mostró prisa. Cuando todos callaron, habló con calma:

—Hermanos, cuando el celo nos separa, deja de ser celo y se convierte en orgullo. La penitencia sin caridad es un hierro que mata; la caridad sin penitencia es una lámpara sin aceite. Aquí no se trata de quién es más santo, sino de que todos lleguemos juntos al mismo Señor.

Hizo entonces algo inesperado: pidió que cada grupo cediera en lo que pudiera, y mientras tanto, que todos, por una semana, comieran en el mismo refectorio y durmieran en celdas abiertas, sin puertas. Algunos se miraron incrédulos.

—Así —añadió— no habrá lugar para murmuraciones en secreto, y aprenderemos de nuevo a vivir como una sola familia.

Durante esa semana, Pedro permaneció en el convento, rezando con los más fervorosos, ayudando en la cocina con los más prudentes, y compartiendo la mesa con todos. Se le veía cortar leña, arreglar un cántaro roto o recitar salmos en el huerto mientras regaba unas plantas raquíticas. Su presencia suavizaba las asperezas más que cualquier orden escrita.

Al séptimo día, cuando se volvió a reunir la comunidad, las voces eran distintas: menos duras, más cansadas de discutir. Algunos incluso rieron tímidamente ante recuerdos de su propia obstinación. Pedro les miró con una mezcla de ternura y firmeza.

—El enemigo no teme a frailes aislados que discuten entre sí; teme a frailes unidos que se aman como hermanos.

De regreso a su ruta de visitas, dejó aquel convento pacificado, y la noticia se extendió por la Provincia. No había usado amenazas ni castigos; su autoridad se cimentaba en algo más hondo: una coherencia vivida y visible.

En los meses siguientes, su gobierno se distinguió por esta manera de obrar. No se quedaba en las cartas ni en las disposiciones escritas; iba él mismo, escuchaba, rezaba, y con una palabra o un gesto cambiaba el curso de las cosas.

Con el tiempo, aquel episodio de la sierra se convirtió en ejemplo entre los frailes:

—¿Recuerdas cómo el ministro nos hizo comer y dormir juntos hasta que volvimos a tratarnos como hermanos? —decían algunos, y reían.

Pero Pedro, cuando escuchaba estas historias, desviaba la conversación. Para él, no había hecho nada más que cumplir con lo que prometió el día de su elección, servir, no mandar.

Pasaron los meses. El cielo se hallaba encapotado aquella mañana en Villanueva del Fresno, con nubes densas que parecían querer desgarrarse en lluvia otra vez. Fray Pedro, junto a fray Miguel de la Cadena, avanzaba por caminos embarrados rumbo a Jerez de los Caballeros, donde habría de celebrarse el Capítulo. El canto lejano de las aguas crecidas del Guadiana les anunciaba la dificultad antes de verla.

Al llegar al río, el espectáculo era sobrecogedor: un torrente ancho y furioso, con olas pardas que arrastraban ramas, troncos y cuanto encontraban en su camino.

En la orilla, un grupo de aldeanos contemplaba el espectáculo con mezcla de temor y fascinación. Entre ellos, el barquero, curtido por años de corriente, movía la cabeza con resignación.

Fray Pedro y su compañero se acercaron al hombre.

—Hermano —dijo Pedro con serenidad—, precisamos cruzar al otro lado.

El barquero soltó una carcajada breve, incrédula.

—¿Cruzar? ¿En esta crecida? ¡Ni loco me lanzo yo a esas aguas! ¿Acaso no ven que el río está embravecido?

Fray Miguel bajó la vista, apesadumbrado. El tiempo apremiaba, y Jerez aún quedaba lejos. Pero Pedro, sin alterarse, guardó silencio unos instantes, mirando la corriente como si quisiera descifrar su furia. Luego alzó los ojos al cielo y sus labios pronunciaron una breve invocación:

—Señor, que las aguas no sean obstáculo para quienes caminan en tu nombre.

Hecho esto, miró a su compañero con una calma que inspiraba confianza:

—Recoge el hábito, fray Miguel, y sígueme.

Los presentes quedaron inmóviles, con la incredulidad pintada en los rostros, al ver cómo el fraile avanzaba hacia el agua. Más, en lugar de ser engullido por la corriente, sus pies parecieron hallar firmeza donde no debía haberla. Paso a paso, cruzaron el Guadiana, y la crecida, que a todos infundía pavor, se tornó en dócil camino bajo ellos.

Al llegar a la otra orilla, Pedro se santiguó y prosiguió su andar, sin mirar atrás. Fray Miguel lo siguió, aún atónito, mientras en la orilla opuesta, el barquero y los aldeanos, boquiabiertos, caían de rodillas, murmurando oraciones apresuradas.

Así, los dos frailes alcanzaron Jerez a tiempo para el Capítulo, y la noticia de aquel prodigio corrió por las tierras extremeñas, ensanchando la leyenda del humilde siervo de Dios que caminó sobre las aguas.

En Jerez de los Caballeros, tierra de murallas blancas y torres que parecen vigilar los campos, la predicación de Fray Pedro obró de nuevo con fuerza. Muchos jóvenes, influidos por sus sermones, se proponían dejar el mundo y entrar en religión. Pero el fraile, prudente como siempre, sabía que no todos podían ni debían seguir ese camino.

Así, buscando encauzar aquel fervor, fundó, entre otras asociaciones, un beaterio de matronas virtuosas. Eran mujeres que, sin profesar votos solemnes, se consagraban a una vida común, siguiendo la regla de la Tercera Orden de San Francisco. Vestían el hábito descubierto, como signo de su entrega, y pasaban sus días entre la oración y la penitencia. Las gentes de la villa las miraban con respeto, pues su presencia era como un recordatorio vivo de la vida eterna en medio del trajín diario.

Por consejo de fray Pedro, doña Elvira de Acosta, ya que no pudo ingresar en el beaterio por no dejar sola a su madre, hizo en su casa un devoto recogimiento, que más tarde fue el convento de Santa Clara.

La casa de los Acosta, en la calle angosta que corría detrás del viejo mercado de la villa, era conocida por su portalón de madera oscura y el jardín que, aun en los inviernos más ásperos, mantenía verdes las matas de romero. Allí, entre los suspiros de las palomas que anidaban en la cornisa y el lejano tañido de las campanas de San Bartolomé, doña Elvira decidió consagrar su vida a Dios.

No fue decisión ligera. Desde niña había sentido la vocación, esa dulce y a la vez terrible llamada que parecía rasgarle el alma en las noches de vigilia. Había soñado con el hábito blanco, con la clausura y el silencio, con los maitines entonados al alba; pero su madre, doña Beatriz, enfermiza y de carácter melancólico, no tenía otro sostén que la hija única que le quedaba. Fue fray Pedro, confesor de ambas y hombre de aguda prudencia, quien le aconsejó:

—No es la piedra del convento lo que santifica, hija mía, sino el espíritu que lo habita. Haz de tu casa un templo, y Dios lo aceptará.

Y así lo hizo. Poco a poco, la sala principal, antaño lugar de tertulias y visitas, se llenó de sencillas imágenes: un crucifijo de madera tosca, un retablo de la Virgen pintado por manos humildes, una lámpara de aceite que ardía sin descanso. Las criadas aprendieron a guardar silencio en ciertas horas del día; el zaguán se cerraba temprano; y en el patio, bajo la parra, comenzaron a reunirse mujeres del vecindario para rezar el rosario con doña Elvira.

Al principio, aquello fue visto con curiosidad. Las damas de la villa murmuraban:

—¿Será que la señorita se ha vuelto beata?

Los mercaderes, al pasar, alzaban las cejas ante el extraño recogimiento que emanaba de aquella casa. Pero con el tiempo, el rumor se tornó respeto. Las gentes decían que las oraciones de doña Elvira habían salvado la cosecha en el año de las lluvias tardías, y más de una madre atribuyó a su intercesión la curación de un hijo enfermo.

Doña Beatriz, aunque reticente al principio, halló también consuelo en aquella vida nueva. En las tardes

tibias, sentada junto a la ventana que daba al jardín, escuchaba a su hija entonar salmos en voz baja, y sentía que algo en su corazón se apaciguaba. Así, la casa se transformó sin que nadie pudiera señalar el momento exacto en que dejó de ser hogar para convertirse en santuario.

Años más tarde, cuando doña Beatriz murió dulcemente al amanecer, con un rosario entre los dedos, doña Elvira entendió que había llegado la hora de cumplir por fin su sueño. Llamó a fray Pedro, y juntos gestionaron con las autoridades eclesiásticas la fundación de un convento. Donó la casa, entregó sus bienes y, una mañana de mayo, bajo un cielo tan limpio que parecía recién estrenado, recibió el hábito de clarisa. Desde entonces, aquel lugar se conoció como el convento de Santa Clara, y la villa entera acudía a sus muros en busca de consejo y consuelo.

Dicen que, en las noches de verano, todavía se escucha, entre el rumor de las hojas de romero, la voz serena de doña Elvira rezando por las almas de todos.

Fray Pedro de Alcántara se convirtió en una verdadera semilla de vocación religiosa, esparciendo por su tierra natal el fervor que había cultivado durante años en sus silenciosos monasterios y conventos. Con una misión que trascendía la simple dedicación a la oración: quería infundir en su comunidad el amor a la vida religiosa, esa vida de austeridad y servicio que él había abrazado con tanto fervor. Sabía que la fe no era algo que se debía imponer, sino algo que debía ser sembrado con paciencia, en corazones que ya buscaban la paz y el consuelo que solo la vida consagrada podía ofrecer.

En el convento jerezano comenzó a recibir y a guiar a aquellas mujeres que, atraídas por su ejemplo y sus palabras, deseaban entregar sus vidas a Dios. Entre

ellas se encontraba Catalina de Torres, una mujer de profunda devoción, cuya serenidad y entrega parecían reflejar la paz interior que fray Pedro buscaba en todos los corazones. Catalina, como muchas otras, se entregó con amor a la doctrina de fray Pedro, y bajo su orientación, encontró una nueva forma de vida, más cercana a la pureza y a la contemplación.

También llegó María de Argüello, cuya alma, marcada por la piedad, parecía tener una conexión natural con los ideales de fray Pedro. Con ella, fray Pedro encontró una discípula más, y juntos, caminaron en un sendero de espiritualidad que unía la sencillez de la vida religiosa con la grandeza del servicio a Dios. La presencia de estas mujeres en el convento no era solo un reflejo de su devoción, sino también de la influencia que fray Pedro estaba ejerciendo sobre su tierra natal. No solo estaba formando frailes, sino que estaba plantando semillas de fe en el corazón de las mujeres que sentían el llamado a consagrarse a Dios.

Pero la influencia de fray Pedro no se limitaba solo a las mujeres piadosas que venían de fuera. También su propia familia, como el caso de las nietas de Rodrigo de Sanabria, su tío materno, encontró en él un guía espiritual. Las jóvenes, bajo la tutela de fray Pedro, ingresaron al convento de Garrovillas, un lugar donde la vida religiosa les ofrecería no solo el refugio que buscaban, sino también el propósito y la dedicación a un servicio más grande que ellas mismas. La familia de fray Pedro, que a menudo había sido testigo de su vida solitaria y su profunda fe, ahora veía cómo su ejemplo de vida comenzaba a trascender los lazos de sangre, extendiéndose hacia nuevas generaciones que, a su vez, abrazaban la vida religiosa con la misma intensidad.

Este proceso de formación espiritual y vocacional no solo fortalecía los conventos de la región, sino que también ayudaba a consolidar la devoción a la vida monástica en la Extremadura rural. Cada alma que se unía al convento o que se dedicaba al servicio de Dios, lo hacía con la enseñanza y el ejemplo de fray Pedro, quien, sin prisa y sin ostentación, iba sembrando una red de fe que alcanzaba a muchos, y que perduraría por generaciones. Las historias de estas mujeres piadosas, como Catalina de Torres, María de Argüello y las nietas de Rodrigo de Sanabria, se tejían en el mismo hilo invisible de la vocación religiosa que fray Pedro había comenzado a hilar con su propia vida de sacrificio y devoción.

Cada vez que fray Pedro veía a una nueva mujer consagrada a la vida religiosa, sentía que el trabajo que había comenzado en su corazón se multiplicaba, y que su misión en la tierra no era solo una cuestión de salvación personal, sino de construir una comunidad espiritual sólida, donde la fe podía crecer y florecer. A través de ellas, de sus discípulas, su legado continuaba, como una corriente que iba expandiéndose por su tierra natal, transformando poco a poco la región y dejando una huella de paz y devoción que perduraría mucho más allá de su vida.

En cada convento que fray Pedro ayudaba a fortalecer, en cada mujer piadosa que ingresaba a la vida monástica, la luz de su ejemplo se reflejaba, creando una red de almas dedicadas a la contemplación, la oración y el servicio a Dios. La tierra de Extremadura, tan árida y silenciosa en sus paisajes, se llenaba de un eco divino, de un susurro que llamaba a todos aquellos dispuestos a escuchar, a seguir el camino de la devoción que fray Pedro había comenzado a forjar con su vida, su fe y su amor inquebrantable por la obra de Dios.

La comunidad creció, y su casa se llenó de cánticos humildes y silencio sagrado. Muchas familias, viendo a sus hijas apartadas de las frivolidades, agradecían al fraile la puerta que había abierto para la virtud sin forzarlas a los muros de un convento estricto.

Fue entonces cuando apareció en escena doña Elvira de Acosta, mujer de noble cuna, de rostro sereno y carácter resuelto. Deseaba ardientemente ingresar en el beaterio, pero una circunstancia la retenía: su madre, anciana y delicada, no podía quedar sola.

—No puedo dejarla, Padre —le confesó a Fray Pedro—. Pero mi corazón ansía esa vida.

El fraile la escuchó con atención y, tras un instante de silencio, dijo:

—Si no puedes ir al beaterio, trae el beaterio a tu casa.

Aquellas palabras encendieron en doña Elvira una determinación nueva. Transformó su hogar en un recogimiento devoto: un oratorio adornado con sencillez, horarios de oración, lecturas piadosas y obras de caridad que comenzaban en la puerta y se extendían por todo el barrio. Las gentes empezaron a llamarlo “la casa santa de doña Elvira”.

Pasaron los años, y aquel recogimiento fue la semilla de algo mayor. Con el tiempo, y tras la muerte de su madre, doña Elvira legó la casa y sus bienes para erigir allí un convento de monjas clarisas. Así nació el convento de Santa Clara, cuya fundación muchos atribuyeron no solo a la piedad de la dama, sino también a la inspiración de Fray Pedro, cuya voz seguía resonando en la villa como eco de una verdad eterna.

Años después, tanto en Badajoz como en Jerez, aún se contaban estas historias junto al fuego en las noches de invierno. Los ancianos narraban cómo un solo

hombre, con la fuerza de su palabra y el ejemplo de su vida, había logrado cambiar rumbos que parecían fijos. Y así, el nombre de Fray Pedro se fue entretejiendo en la memoria popular, no como un predicador más, sino como aquel que, sin alzar la espada ni mandar ejército, conquistó almas para un reino que no se ve.

Al cabo de unos meses, aquel convento pacense que había recibido como una carcasa vacía latía ya con un ritmo propio. Las campanas marcaban las horas de oración, el coro resonaba con salmos firmes, y hasta los vecinos de la ciudad empezaban a mirar con afecto a esos frailes que trabajaban sin descanso, bajo la guía de un superior joven que irradiaba la serena autoridad de quien se sabe servidor.

No tardaron en llegar las primeras pruebas. El convento, aunque nuevo, arrastraba ya problemas que no se veían en los planos. Había filtraciones en los tejados y el pozo daba menos agua de la necesaria para la comunidad. El pan escaseaba algunos días, y los pocos muebles con que contaban se deterioraban por el uso constante.

Pero lo más delicado no estaba en la piedra ni en la madera: eran las diferencias entre los frailes. Algunos no veían con buenos ojos que un joven de veinte años llevara las riendas. Un par de hermanos, veteranos en años y experiencia, discutían las disposiciones que él daba, disimulando la desobediencia bajo un velo de prudencia.

Fray Pedro no reaccionaba con dureza. Prefería la paciencia de la gota que pule la roca antes que el golpe que la quiebra. Invitaba a esos hermanos a caminar con él por el claustro, y en conversaciones largas, bajo la luz oblicua de la tarde, les hablaba de la misión común y de cómo la humildad era el único cimiento que no se agrietaba.

Por las noches, al escribir en su cuaderno, anotaba: "Es más difícil alinear corazones que levantar paredes. Pero si el Señor soporta mi flaqueza, yo debo soportar la ajena."

El primer invierno en Badajoz fue áspero. Las lluvias, que primero habían prometido abundancia, se volvieron torrenciales y arruinaron la huerta. El pan de la despensa menguó, y hubo semanas en que la sopa de verduras y un mendrugo duro eran todo el alimento.

Fray Pedro, sin embargo, prohibió que se dejara de dar limosna a los pobres que acudían a la puerta.

—Si nosotros sufrimos hambre, suframos con ellos; no cerremos la mano al que llama, decía. Más de una vez entregó su propia ración, confiando en que el día siguiente traería providencia.

Un mediodía, un campesino apareció con un carro de trigo, diciendo que había sentido en su corazón el impulso de ayudar. Los frailes vieron en aquello una respuesta inmediata a sus oraciones. Pedro sonrió apenas y, en voz baja, murmuró:

—Él nunca se queda sin oír.

Las dificultades no doblegaron al joven superior; más bien lo hicieron más consciente de la fragilidad de la obra humana y de la necesidad de apoyarse siempre en la gracia. Al terminar su primer año, los frailes, incluso los más reticentes, reconocían que bajo su guía el convento había tomado un rumbo firme.

Badajoz ya no era solo un conjunto de paredes nuevas, era una comunidad viva, capaz de soportar las inclemencias y las diferencias internas, porque había aprendido a mirarse en el ejemplo de un guardián que no se amparaba en la autoridad, sino en el servicio.

En sus ratos de soledad, Pedro comprendía que estas pruebas tempranas eran como el taller secreto donde Dios forjaba su espíritu para empresas mayores. No lo sabía aún, pero aquellos inviernos de escasez y esos claustros donde tuvo que ganar las voluntades de sus hermanos serían la fragua de un camino más alto, en el que la obediencia y el celo encontrarían su plena medida.

Era una devota admiración entrar en cualquier villa o aldea donde fray Pedro de Alcántara hubiera predicado. No pasaba inadvertido el cambio: incluso en los lugares más apartados, donde el saber se medía por la memoria de refranes y los libros eran cosa rara, algo quedaba en las gentes, como una claridad que no se apagaba. Hasta los más rudos e ignorantes, los que apenas conocían las letras y no sabían discurrir sobre misterios teológicos, entendían sin embargo la manera de practicar las virtudes.

Esto se debía a que fray Pedro no se contentaba con predicar y marchar. Su celo le empujaba más allá. Conocía bien la fragilidad del corazón humano, tan pronto inflamado como vuelto al frío, y por eso se empeñaba en arraigar en sus oyentes un hábito más fuerte que la emoción pasajera: el ejercicio santo de la oración.

En las plazas, en los atrios, en los caminos, enseñaba a rezar como quien enseña a respirar: no como carga, sino como alivio. Decía que la oración podía hacerse en cualquier parte y en cualquier hora; que el labrador podía alzar el alma a Dios mientras araba el surco; que la madre podía murmurar un salmo mientras hilaba; que el artesano podía santificar su labor con una breve jaculatoria entre martillazo y martillazo.

Y cuando llegaban los días de fiesta, hacía de la oración un acto común y solemne. Convocaba a todos

en la iglesia, como si fueran una comunidad de religiosos. Allí, hombres, mujeres, ancianos y niños se sentaban juntos, y la nave entera se llenaba del murmullo pausado de los rezos, como de un río que corre sereno. Fray Pedro, con su hábito ceñido y su rostro encendido por el fervor, se arrodillaba entre ellos, rezando con la misma humildad que el más sencillo de sus oyentes.

Si podía, los acompañaba de principio a fin, dirigiendo meditaciones, enseñando a guardar silencio, guiando a los que no sabían qué decir, hasta que la oración dejaba de ser un esfuerzo y se convertía en un gozo compartido.

Al terminar, nadie salía de la iglesia como había entrado. El ruido habitual de las fiestas —las campanas, las voces, las músicas— parecía atenuarse en el corazón de cada uno, como si un velo invisible cubriera las distracciones. Y por días, a veces por semanas, aquella paz se conservaba en el aire del pueblo.

Así, cuando otro viajero entraba en aquellas tierras y preguntaba por qué se veía tanta concordia entre vecinos, o por qué se evitaban palabras ásperas en las tabernas, no tardaba en escuchar la respuesta:

—Aquí predicó fray Pedro.

Y el nombre, pronunciado con respeto, era ya una señal de que algo santo había pasado por allí, dejando una huella más firme que las piedras del camino.

En 1538, el santo fue elegido ministro provincial de los frailes de la estricta observancia de la Provincia de San Gabriel, en Extremadura.

Fray Pedro regresaría al convento placentino.

La mañana del 29 de abril de 1540 amaneció clara sobre los tejados de Plasencia, con un sol que filtraba su luz por las vidrieras del convento de San Miguel. El

rumor de pasos en el claustro y el murmullo de voces graves anunciaban que aquel día no sería uno más. Fray Pedro de Alcántara, guardián de la casa, había convocado a los hermanos a Congregación, cumpliendo con lo que la legislación exigía, pero también movido por un propósito más alto: resolver asuntos que no podían esperar.

En la sala capitular, larga y sobria, las paredes encaladas parecían contener el silencio expectante de los frailes que iban tomando asiento. La mesa central estaba cubierta con un paño oscuro, y sobre ella reposaban algunos legajos, el sello de la Provincia y un crucifijo. La luz de la mañana entraba oblicua, dibujando un haz dorado sobre el rostro sereno de fray Pedro.

—Hermanos —comenzó, con voz clara y reposada—, nos reúne hoy el mandato de nuestra Regla y la necesidad de elegir al custos custodum que representará a esta Provincia en el Capítulo General de Mantua. Pero no solo eso: debemos discernir sobre decisiones urgentes que requieren el consentimiento de todos, para que, con una sola voz, las demos a conocer.

El eco de sus palabras se perdió entre las arcadas. Uno de los ancianos asintió lentamente, mientras otro joven fraile tomaba notas en un pergamino.

La elección comenzó con la solemnidad acostumbrada. Cada hermano, al ser llamado, se acercaba a la mesa y depositaba su voto. Afuera, el campanario marcaba el paso del tiempo, y en el claustro se oía el canto de un mirlo. Cuando se leyó el último nombre, fray Pedro se puso en pie.

—Por voluntad de esta Congregación, ha sido elegido custodio para el Capítulo General de Mantua nuestro hermano fray Diego de Chaves —anunció.

Un leve murmullo aprobatorio recorrió la sala. Fray Diego, hombre de mirada franca y modales austeros, se inclinó con humildad.

—No será mi voz, sino la de todos vosotros, la que lleve a Mantua —dijo.

A continuación, se trataron otros asuntos, tales como la admisión de dos nuevas casas a la Provincia, la de Santa Cruz de Tabladilla y la de la Madre de Dios de Valverde. La noticia fue recibida con satisfacción. Era un signo de crecimiento y vigor espiritual.

—Que estas casas sean faros de oración y ejemplo —exhortó fray Pedro—, y no meros muros de piedra.

Fue por aquellos años en que la fama de fray Pedro de Alcántara se extendía como un murmullo respetuoso por las tierras de Extremadura. No era fama ruidosa, sino serena, hecha de testimonios de vida austera y palabra encendida. Por doquier se hablaba de aquel franciscano enjuto, de rostro anguloso y mirada profunda, que, más que predicar con voz, evangelizaba con ejemplo.

En el ejercicio de su cargo redactó una regla aún más severa que la ya existente y la propuso, en 1540, en el Capítulo General de Plasencia. Como la propuesta encontrase una fuerte oposición, el santo renunció a su cargo y fue a reunirse con fray Martín de Santa María. Dicho fraile, interpretando la regla de San Francisco como un llamamiento a la vida eremítica, construía una ermita en una desolada colina, llamada la Arrábida, a orillas del Tajo, en la ribera opuesta a la de Lisboa. San Pedro alentó a fray Martín y sus compañeros y le sugirió varias disposiciones que fueron adoptadas. Los ermitaños iban descalzos, dormían en esteras o al ras del suelo, jamás tomaban carne ni vino y no tenían biblioteca.

Pasó el tiempo, en una mañana clara, cuando los campos del valle de Plasencia reverdecían con las lluvias de primavera, llegó a sus oídos la propuesta de don Andrés de la Cadena y Carvajal, noble de buena alcurnia y aún mejor reputación, tío de un joven llamado fray Miguel de la Cadena. El buen don Andrés, sabedor del rigor espiritual del franciscano, deseaba emplear los bienes que tenía reservados para su sobrino en algo que trascendiera al tiempo y al polvo de los hombres.

—Padre —dijo en tono solemne, cuando al fin se halló ante fray Pedro—, quisiera que de mi hacienda naciese casa para Dios. Si vos lo aprobáis, fundaremos un convento que sirva de amparo a quienes, como mi sobrino, dedican su vida al Altísimo.

Fray Pedro guardó silencio unos instantes. Había aprendido a no responder de inmediato a lo que implicara obra duradera: primero la oración, luego el discernimiento. Al cabo, levantó la vista y su semblante austero se suavizó en un gesto de asentimiento.

—Sea para gloria de Dios —dijo simplemente.

El proyecto tomó forma en el valle de Plasencia, a cinco leguas de la ciudad. El lugar escogido era apacible y fértil, aunque marcado por la sencillez rústica. Allí, en un paraje conocido como Tabladilla, habían existido en tiempos anteriores unas humildes construcciones de tablas donde los campesinos vigilaban ganado y árboles. Aquel rincón, hasta entonces insignificante, se transformaría pronto en morada consagrada.

El convento se erigió con medida, sin ostentación, pero con todo lo necesario: iglesia de una sola nave, claustro recogido, dormitorios estrechos, oficinas y aposentos suficientes para la vida comunitaria. Al consagrarlo, se le dio el nombre de Santa Cruz de Tabladilla,

en memoria del cardenal Carvajal, tío de don Andrés, que ostentaba el título de Santa Cruz de Jerusalén.

Con la obra concluida, fray Pedro celebró misa en el altar recién alzado. Quienes asistieron —vecinos, labradores, algunos hidalgos de la comarca— recordaron siempre la voz grave y serena del franciscano, que más parecía fluir desde lo alto que nacer de su garganta.

Ese mismo año, sin darse reposo, fray Pedro emprendió viaje a Valverde, villa situada a cuatro leguas, donde residía el obispo de Ceuta, don Diego Enríquez, noble eclesiástico de ánimo fervoroso. La ruta, fatigosa por caminos pedregosos y colinas ariscas, no le pesaba: acostumbrado a andar descalzo o con sandalias mínimas, hallaba en cada paso ocasión de penitencia.

Al llegar, fue recibido con honores sencillos pero sinceros. El obispo, hombre de carácter firme y corazón generoso, había oído hablar de él y deseaba dejar en su diócesis una obra que perpetuara la devoción mariana.

—Padre —le dijo con franqueza—, deseo fundar convento que lleve por nombre Madre de Dios. Confío en vos para guiar su espíritu.

Fray Pedro, que nunca buscó fundaciones por ambición propia, aceptó con la misma humildad que en Tabladilla: porque veía en ello no su voluntad, sino la Providencia. Y así nació el convento de Madre de Dios de Valverde, erigido entre campos que olían a tomillo y a encina, otro faro de oración y ejemplo para el mundo.

Así, uno tras otro, los conventos se levantaban no por ansia de piedra ni ladrillo, sino por la fe que los animaba. Santa Cruz de Tabladilla y Madre de Dios de Valverde se sumaban a la cadena de humildes casas que fray Pedro había ayudado a plantar en suelo extremeño: pequeños baluartes de silencio en medio de un siglo agitado.

Y mientras los nobles daban haciendas y tierras, y los obispos ofrecían su apoyo, él seguía igual: con su hábito áspero, su pan duro, y sus noches de oración interrumpida por disciplinas. Fundador, sí, pero sobre todo testigo. Testigo de que la grandeza no está en las torres altas, sino en los corazones que, ocultos, laten para Dios.

Finalmente, se decidió la redacción de nuevo de las Ordenanzas provinciales, para que la letra estuviera a la altura del espíritu que la inspiraba. Un hermano experto en escritura, con la pluma ya preparada, comenzó a copiar con pulso firme los acuerdos, mientras el sello provincial aguardaba para dejar su impronta definitiva.

Cuando la Congregación concluyó, el sol ya caía de lleno en el claustro, iluminando las columnas. Fray Pedro salió despacio, acompañado de algunos frailes, y se detuvo un instante en el jardín. Allí, mirando el rosal que comenzaba a florecer, pensó en cómo la vida de la Orden era como ese arbusto: cada rama debía cuidarse para que el conjunto diera su mejor perfume.

Aquel día, sin estrépito, se habían puesto en marcha decisiones que resonarían más allá de las paredes del convento, llevando la voz de Plasencia hasta Mantua y cimentando el futuro de la Provincia.

En aquellos meses, el corazón de fray Pedro de Alcántara ardía con un proyecto que le robaba horas de sueño: levantar un convento descalzo en las cercanías de Coria. Veía ya en su espíritu la huerta humilde, las celdas de paredes encaladas y el coro resonando con salmos al amanecer. Soñaba con un lugar apartado, donde la pobreza fuera tan auténtica como la oración, y donde la vida franciscana hallara refugio frente a los ruidos del mundo.

Pero los sueños, como las nubes, a veces deben ceder el paso a vientos más urgentes. En marzo de 1541, las campanas del deber sonaron con fuerza, debía partir rumbo a Barcelona, pues allí se preparaba la expedición que llevaría a los delegados al Capítulo General de Mantua, previsto para el 4 de junio.

El viaje no lo haría solo. Le acompañaban fray Diego de Chaves, entonces provincial y custodio, hombre de carácter firme; fray Juan de Neira, de rostro joven pero de mirada serena; y fray Álvaro de Tavira, discreto y diligente, siempre atento a los detalles que otros pasaban por alto.

Partieron en la claridad fría de una mañana de cuaresma, cruzando tierras que aún olían a invierno. En las posadas, fray Pedro hablaba poco, como si cada paso lo llevara no solo más cerca de Barcelona, sino también más lejos de su ansiado convento en Coria.

La ciudad condal los recibió con bullicio de puerto y olor a salitre. Los preparativos para el viaje a Mantua se sucedían con prisas y discusiones en las estancias donde se reunían los frailes de distintas provincias. Sin embargo, la salud de fray Pedro comenzó a resentirse. Primero fue un cansancio extraño, luego una fiebre persistente que le arrebató el vigor.

—Padre, no puede seguir así —le dijo fray Diego una tarde, al verlo pálido, casi desfallecido.

Fray Pedro sonrió con la paciencia de quien ha aprendido a obedecer no solo a los hombres, sino también a los límites del cuerpo.

—Si el Señor no quiere que vaya a Mantua, irán mis palabras en lugar de mis pasos.

Así, en un gesto de humildad y previsión, dio sus poderes y cartas de representación a fray Álvaro de

Tavira, confiándole que hablara y votara en su nombre. Fray Diego y fray Álvaro partieron hacia Italia, mientras fray Juan de Neira se quedó en Barcelona para cuidar del enfermo.

Los días que siguieron fueron de reposo forzoso. En una celda estrecha pero iluminada, fray Pedro se dejaba atender sin queja. A veces, al caer la tarde, pedía que le abrieran la ventana para oír el rumor lejano del mar.

—Mira, Juan —decía con voz débil—, así suena la eternidad... constante y sin prisa.

Poco a poco, la fiebre cedió, y la fuerza volvió a su cuerpo como agua que retorna a un cauce seco. Cuando pudo volver a caminar por el claustro, apoyado en el brazo de fray Juan, pensó que tal vez el convento de Coria tendría que esperar... pero no desaparecería de su corazón.

En aquellos días, el gobierno de Cataluña estaba en manos de un hombre cuya mirada penetrante escondía un corazón ya marcado por la fugacidad de la gloria: Francisco de Borja, barón de Llombay y virrey de la región. Dos años antes, había acompañado el féretro de la emperatriz Isabel, y aquella visión —el rostro de la soberana marchito por la muerte— lo había dejado herido con una certeza que no admitía remedio: todo en este mundo es vanidad.

Desde entonces, sus pasos le llevaban con frecuencia al convento franciscano de Barcelona. Allí, entre muros silenciosos, hallaba un consuelo que ni las ceremonias cortesanas ni los salones adornados con tapices podían darle. En su propio palacio, tenía por consejero espiritual a un hermano lego, fray Juan de Tejeda, extremeño como fray Pedro, hombre de pocas palabras pero de mirada limpia y juicio recto.

No pasó inadvertida para el virrey la reunión en Barcelona de los vocales del Capítulo General de Mantua. Tampoco ellos dejaron de notar las atenciones del joven virrey hacia la Orden. Era el 10 de junio de 1541 cuando, en agradecimiento, el ministro general despachó en su favor una carta de hermandad, sellada con la solemnidad que merecía un protector tan ilustre.

Fray Pedro, ya restablecido de la enfermedad que lo había retenido en la ciudad, quiso conocer al hombre del que tanto había oído hablar. El encuentro se produjo en una sala alta del palacio, donde la luz entraba por ventanas abiertas al puerto. El virrey lo recibió de pie, con un respeto que no se fingía.

—Padre, es un honor tener en mi casa al guardián de San Miguel de Plasencia —dijo Borja, inclinando ligeramente la cabeza.

—Excelencia, aquí no hay mayor honor que servir a Dios —respondió fray Pedro, con una sonrisa que desarmaba la distancia de los títulos.

Fray Juan de Tejeda, testigo discreto, sirvió como puente entre ambos. En aquellas conversaciones, el virrey abrió su alma, confesando dudas y proyectos, mientras el fraile compartía sus inquietudes sobre la vida de la Orden, las fundaciones por venir y la reforma que ardía en su corazón.

—El mundo me ofrece honores que ya no deseo —confesó Borja una tarde—. ¿Qué queda, fray Pedro, cuando el aplauso se apaga?

—Queda Dios, señor —replicó el franciscano—. Y lo que uno haya hecho por Él, eso no muere.

Así, entre el rumor del mar y el eco lejano de los pregones en las calles, nació una amistad serena, tejida con hilos de fe y respeto mutuo.

Cuando su salud estuvo completamente restituida, fray Pedro se despidió del virrey y de fray Juan de Tejada. No llevaba joyas ni presentes, pero sí la certeza de que aquel encuentro había sembrado algo que, en su momento, daría fruto.

Partió rumbo a su provincia, dejando atrás las torres de Barcelona y el puerto agitado, con el mismo paso humilde con que había llegado, y con el corazón puesto, de nuevo, en las tierras extremeñas donde le aguardaban nuevas tareas.

Apenas habían transcurrido unos días desde su regreso de Barcelona cuando fray Pedro, recuperado de su enfermedad, sintió que las fuerzas volvían a su cuerpo como un río que se libera de la sequía. Fue entonces cuando llegó la invitación del duque de Aveiro, don Juan de Lancaster, noble portugués de sangre real y alma devota, que deseaba conocer al franciscano extremeño cuya fama de celo y austeridad había cruzado fronteras.

El viaje a Portugal lo llevó por caminos verdes y fragantes, hasta que la tierra comenzó a elevarse en colinas abruptas y, al fin, se abrió ante sus ojos la sierra de la Arrábida. Allí, el Atlántico golpeaba con fuerza las rocas, y el viento traía un aire limpio, casi cortante, que parecía barrer cualquier resto de vanidad.

En lo alto, en torno a la figura recogida de fray Martín de Santa María, un pequeño grupo de franciscanos vivía como en los primeros días de la Orden, en cuevas abiertas en la roca, con túnicas remendadas y el corazón entregado a la oración. No tenían más sonido que el murmullo del mar, más luz que la del sol y las estrellas, y más compañía que la del Señor.

Fray Pedro se sintió en casa. Desde el primer momento, alentó a aquellos hermanos a perseverar en

la austeridad y el rigor que los había traído hasta allí. No predicó con discursos largos, sino con el ejemplo: dormía en una tabla, comía lo justo para sostenerse y pasaba largas horas en silencio, contemplando la inmensidad del océano como si en él leyera la eternidad.

Con la llegada de fray Pedro de Alcántara, las tierras que ya sabían del viento callado y de las rocas envejecidas se transformaron lentamente en un refugio de serenidad. El austero fraile, envuelto en una túnica que parecía abrazar su alma tanto como su cuerpo, trajo consigo la promesa de un lugar donde la quietud y la devoción florecerían en armonía.

La construcción de un convento en la Provincia de la Arrábida, fue una empresa que se llevó a cabo gracias a la generosa ayuda de don Juan de Alancáster, duque de Aveiro. A expensas de este prócer se edificaron cinco celdas, que fueron diseñadas por fray Pedro de Alcántara. Todas ellas fueron rodeadas de una cerca dentro de la cual, juntamente con una ermita existente, quedaron encerradas. Una de estas celdas ocupó fray Pedro y otra fray Miguel de la Cadena. La de fray Pedro era tan sumamente reducida que su cuerpo no cabía en ella detiene ni tampoco echado. La puerta consistía en dos estrechas tablas y las paredes eran de piedra tosca.

Bajo su guía, las manos laboriosas de los frailes y los fieles de la comunidad trabajaron en la construcción de cuatro pequeñas celdas más de piedra, sencillas en su diseño, pero profundas en su significado. Junto a la celda que ocupaba el ermitaño Heildebrant, se formaba un pequeño conjunto de cinco habitaciones, que no sólo respondían a la necesidad de albergue, sino que representaban la encarnación tangible de los deseos más íntimos del alcalde espiritual de aquel refugio: la comu-

nión perfecta con lo divino a través del retiro. Porque, en virtud de las facultades que tenía, eligió el eremitorio en comento, permitiéndoles también admitir novicios y recibir profesos de la Orden, nombrando a fray Pedro guardián y maestro de novicios del convento de Pallaes, fundado por el marqués de aquella villa don Francisco de Gama, conde de Vadigueyra y de Niza. En este convento, que se llamó de Nuestra Señora de la Consolación, estuvo aproximadamente fray Pedro de Alcántara un año.

El sol, en su recorrido a través de los cielos, parecía inclinarse respetuoso ante aquella comunidad, que vivía sumida en la quietud de la oración y el trabajo. La rutina diaria transcurría de manera uniforme, como si el tiempo se plegara a su propio ritmo, sin apresurarse ni detenerse, tal como la respiración profunda de los hombres que allí moraban. Con devoción, se entregaban a la vida contemplativa, aceptando el silencio como su única compañía, la meditación como su alimento, y la oración como su camino. Había algo profundamente gratificante en la austeridad de las celdas, en la falta de lujo, en la pobreza elegida de corazón, que les otorgaba una paz inquebrantable.

Sin embargo, no era una vida aislada, aunque sí solitaria en sus momentos más intensos. En mayo de 1542, la calma de su existencia fue interrumpida por la visita de una figura venerada y temida por igual: el padre Juan Calvo, ministro general. En su llegada, un viento de emoción se levantó entre los frailes, quienes, con las manos entrelazadas en oración, recibieron al padre con un júbilo contenidamente reverente. La visita era más que un acto protocolario; era la confirmación de su elección espiritual, el reconocimiento de su esfuerzo y dedicación.

El padre Calvo, hombre de gran autoridad y sabiduría, les brindó un abrazo cálido, uno que hablaba tanto del deber que les unía como de la admiración que sentía por su trabajo. Con una mirada profunda, que reflejaba tanto la severidad de su misión como la ternura de su corazón, les dirigió palabras de aliento, reafirmando que el camino que habían elegido era el correcto, y que la vida de oración y meditación que allí se cultivaba era la esencia misma de la devoción verdadera. En aquel encuentro se selló, con un acto solemne, la erigida custodia de la Arrábida, un pequeño enclave espiritual sometido únicamente a la autoridad del ministro general.

Aquel reconocimiento, cargado de significado, otorgó a la comunidad una serenidad mayor, como si, al ser elevados en su misión, la luz divina se reflejara con más fuerza sobre sus frentes. El padre Calvo, con su presencia bendita, se despidió dejando tras de sí no sólo las palabras de confirmación, sino la certeza de que los que allí vivían no estaban solos en su peregrinaje, sino bajo la mirada atenta de aquellos que, en el mundo exterior, velaban por el cumplimiento de la voluntad de Dios.

La visita del ministro general no era sino una reafirmación del compromiso de los frailes con su voto de pobreza y silencio, con su renuncia al ruido del mundo para abrazar la quietud de la fe. Y aunque fray Pedro de Alcántara, como líder de la comunidad, se sentía profundamente agradecido por la visita, su corazón seguía, inquebrantable, inclinado hacia lo sencillo, hacia lo humilde, hacia lo eterno. Sin embargo, en la profundidad de su ser, no podía evitar sentir que, de algún modo, algo nuevo había comenzado. Un camino que no sólo era espiritual, sino también comunitario, y que había sido ratificado por la mirada cálida y sabia del padre

Juan Calvo. Así, en aquel remoto rincón del mundo, la vida de oración continuaba, más sólida y esperanzada que nunca.

La fama de los frailes franciscanos, que en su humildad y dedicación a la vida contemplativa parecían haber tocado el corazón de Dios mismo, no tardó en alcanzar oídos poderosos. La nobleza, que solía habitar en la esfera de los lujos y las pompas mundanas, comenzó a ver en estos hombres sencillos no sólo un refugio espiritual, sino una bendición. Su devoción era pura y, a través de su ejemplo, parecía irradiar una paz que nadie podía ignorar. Fue así como los buenos frailes, que vivían a la sombra de sus celdas, parecían ser favorecidos no sólo por la gracia celestial, sino también por la generosidad terrenal de aquellos que, en busca de salvación o gratitud, deseaban apoyar su obra.

La nobleza, consciente de que en ese austero retiro residía una fuerza silenciosa pero poderosa, no escatimó en esfuerzos para multiplicar el número de individuos que deseaban unirse a tan santa causa. No era raro que en las largas tardes de oración o en los silenciosos amaneceres de la comunidad, llegaran noticias de nuevos conventos que se erigirían bajo el manto de la Orden Franciscana. Y con ello, el número de frailes que deseaban ser admitidos creció rápidamente. Era como si el aire mismo estuviera impregnado de una llamada irresistible para aquellos que buscaban un camino puro, una vida despojada de todo menos de la devoción a Dios.

No pasaron muchos años antes de que los frailes recibieran la generosa oferta de otros dos conventos. Uno de ellos, el Convento de Nuestra Señora de la Consolación en Palhães, fue fundado por el segundo conde de Videgueira, don Francisco de Gama, quien, tocado por

la fe de los frailes, decidió erigir un refugio para el alma de aquellos que, como él, deseaban encontrar consuelo en la paz del retiro. La tierra sobre la que se erigiría el convento, que se había estado preparando durante años en silencio, parecía bendecida desde el momento en que se tomó la decisión. La nobleza de don Francisco de Gama, su generosidad y su deseo de ayudar a la causa, se materializaron en los muros de ese convento, que se convirtió en un santuario tanto de oración como de protección para los que, guiados por el ejemplo de los frailes, decidían entregar sus vidas a la contemplación.

Pero no fue esta la única ofrenda que los frailes recibieron. Un segundo convento, el de Nuestra Señora de la Piedad, les fue ofrecido por el infante don Luis, hermano del rey don Juan II. Un hombre de alta nobleza y corazón profundo, el infante don Luis veía en los frailes franciscanos un reflejo de la piedad y la devoción que él mismo había cultivado en su vida. Su generosidad se tradujo en la construcción de un convento dedicado a la Piedad, en un rincón apartado pero fértil de la tierra, donde la espiritualidad de los frailes podría florecer aún más. Con esta oferta, el infante no sólo les otorgaba el terreno, sino que les regalaba también la oportunidad de seguir extendiendo su mensaje de paz y recogimiento. De este modo, bajo el alero protector de la nobleza, los frailes continuaron creciendo y expandiéndose, multiplicando sus números y fortaleciendo su presencia en cada rincón del reino.

Las noticias de estos nuevos conventos llegaron a todos los rincones de la región, y con ellas, la reverencia por los frailes creció aún más. Eran ahora una verdadera fuerza espiritual, admirada por su santidad y apoyada por aquellos que, con corazones generosos,

entendían que la vida contemplativa de los frailes no era solo un refugio para ellos, sino también una bendición para todos los que se cruzaban en su camino.

Y así, en un susurro que se extendía por las montañas y los valles, los conventos de los frailes franciscanos no solo fueron lugares de recogimiento, sino también símbolos de la unión entre la nobleza y la fe, entre el cielo y la tierra, entre la gracia divina y la generosidad humana.

La custodia de la Arrábida, una rama dentro de la familia franciscana dedicada a la vida eremítica más estricta. Allí se levantó el convento de Palhães, sencillo y firme como una fortaleza de oración. Fray Pedro fue nombrado guardián y maestro de novicios, guiando a los jóvenes que acudían atraídos por la pureza de aquella vida.

—Aquí, hijos, no venís a ser vistos por los hombres, sino a ser conocidos por Dios —les decía—. Que vuestro claustro sea el cielo, y vuestras paredes, la roca que os cobija.

En las madrugadas, el tañido de una campana pequeña llamaba a la oración, y desde Palhães se alzaban salmos que el viento llevaba mar adentro. Fray Pedro, de pie en el coro, sentía que la misma ola que golpeaba las costas podía golpear también los corazones, arrancando de ellos lo que sobraba y dejando solo lo eterno.

Los meses en la sierra de la Arrábida fueron para fray Pedro una escuela de perfección, más que cualquier tratado o Capítulo provincial. Allí, en el silencio roto solo por el mar y el canto de los salmos, aprendió que la austeridad no era solo cuestión de privaciones materiales, sino de una libertad interior que hace ligero el alma para las cosas de Dios.

La vida en Palhães se regía por un ritmo casi monástico: oración antes del amanecer, trabajo manual en la huerta o en los caminos pedregosos, lectura espiritual, y largos ratos de meditación a la sombra de las encinas o en las grutas abiertas en la montaña. El pan era moreno, el agua fresca de manantial, y la comida tan escasa que más de una vez la mesa quedaba casi vacía. Pero los rostros de los frailes no mostraban tristeza, sino una paz honda que venía de saberse ocupando el lugar exacto al que Dios los había llamado.

Fray Pedro, como guardián, no solo administraba la comunidad: la conducía con el ejemplo. Era el primero en madrugar, el último en descansar, y nunca se reservaba una tarea más cómoda que la de sus hermanos. En el trabajo de la huerta, con las manos cubiertas de tierra, solía decirles:

—Así como arrancamos estas hierbas para que el trigo crezca, Dios arranca de nosotros lo que impide que demos fruto.

Con el tiempo, comenzaron a llegar jóvenes deseosos de abrazar aquella forma de vida. Algunos venían de conventos grandes, hartos del bullicio; otros, de aldeas remotas, guiados solo por rumores. Fray Pedro los recibía con cordialidad, pero también con franqueza:

—Aquí no hallaréis alivio para el cuerpo, sino para el alma. Si buscáis consuelo humano, estáis en el lugar equivocado.

Fue entonces cuando comprendió que lo que había visto en la Arrábida era el modelo que anhelaba extender por Castilla y Extremadura: comunidades pequeñas, austeras, alejadas de las ciudades, centradas en la oración, el silencio y el trabajo. La custodia de la Arrábida, bajo su impulso, no sería solo una experiencia

aislada en tierras portuguesas, sino un faro para todo el espíritu reformador franciscano.

Cuando llegó el momento de regresar a Castilla, lo hizo con paso firme y el corazón encendido. Llevaba consigo no solo recuerdos, sino un plan claro: multiplicar los “Palhães” en su Provincia, adaptando la disciplina y el espíritu de la sierra portuguesa a las tierras de España. Previamente, ayudó y colaboró eficazmente al fundador de la Arrábida, fray Martín de Benavides en la redacción y promulgación de los Estatutos de la custodia.

Fray Pedro de Alcántara, hombre de fe inquebrantable y diligente en sus esfuerzos por consolidar la vida religiosa que había abrazado con tan profundo fervor, sabía que la fortaleza de la custodia de la Arrábida no dependía únicamente de la entrega de los frailes, sino también del respaldo de aquellos que ocupaban los puestos más altos en la corte y en la nobleza. La dedicación a la vida contemplativa que él y su comunidad representaban no podía ser un esfuerzo aislado, sino que necesitaba del apoyo de la influencia y el poder de aquellos que, al igual que él, comprendían la importancia de un refugio espiritual para el alma de la nación.

Así fue como, con su característico fervor y humildad, fray Pedro escribió una carta al duque de Gandía, uno de los hombres más poderosos de su tiempo, rogándole que intercediera ante el Papa para que favoreciera la causa de los frailes arrábidos. Con una mano firme en la pluma y el corazón lleno de esperanza, fray Pedro transmitió en su misiva la urgente necesidad de asegurar la estabilidad y el reconocimiento oficial de la custodia, que, aunque ya goza de una gran devoción local, todavía carecía de la confirmación papal que le garantizaría su permanencia a largo plazo. La carta, escrita con

la humildad de quien sabe que necesita la ayuda de los grandes, también mostraba la determinación del fraile en su lucha por la causa religiosa.

El duque de Gandía, Francisco de Borja, respondía con la misma cortesía y compromiso que fray Pedro había esperado. En su carta, prometió ocuparse del asunto que le había encomendado, sabiendo bien que, al intervenir en favor de los arrábidos, no solo apoyaba la causa de los frailes, sino también el fortalecimiento de una vida religiosa que, por su devoción, podría enriquecer al pueblo. Francisco de Borja, hombre de gran respeto por la religión y por las instituciones espirituales, entendió la importancia de la petición y, en consecuencia, se comprometió a llevar la solicitud ante el Papa con la mayor urgencia.

Pero la intervención de fray Pedro no se limitó al duque de Gandía. Sabía que, para conseguir el favor papal y asegurar la permanencia de la custodia de la Arrábida, debía contar con el apoyo de otras figuras influyentes de la corte. Así, con la misma perseverancia que lo caracterizaba, fray Pedro escribió cartas al conde don Alfonso de Portugal, a la infanta doña Isabel y al infante don Luis. Estas misivas no solo eran un testimonio de su dedicación a la causa, sino también una clara muestra de su habilidad para tejer una red de apoyo entre los nobles y la realeza. A través de estas cartas, fray Pedro no solo apelaba a la generosidad de los destinatarios, sino también a su sentido de justicia y su compromiso con la fe, convencido de que, con su respaldo, la custodia podría no solo perdurar, sino crecer en influencia y prestigio.

La intervención directa de fray Pedro fue, sin duda, crucial para la existencia y permanencia de la custodia de la Arrábida. Sin su trabajo incansable, su capacidad de unir a personas poderosas en un esfuerzo común, y su habilidad para convencer a aquellos con el poder de cambiar el destino de su comunidad, la historia de la custodia podría haber sido muy distinta. Cada carta que escribía era un testimonio de su arduo trabajo y de su profundo deseo de ver florecer la vida religiosa en la Arrábida. Y, aunque su misión era ardua, fray Pedro nunca flaqueó, porque sabía que su lucha no era solo por una causa terrenal, sino por algo mucho más grande, algo eterno.

La respuesta de la nobleza y de la corte, al final, fue un reflejo del impacto de su llamado. La causa de los arrábidos no solo encontró eco en las altas esferas, sino que, con el tiempo, logró la bendición papal que fray Pedro había esperado. Así, bajo la guía de este humilde fraile, la custodia de la Arrábida se consolidó como un bastión espiritual, no solo de la fe de los frailes, sino también del compromiso de aquellos que, como el duque de Gandía, el conde de Portugal y los miembros de la familia real, creían en el poder transformador de la oración y la devoción.

Llegó el momento de su partida, mientras la niebla aún cubría las laderas y el mar rugía al pie de los acantilados, fray Pedro se detuvo en la puerta del convento y miró atrás.

—Señor —susurró—, que lo que aquí ha comenzado, no se apague jamás.

Y, con la brisa salada aún en el rostro, tomó el camino hacia el norte, llevando en su alma la Arrábida como un tesoro que nadie podría arrebatarse.

Pasaron los años. Corría el año de 1544 cuando, en medio de sus tareas y viajes por la Provincia, fray Pedro recibió una mala noticia. El mensajero, un joven fraile con la sotana polvorienta, le entregó el pliego con un gesto grave. El guardián lo tomó sin prisa, pero en su interior sintió ese presentimiento que precede a las palabras que no se quieren leer.

Se apartó al claustro, donde la luz de la tarde se filtraba en franjas doradas entre las columnas. Rompió el sello, desplegó el papel y leyó despacio. Bastaron unas pocas líneas para que el peso de la noticia cayera sobre él, su madre, doña María Vilela, había fallecido en Alcántara. Allí mismo sería enterrada, junto a generaciones de su familia.

Fray Pedro cerró los ojos. La imagen de su madre le vino con una claridad dolorosa, sus manos trabajadoras, su voz dulce pero firme, las noches en que, siendo niño, lo cubría con una manta en los inviernos fríos. Recordó también las palabras con que ella lo despidió cuando decidió tomar el hábito:

—Hijo, si has de servir a Dios, hazlo de todo corazón.

No hubo lamento en voz alta, ni lágrimas que otros pudieran ver. Pero dentro de él, una herida se abrió con la discreción de las penas hondas. Caminó hasta la capilla y se arrodilló ante el crucifijo. Allí, en el silencio, habló con Dios como quien habla con un amigo:

—Padre eterno, recibid a vuestra sierva María, y concededme la gracia de vivir como ella me enseñó.

Esa noche, pidió a la comunidad que ofrecieran la misa conventual por el alma de su madre. El canto del De Profundis resonó bajo las bóvedas, y en cada palabra, fray Pedro puso un acto de gratitud.

Viajó a Alcántara para acompañar el sepelio, en su corazón supo que las piedras viejas de la villa, el aire limpio del río Tajo y las oraciones de su familia cubrirían el descanso de María Vilela. Y desde entonces, cada vez que regresaba a su tierra natal, encontraba un momento para detenerse junto a su tumba, en silencio, como quien vuelve a beber del manantial primero de su vida.

Entre los años de 1544 y 1547, esta figura solitaria recorrería los caminos polvorientos de Extremadura. Con el paso firme del que sabe que no camina solo, avanzaba de villa en villa, llevando consigo no riquezas ni séquitos, sino palabras encendidas que parecían brotar más del espíritu que de la carne. Su corazón había elegido a Plasencia como centro y respiro, como el altar invisible desde el cual irradiaba su misión.

Las campanas de los pueblos, cuando le veían llegar, repicaban solas en el alma de los hombres y mujeres, que acudían en tropel, dejando las faenas del campo, el martillo de los talleres, las agujas y telares, para escucharle. Su voz no era fuerte por el tono, sino por el temblor que provocaba en quienes lo oían; hablaba del amor, de la penitencia, de un Dios cercano y ardiente. Y en aquellas plazas abarrotadas, el silencio se hacía tan denso que hasta el viento parecía detenerse para escuchar.

No se conformaba, sin embargo, con el eco pasajero de sus sermones. Allí donde sentía que la fe había prendido, dejaba huella visible, cruces de piedra levantadas con sus propias manos, signo de que lo divino había tocado la tierra. Algunas de esas cruces aún vigilan los caminos, como en la agreste Sierra de Gata, donde la roca y el cielo se estrechan en abrazo, o en el polvoriento sendero de Arroyo de la Luz, ruta de paso hacia Andalucía, donde el caminante se detiene un instante a verlas, y quizá sin saber por qué, baja la cabeza.

De esta manera, entre sermones y cruces, entre caminos y muchedumbres, aquel viajero del espíritu sembraba Extremadura de memoria y de fe, dejando tras de sí no solo huellas en la tierra, sino también en las almas.

Fray Pedro vivía con el corazón anclado en dos abismos divinos, el Misterio de la Encarnación y el de la Pasión del Señor. En aquellas escenas veía resumida toda la historia del amor de Dios, y de ellas se alimentaba su espíritu como quien bebe de una fuente inagotable.

No había sermón suyo en el que no se abriera paso el recuerdo de la Cruz. Con la voz encendida y la mirada fija en lo alto, hablaba a los fieles del Nazareno, del madero ensangrentado, de los clavos y de la lanza. Y quienes lo escuchaban, hombres y mujeres sencillos, sentían que sus palabras no nacían de la boca, sino de las llagas de Cristo.

—No busquéis otra ciencia —decía con fervor—. Que no haya para vosotros mayor sabiduría que Cristo crucificado.

Como el pobre de Asís, a quien llamaban su padre en espíritu, Fray Pedro no quería saber de otra hermosura que la de un Dios clavado en el madero. Amaba la Cruz con un ardor que consumía, y deseaba que todos la amasen con igual reverencia. No en vano, la Iglesia lo recordaría después como *Crucis cultor optimus*, el más excelente adorador de la Cruz.

Por donde pasaba, llevaba consigo no solo el Evangelio, sino también el deseo ardiente de sembrar en los pueblos el ejercicio del Vía Crucis. Con paciencia y ternura, erguía cruces en los caminos y enseñaba a los fieles a recorrer, paso a paso, las penas del Redentor.

Y cuando las gentes del lugar lo veían caminar descalzo, deteniéndose ante cada estación con los ojos húmedos de lágrimas, comprendían que aquel hombre no predicaba de memoria, sino desde las entrañas. El dolor de Cristo era su alimento; la Cruz, su descanso; y su mayor alegría, hacer que otros descubrieran en ese madero la puerta hacia el cielo.

En el año de 1549, el destino volvió a torcer el rumbo de fray Pedro de Alcántara. Tras sus andanzas por tierras extremeñas, fue reclamado con apremio por la nobleza portuguesa, que lo llamaba insistentemente a custodiar la Arrábida, aquel monte que parecía respirar santidad entre sus riscos y conventos. El eco de su austeridad había cruzado fronteras, y en Portugal se le deseaba como guardián de un fervor que no conocía tibiezas.

Pero no todos veían con buenos ojos aquel movimiento de espíritus. El padre fray Andrés de la Isla, ministro general, hombre prudente y de temple político, conocía bien la figura recia y abrasadora de fray Pedro. Admiraba quizá su virtud, pero desconfiaba de los arrábidos, de aquella vida áspera, de penitencias que rozaban lo imposible y de un modo de existir que parecía más propio de ángeles que de hombres. Isla prefería el orden, la medida, la disciplina sobria de los claustros, no la llamarada incontrolable de la mística y la penitencia extrema.

Fue así que, con mano hábil, decidió retrasar el Capítulo provincial de San Gabriel. Debería haberse celebrado en octubre de 1547, mas él lo pospuso hasta el 1 de abril de 1548, con el único propósito de presidirlo en persona. Y cuando aquel día llegó, las tensiones se desataron en el seno del Capítulo. Los vocales, con tenacidad rayana en la obstinación, proponían una y otra vez a dos

hombres: fray Pedro de Alcántara y fray Juan del Águila. Las votaciones se repetían, y siempre el mismo resultado: empate, un empate que parecía más dictado por la Providencia que por la voluntad de los hombres.

La pugna se prolongó, hasta que ambos candidatos, con humildad forjada en largos años de obediencia y sacrificio, renunciaron a la dignidad que se les ofrecía. Entonces, con gesto firme y calculado, el padre Isla cortó el nudo del conflicto: designó como ministro provincial no a ninguno de los dos, sino a un extraño, ajeno a la Provincia, figura traída de fuera como signo de autoridad y de equilibrio.

Aquella decisión dejó tras de sí murmullos en los claustros, silencios densos en los refectorios y miradas cruzadas en los corredores sombríos de los conventos. Fray Pedro, sin embargo, lejos de inquietarse, guardó silencio, como quien ve en los giros de la historia no la mano de los hombres, sino la voluntad de Dios. Y en su silencio se fraguaba ya la próxima etapa de su camino, tan dura y luminosa como las sendas que había dejado atrás. Fray Pedro de Alcántara sería nombrado definidor, y en el Capítulo custodial de la Arrábida, celebrado en Salvatierra, en 1549, fue nombrado guardián de Palhães fray Juan del Águila, que se incorporó en la Arrábida.

En el Capítulo de 1548, fray Pedro de Alcántara quedó despojado de todo oficio en la Provincia de San Gabriel. Para muchos, aquel vacío hubiera sido una herida en el orgullo; para él, fue tan solo un desprendimiento más, como quitarse una túnica raída para sentir más cerca el aire del espíritu. Libre de cargos y responsabilidades formales, se convirtió en un hombre errante dentro de su propia orden, un elemento volante, siempre disponible para las eventualidades que la obediencia o la Providencia dispusieran.

Fue en ese estado de despojo y libertad donde la tempestad de la Arrábida lo alcanzó. La custodia de aquel enclave, recio y espiritual, había entrado en alteraciones y disputas, provocadas en gran medida por la desconfianza y las maniobras del padre Andrés de la Isla. El ministro general, siempre inclinado a sofocar los excesos de rigor y a contener la mística encendida de los arrábidos, movía hilos para deshacer lo que consideraba peligroso fervor. Pero allí apareció Pedro, no como caudillo ni como adversario, sino como mediador de fuego sereno.

Su voz, firme pero humilde, fue bálsamo en las disensiones. Su presencia, austera y luminosa, trajo un orden distinto: no el de la imposición, sino el de la concordia. Con prudencia deshizo los nudos de la discordia, con paciencia atajó los brotes de rebeldía, y con esa mansedumbre que tanto contrastaba con su propio rigor penitencial, aseguró la paz en la custodia.

Vivió entre los arrábidos dos años y medio, en los que se mezclaron la dureza de la montaña y la suavidad de la oración. Allí, entre ermitas y silencios, entre ayunos y vigiliass, fray Pedro sembró raíces invisibles que aseguraron la pervivencia no solo de la custodia, sino también de aquel modo de vivir que parecía tocar los límites de lo humano.

En el año de 1550, cuando la luz del sol ya comenzaba a dorar las calles empedradas de Lisboa, un hombre de túnica gris y mirada serena cruzaba la ciudad con paso firme, guiado por un destino que no se forjaba en los pasillos de palacios, sino en los rincones sagrados del alma. Fray Pedro de Alcántara, ya conocido por su vida austera y su devoción inquebrantable, había sido llamado de nuevo, esta vez por una figura de alto linaje

que no solo demandaba su presencia, sino su sabiduría espiritual. El infante don Luis, hermano del rey don Juan II, había solicitado su compañía a través de Barrantes Maldonado, un hombre de confianza en la corte que, con respeto y urgencia, había transmitido el mensaje.

Al recibir la petición, fray Pedro no dudó ni un instante. Aunque sus pensamientos solían estar más en los silenciosos claustros de su comunidad que en las bulliciosas cortes del reino, sabía que su deber como confesor de aquellos que, por el peso de su sangre, cargaban con responsabilidades más grandes que las de cualquier hombre común, era una misión divina. Aquel hombre, el infante don Luis, necesitaba más que un consejo mundano: anhelaba una guía que solo podía ser ofrecida por la pureza de la oración y la reflexión profunda.

Cuando fray Pedro llegó a Lisboa, la ciudad le ofreció su habitual agitación de voces y pasos apresurados, pero él avanzaba con la misma calma que lo había acompañado durante toda su vida, como si nada en el mundo pudiera perturbar la paz que él llevaba dentro. Fue recibido con la cortesía que siempre acompaña a los enviados del cielo, y pronto se presentó ante el infante, quien lo esperaba con la seriedad propia de quien, a pesar de su estatus, sentía el peso de las inquietudes internas que solo los hombres de fe podían aliviar.

El encuentro fue breve, pero intenso. En la privacidad de su despacho, rodeado de las elegantes paredes de su palacio, el infante don Luis abrió su corazón ante fray Pedro, quien escuchaba en silencio, atento a cada palabra, a cada suspiro que escapaba de los labios del noble. El infante, cuya vida había sido regida por las normas de la corte, las obligaciones de su rango y los juegos de poder que tan a menudo quebrantaban el

alma, encontraba en ese confesor de rostro sereno la paz que tanto le faltaba. Fray Pedro, con su mirada profunda y sus palabras sencillas pero sabias, le ofreció el consuelo que buscaba, no un camino de evasión, sino uno de aceptación y entrega a la voluntad divina.

Pero, más allá de este momento de espiritualidad, fray Pedro sabía que su visita no solo debía limitarse a ser un consejo privado. Aquel hombre de la corte, que tanto deseaba ser guiado, también debía ser un puente para que otros de su estirpe pudieran conocer la pureza de la vida contemplativa. Así fue como, con el mismo fervor con que había instruido al infante, comenzó a persuadir a Barrantes Maldonado, el fiel mensajero, para que se presentara ante sus contactos en la nobleza, y le ofreciera la oportunidad de conocer a aquellos que, como él, podían ser tocados por la gracia de Dios.

Fray Pedro, en su encuentro con Barrantes, le instó a presentarse ante la infanta doña Isabel, una mujer de gran nobleza y espíritu refinado, y ante doña María de Portugal, cuya belleza y reputación ya llenaban las cortes de Europa. El fraile, en su humildad, no veía en ellas simples figuras de la alta sociedad, sino almas que, tal vez, anhelaban el mismo consuelo que el infante don Luis había buscado en él. Sabía que aquellas mujeres, que vivían rodeadas de opulencia y poder, también podían encontrar en la oración y en la vida dedicada a Dios una forma de paz que no se hallaba en los palacios ni en las joyas.

Barrantes, por su parte, comprendió la solicitud y accedió con entusiasmo, pues no era solo el deseo de fray Pedro lo que lo movía, sino también una convicción interior de que la paz que él mismo había experimentado al acompañar al fraile podría ser un regalo

invaluable para las mujeres que mencionaba. Así, con la disposición de quien sabe que la vida puede transformarse por completo, Barrantes se presentó ante doña María de Portugal y la infanta doña Isabel, cumpliendo el deseo de fray Pedro de acercarles la sabiduría y la tranquilidad que solo la fe podía otorgar.

Los encuentros entre fray Pedro y las altas figuras de la corte lisboeta fueron discretos pero decisivos. En su humildad, el fraile nunca pretendió imponer su verdad, pero sí sembró en aquellos corazones inquietos una semilla que, con el tiempo, podría dar frutos. Su misión no solo era aconsejar al infante don Luis, sino extender una red espiritual que, aunque sutil, iba tejiendo su influencia entre los nobles de la corte. Porque fray Pedro de Alcántara sabía que, más allá de la pompa y la riqueza, lo único que podría calmar verdaderamente a los hombres y mujeres de su tiempo era el encuentro con lo divino, y él, con su vida sencilla y su dedicación sin medida, era el conducto a través del cual esa paz podía llegar.

Cuando el tiempo lo llevó de nuevo a otros caminos, Portugal, donde había dejado huella fray Pedro, quedó distinta, menos convulsa, más firme, como si la breve estancia de aquel hombre fuese un cimiento secreto sobre el cual se levantaría la memoria de los siglos.

Fray Pedro de Alcántara dejó Portugal con el alma llena de experiencias y el corazón agitado por la convicción de haber cumplido con su misión. El sol de Lisboa, cálido y generoso, se despidió de él como lo haría un viejo amigo al que nunca volvería a ver, mientras el fraile emprendía el regreso hacia su tierra natal, Extremadura. Sabía que su destino no era quedarse en las cortes o entre los nobles, por más que la luz de sus palabras

hubiera tocado brevemente las almas de aquellos que lo rodeaban. Su camino estaba en la quietud de los monasterios, en la soledad de las celdas humildes, donde la verdadera paz residía, y donde su espíritu encontraba un refugio más allá de las pompas terrenales.

El regreso fue largo, como siempre lo eran los viajes que llevaba a cabo en su vida, pero en cada paso que daba sobre la tierra portuguesa, fray Pedro sentía el llamado de su hogar. La nostalgia de la tierra de Castilla, de la tranquila Extremadura, se le colaba por los rincones del corazón. Aunque los días pasados en la corte de Lisboa le habían dejado un sabor a incertidumbre, también le habían reafirmado en su vocación, pues en medio de la agitación de la corte, él había sido un faro de serenidad, un hombre que no buscaba más que servir a Dios y a su comunidad.

La travesía por los caminos tortuosos que separaban Portugal de su querida Extremadura le dio tiempo a la reflexión. Pensaba en los rostros de aquellos a quienes había tratado en Lisboa: el infante don Luis, la infanta doña Isabel, y doña María de Portugal. En sus corazones, ¿quedaría algo de las semillas de paz que había sembrado? ¿Encontrarían, algún día, en la quietud de la oración la misma libertad que él había encontrado en los monasterios de su juventud? No lo sabía, pero confiaba en que el poder de la fe se desplegaría en aquellos que la buscaban sinceramente.

Y así, en silencio, rodeado solo por la naturaleza que lo acompañaba en su largo viaje, fray Pedro se dejó envolver por el susurro del viento y el canto de los pájaros. Era un hombre acostumbrado a los silencios largos, y su alma se nutría de ellos. En su regreso, encontró una especie de liberación, como si la distancia entre él y el

mundo de las cortes y los palacios le permitiera respirar con más libertad, como si cada paso lo acercara más a la sencillez que tanto amaba.

Finalmente, el 29 de marzo de 1551, fray Pedro de Alcántara pisó de nuevo la tierra de su Extremadura, la misma tierra que lo había visto nacer y crecer, la que guardaba los ecos de su infancia y juventud. El paisaje árido y rocoso, salpicado de verdes olivares y campos secos, le resultaba familiar y reconfortante. Cada rincón de Plasencia, su querida ciudad, parecía saludarle como a un hijo pródigo. La iglesia de San Esteban, las callejuelas empedradas, los viejos muros de piedra que habían visto muchas generaciones pasar... Todo eso le era conocido, pero a la vez, todo parecía distinto, renovado, como si su alma hubiese cambiado a la par con los años y las experiencias vividas en Lisboa.

Plasencia lo recibió en su humildad, y él, sin buscar grandes ceremonias ni atenciones, se dirigió a su monasterio, donde la vida simple y recogida lo aguardaba. Allí, rodeado de los frailes que compartían su visión de vida, fray Pedro volvió a sumergirse en la rutina de la oración, el trabajo y la meditación. Ya no había más cortes, ni nobles, ni trajes de seda que le distrajeran. Solo quedaba el eco de las campanas y el susurro de las hojas movidas por el viento en el jardín del convento. Plasencia, con su cielo despejado y su aire limpio, era ahora su lugar definitivo, su refugio, y allí seguiría, firme en su misión de ayudar a los demás a encontrar el camino hacia Dios.

La ciudad parecía abrazarlo con la misma calma que él buscaba en su interior, como si su regreso hubiera sido una señal de que, después de todo, la paz que tanto anhelaba no estaba en las cortes ni en las ciudades bu-

lliciosas, sino en la quietud de su hogar, en la tierra que siempre lo había acogido. Plasencia era su lugar, su paz.

No acudía por voluntad propia, sino llamado por la obediencia, fray Juan de Faro, comisario visitador y presidente del Capítulo, le había reclamado con premura. Tras esa orden se adivinaba, como sombra inevitable, la mano del padre Andrés de la Isla, cuya prudencia política se mezclaba siempre con una recelosa desconfianza hacia el extremeño.

No era un secreto —aunque nadie lo proclamara en voz alta— que entre Isla y fray Pedro existía una rivalidad sorda, casi silenciosa, pero tanto más evidente cuanto más se intentaba disimular. Eran dos temperamentos opuestos: el primero, hombre de gobierno, templado en los hilos de la autoridad y los equilibrios del poder; el segundo, un asceta ardiente, inclinado al rigor que rozaba lo imposible, capaz de conmover con su sola presencia. Isla veía en Pedro una amenaza al orden que él deseaba custodiar; Pedro, en cambio, veía en Isla una providencia adversa que debía soportarse con mansedumbre.

Así fue como, bajo el mandato de la obediencia, fray Pedro se alejó de la Arrábida y de Portugal, donde su presencia había dado consistencia a la custodia y asegurado la paz entre los arrábidos. No intentó establecerse allí de manera estable ni permanente; sabía bien que su camino no era aferrarse a un lugar, sino dejarse llevar como hoja en las manos del viento divino.

Al despuntar el alba sobre las colinas doradas de Extremadura, el viento traía consigo el murmullo de antiguos rezos y el susurro de pasos olvidados. Las cigüeñas coronaban los campanarios como si vigilaran los designios del cielo, y el silencio monástico se rompía solo por el crujir de los hábitos al andar.

Fray Pedro de Alcántara, con la sotana desgastada por los caminos portugueses y el rostro curtido por el sol y la penitencia, regresaba a su tierra natal como un viajero que vuelve no solo con polvo en los pies, sino con fuego en el alma. Su caminar era humilde, pero cada paso llevaba la firmeza de quien ha mirado de frente la soledad del desierto espiritual.

Nada más llegar a Plasencia, la ciudad le abrió sus brazos con una mezcla de asombro y veneración. No era la primera vez que aquel fraile desposeído y austero era llamado a decidir en los destinos de su orden. En los pasillos de piedra del convento, entre la bruma matinal del incienso y las voces bajas de los hermanos, se celebraba el Capítulo, esa asamblea sagrada donde las decisiones no se tomaban tanto por voluntad humana como por inspiración divina.

Y fue allí, en medio del recogimiento, con la luz tamizada de los vitrales pintando su rostro con tonos de cielo y sangre, donde su nombre fue pronunciado una vez más. Por tercera vez, Fray Pedro de Alcántara era elegido definidor. Tercera, como símbolo trinitario. Tercera, como prueba de obediencia, de fe y de destino.

No alzó la voz. No sonrió. Solo bajó la cabeza, como quien recibe una cruz más que un honor. Porque sabía que en cada título había una carga, y en cada carga, una oportunidad para morir un poco más al mundo y vivir más en el espíritu.

Afuera, las campanas comenzaron a repicar. No por él, sino por lo que representaba: la firmeza de los que no buscan ser elegidos, pero no rehúyen cuando lo son.

En Plasencia lo recibieron con respeto y ternura, como a un padre cansado que regresa a casa. Pero él, dentro de sí, percibía los hilos invisibles de la rivali-

dad, la pugna callada que lo arrancaba de la montaña portuguesa para devolverlo a las sendas extremeñas. Y, sin embargo, no mostró resistencia ni amargura. Fray Pedro parecía hecho de una sustancia que convertía cada obstáculo en un nuevo acto de entrega, cada privación en un peldaño más hacia el cielo.

En aquel marzo de 1551, lo que para otros hubiera sido derrota o destierro, para él fue simplemente un nuevo tramo del camino.

Pasaron los meses en el convento placentino con la lentitud solemne de las horas monásticas. La vida se deslizaba entre maitines y vísperas, entre los ayunos penitenciales y las cartas que Fray Pedro recibía con creciente frecuencia.

Y entre ellas, destacaban unas misivas que, por su tinta firme y tono devoto, comenzaban a trazar un lazo más profundo que la mera correspondencia espiritual.

Eran cartas de una dama de Ávila, Guiomar de Ulloa, viuda noble, de aguda inteligencia y corazón turbado por una reciente conversión. Hija de don Pedro de Ulloa, regidor de Toro, y de doña Aldonza de Guzmán, Guiomar no había sido ajena a los placeres de la vida mundana ni al orgullo de cuna. Había crecido entre tapices flamencos y platerías doradas, acostumbrada al roce de sedas y a la adulación de los salones. Se casó en su juventud con don Francisco Dávila y Ulloa, señor de Salobralejo y regidor de la ciudad de Ávila —una figura de respeto, incluso entre los viejos linajes castellanos—, y con él habitó una casa palaciega situada en la plazuela de San Jerónimo, con sus muros de piedra nobles y su reja que daba a la calle del Colegio, hoy conocida por otros nombres pero aún impregnada de historia.

Pero la muerte, esa visitante silenciosa que no distingue escudo ni riqueza, la visitó en 1552. Viuda y sin consuelo duradero, la otrora dama vanidosa y alegre comenzó a buscar en la fe lo que el mundo ya no podía ofrecerle. Fue entonces, por designio misterioso, que su camino y el del humilde fraile extremeño se encontraron. Primero en palabras escritas, donde intercambiaban pensamientos sobre la oración, la humildad, la penitencia y la voluntad divina. Luego, inevitablemente, en presencia.

En el año siguiente a su elección como definidor, Fray Pedro dejó el convento de Plasencia y emprendió el camino hacia Ávila. No lo movía la curiosidad ni el deseo, sino el deber de guiar un alma que, pese a su linaje y su pasado, anhelaba la perfección cristiana con una fuerza que él reconocía como sincera.

El camino hacia Ávila se tornaba áspero y solitario. El viento frío descendía de las sierras, y el polvo del sendero se pegaba a las sandalias gastadas de fray Pedro. Montaba, exhausto, en un borriquillo de andar cansino. A su lado, fray Miguel de la Cadena avanzaba con paso firme, cuidando que su hermano no desfalleciera.

De pronto, dos hombres salieron de entre unos matorrales. Sus miradas eran torvas, y sus intenciones, nada buenas.

—¡Eh, fraile mendicante! —gritó uno, empujando al animal—. ¿Qué llevas ahí, escondido bajo el hábito?

Fray Pedro bajó la vista, sin pronunciar palabra.

—¡Responde cuando te hablan, monje harapiento! —vociferó el otro, dándole un manotazo al hombro.

Fray Miguel dio un paso adelante, dispuesto a interponerse, pero fray Pedro lo detuvo con un gesto suave.

—Déjalos, hermano —murmuró—. El Señor sabe lo que permite.

Sufrió, sin queja alguna, los insultos y empujones, hasta que, cansados de su paciencia, los malhechores siguieron su camino.

—¿Por qué no me dejaste hablarles? —preguntó fray Miguel, cuando los vio alejarse—. ¡Son unos canallas!

—Porque el silencio, hermano, a veces es más fuerte que mil palabras —respondió fray Pedro con voz serena—. Si Dios quiere que suframos, ¿quiénes somos para resistirlo?

El joven fraile guardó silencio, avergonzado. Continuaron así hasta alcanzar el Puerto del Pico, donde el horizonte se abría entre montañas majestuosas. Allí, cerca de una venta, decidieron descansar.

Fray Miguel buscó un rincón seco y mullido para su maestro, y lo ayudó a bajar del asno.

—Reposa aquí, padre —dijo con ternura—. Haré lo posible para que nada te falte.

Mientras fray Pedro se recostaba, el borriquillo, atraído por un olor cercano, se internó en una pequeña huerta contigua. Pronto comenzó a mordisquear unas coles frescas.

—¡Maldito animal! —gritó de pronto la ventera, una mujer corpulenta y de ceño fruncido—. ¡Que me arruina el trabajo de todo el mes!

Salió corriendo hacia la huerta, agitando los brazos.

—¡Fuera, bestia! ¡Y ustedes, frailes, vagos, que viven de lo ajeno!

Fray Miguel quiso disculparse, pero antes de llegar a ellos, la mujer tropezó con una piedra oculta y cayó pesadamente sobre una peña. Un alarido de dolor llenó el aire.

Fray Pedro, al oír el grito, se levantó con esfuerzo y, olvidando su propio cansancio, se acercó a la herida.

—No se mueva, hija —dijo con dulzura—. Permítame ayudarla.

La mujer, entre lágrimas y orgullo, intentó apartarlo.

—¡No me toque! ¡Todo por culpa de ustedes!

Pero el fraile posó suavemente sus manos sobre su pierna lastimada. Rezó en silencio, y al poco, el dolor de la ventera comenzó a desvanecerse. Ella lo miró, atónita.

En ese momento llegó a la venta un jinete bien vestido. Era don Francisco de Guzmán, caballero de Ávila. Al ver la escena, desmontó con presteza.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, mirando alternativamente a la mujer y al fraile.

—Nada... —balbuceó la ventera, todavía sorprendida—. Este... este santo hombre me ha curado.

Don Francisco se inclinó ante fray Pedro.

—Padre, vuestra mansedumbre vale más que mil espadas. Permitidme ofreceros mi ayuda y mi casa en Ávila.

Fray Pedro, con una sonrisa humilde, sólo respondió:

—La casa de Dios es suficiente para todos, señor. Pero os agradezco de corazón.

La jornada siguiente amaneció clara. Desde el Puerto del Pico, la vista de Castilla se extendía como un mar dorado de trigales y colinas suaves. Fray Pedro, aún débil, montaba de nuevo en su humilde borriquillo. A su lado, don Francisco de Guzmán cabalgaba con porte elegante.

—Padre —dijo el caballero, mientras avanzaban—, no puedo comprender cómo alguien soporta agravios como los de ayer sin siquiera alzar la voz.

Fray Pedro lo miró con ternura.

—Hijo mío, quien responde con ira solo multiplica la ofensa. Prefiero callar y dejar que Dios hable por mí.

Don Francisco frunció el ceño, pensativo.

—Quizás tenéis razón... pero yo nací con espada al cinto. Me cuesta creer que el mundo se cambie con silencio.

—El mundo no, señor —replicó el fraile—, pero sí el corazón de los hombres.

Al acercarse a Ávila, la silueta de sus murallas recortadas contra el cielo impresionó a los viajeros. Las torres se alzaban altivas, guardianas de piedra sobre la ciudad santa.

—Ahí tenéis, padre, mi tierra —dijo don Francisco con orgullo—. Dentro de estas murallas hallaréis descanso y respeto.

Pero al llegar a la puerta del Adaja, un grupo de curiosos se arremolinó al ver al anciano fraile, su rostro demacrado y su andar humilde. Murmuraban entre ellos:

—¿Quién es este hombre?

—Dicen que es fray Pedro de Alcántara, el que hace milagros...

—¿Milagros? ¡Bah! Solo cuentos de frailes...

Fray Pedro, al oírlo, bajó la cabeza y sonrió.

—Que hablen, hermano Miguel —susurró—. Nada importa lo que digan de nosotros, sino lo que digan de Dios.

En la plaza mayor, don Francisco condujo al fraile hasta su casa, un amplio caserón de piedra. Allí los recibió su esposa, doña Beatriz, mujer de noble porte pero de mirada cálida.

—Bienvenidos seáis, padre —dijo, inclinándose—. Todo lo que aquí hay está a vuestro servicio.

Fray Pedro miró a su alrededor. La riqueza de la estancia contrastaba con la austeridad a la que estaba habituado: tapices, vajilla de plata, muebles tallados.

—Os agradezco, señora —respondió—, pero si me permitís, me contentaré con un rincón donde rezar y un pedazo de pan.

Doña Beatriz lo observó con asombro.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo él, y sus ojos brillaron con una paz que ella nunca había visto en ningún hombre.

Esa noche, mientras la ciudad dormía, fray Pedro salió al pequeño jardín del caserón. Se arrodilló en la hierba húmeda y comenzó su oración.

—Señor, gracias por este día y por las pruebas que nos envías. Gracias por los que nos ofenden y por los que nos tienden la mano.

De pronto, una fragancia suave llenó el aire, como de azucenas en primavera. Fray Pedro alzó la vista y, entre las sombras del jardín, creyó distinguir una figura luminosa. Una voz femenina, dulce y conocida, susurró:

—Persevera, hijo mío. Aún mayores obras te esperan.

El fraile sonrió, con lágrimas en los ojos.

—Hágase tu voluntad, Madre Santísima —murmuró—.

En lo alto, sobre las murallas de Ávila, la luna parecía vigilar en silencio aquel pacto entre el cielo y un humilde servidor de Dios.

A los dos días, una vez repuesto en Ávila en la casa de don Juan Velázquez, donde se hospedaba, fray Pedro de Alcántara se acercó a la casa de Guiomar de Ulloa, noble española conocida por su papel como protectora de Teresa de Jesús. La mansión de Guiomar tenía altos ventanales y un gran jardín interior, le abrió las puertas no como al célebre fraile, sino como a un amigo del alma de su difunto esposo, y como al guía que ahora ella necesitaba. Fray Pedro no se dejaba engañar por los mármoles ni por los tapices aún colgados: sabía que toda riqueza se desvanece ante un corazón contrito.

Los días que siguieron fueron de consejo, oración y silencio compartido. Él, con su túnica raída y su hablar pausado; ella, envuelta en sobriedad, con la mirada encendida por la fe nueva que se abría paso en su pecho.

Guiomar, tiempo después, escribiría una semblanza de aquel fraile menudo de cuerpo y gigante de espíritu. Y no sería solo la primera en poner por escrito su vida, sino también una de las que mejor lo comprendieron. Porque mientras muchos veían en Pedro de Alcántara a un asceta casi sobrehumano, ella supo ver al hombre que lloraba por los pecadores, que temblaba de amor ante el Santísimo, que sufría en silencio y que, sin quererlo, transformaba cuanto tocaba.

Fue doña Guiomar de Ulloa quien, movida por ese instinto espiritual que nace del fervor sincero, urdiría – años después— en 1560 uno de los encuentros más decisivos de la reforma del Carmelo, el de Teresa de Jesús con fray Pedro de Alcántara. Ella, que ya comenzaba a vivir con una intensidad radical el desprendimiento evangélico, no era una mera anfitriona de santos. Era una mujer que, tras perderlo todo, había encontrado lo único necesario.

Las cartas entre Teresa y Guiomar habían sido largas y confidenciales, cargadas de tormentos del alma, de visiones místicas, de dudas muy humanas y de una sed de Dios que las hermanaba más allá de su diferencia de caracteres. Teresa era brava, de inteligencia luminosa y voluntad arrolladora. Guiomar, más serena, era el bastón silencioso que ofrecía sostén en la sombra. Pero incluso las más fuertes necesitan un guía. Y Guiomar, que ya veía en Fray Pedro un varón de Dios, sin aspavientos ni halagos, organizó aquel encuentro como quien coloca dos carbones encendidos en un mismo brasero.

El día en que Teresa de Jesús conoció al alcantarino, no lo olvidaría jamás. Años después diría que, aunque parecía hecho de raíces y aire, su alma tenía la fuerza de un ejército entero. La conversación entre ambos no fue larga ni exaltada. Fue profunda, directa, llena de esa paz grave que sólo poseen los que están en contacto constante con el Misterio. Pedro confirmó las experiencias místicas de Teresa, y con una sola mirada disolvió años de dudas y acusaciones veladas.

Pero Guiomar no se contentó con eso.

Cuando las aguas se agitaron —y en la vida de Teresa rara vez estaban en calma—, fue ella quien le facilitó la dirección espiritual del padre Prádanos, hombre sabio, prudente y discreto. Durante un tiempo, su guía fue bálsamo y ancla. Mas vino la enfermedad, y el padre cayó en cama, sin fuerzas, consumido poco a poco por los dolores. Entonces, como si el Evangelio se hiciera carne en esas mujeres de Dios, Guiomar y Teresa lo asistieron día y noche, en la casa solariega de Aldea del Palo, en tierras zamoranas que parecían remotas pero se convirtieron en cenáculo silencioso de oración y consuelo.

Allí, entre muros antiguos y campos solitarios, el dolor fue compartido, santificado, y ofrecido. Y allí también, en esa misma casa, poco después, fray Pedro de Alcántara fundaría uno de sus conventos en 1560. No era casual. Los lugares donde se ha sufrido por amor de Dios se convierten en tierra fecunda, y aquella casa, que había acogido al dolor y al espíritu, era ya un umbral de santidad.

Guiomar, que había sido dama de mundo, era ahora nodriza de santos. No había entrado en religión, pero su vida era un claustro. No fundó conventos, pero los sostuvo. No predicó, pero con sus actos tejió redes invisibles que unieron a quienes habrían de cambiar el rostro de la Iglesia en España.

En los pasillos sombríos y silenciosos del cercano convento de la Encarnación, había una claridad secreta que no provenía de las lámparas de aceite ni del sol que se filtraba tímido entre las celosías. Era una luz más alta, invisible, que ardía en los corazones de Teresa y de fray Pedro cuando se encontraban. Sus conversaciones no eran simples palabras: eran fuego y río, consuelo y desvelo. Ella, tan ávida de abrir su alma, encontraba en aquel confesor un espejo de prudencia y firmeza; él, humilde y recogido, escuchaba como quien bebe de una fuente inagotable.

En una de esas ocasiones, el locutorio se convirtió en templo. Teresa, deseosa de prolongar el coloquio y de honrar al fraile que tanto bien le hacía, dispuso que fray Pedro compartiese allí una modesta comida. Con sus propias manos, había preparado los platos, como si en ese gesto de servicio doméstico se jugara también el secreto de su vocación: amar a Dios sirviendo al prójimo.

Fray Pedro, fiel a su austeridad, apenas tomó una taza de caldo y, diluyéndolo con agua, dio por concluido el convite con un mendrugo de pan. Pero lo que en apariencia era pobreza, se transfiguró en abundancia celestial. De pronto, sin anuncio ni estrépito, apareció Cristo en medio de ellos. No como una visión vaga, sino con presencia tan viva y palpable que ambos quedaron sobrecogidos.

El Señor, con ternura infinita, se colocó al lado de fray Pedro y, tomando en sus manos el plato que yacía delante, lo sirvió Él mismo. Trinchó las viandas con delicadeza y, como un padre amoroso, fue acercando los manjares a la boca del fraile, rogándole con dulces palabras que comiese. Cada bocado era no solo alimento del cuerpo, sino bálsamo para el alma, y en aquel humilde acto de comer se escondía el misterio del banquete eterno.

El tiempo se suspendió. No hubo reloj ni campanas que interrumpieran aquella escena. Cuando finalmente el Señor desapareció, los dos quedaron embargados, como si el aire aún estuviese lleno de su fragancia, como si el corazón no pudiera volver a latir sino en aquel compás de amor inefable. Teresa, temblorosa, sintió que aquel recuerdo no se borraría jamás; fray Pedro, con la simplicidad de los santos, calló, pero su silencio ardía.

Y desde entonces, cada vez que evocaban aquel instante, sabían que no habían compartido solo un pan terreno, sino que habían participado de la misma mesa donde Dios se hace servidor y alimento de sus hijos.

En el marco de la espiritualidad del Siglo de Oro, Teresa de Jesús se vio obligada, en no pocas ocasiones, a rendir por escrito el examen de su conciencia ante sus confesores. Aquellos textos, que nacieron bajo el signo de la obediencia y la sospecha —pues las experiencias místicas femeninas eran a menudo escrutadas con recelo—, constituyen hoy testimonios preciosos de su mundo interior.

No eran simples confesiones en el sentido sacramental, sino relatos minuciosos de sus visiones, éxtasis y mociones interiores, redactados con una mezcla de humildad y lucidez crítica. Teresa, consciente de los riesgos que suponía expresar lo inefable, recurría a un lenguaje cargado de metáforas y símbolos, pero al mismo tiempo sometía sus escritos al juicio de la autoridad eclesiástica, con el propósito de garantizar su ortodoxia.

De esta manera, lo que en principio fue un ejercicio de obediencia y justificación espiritual acabó siendo también un laboratorio literario y teológico: en esas páginas se forjó la voz inconfundible de la santa, donde la experiencia mística se traduce en discurso, y la inti-

midad más secreta se convierte en fuente para la historia de la espiritualidad y de la literatura castellana.

En aquel momento en la vida de fray Pedro de Alcántara, cuando los años de juventud habían quedado atrás y el fervor de los comienzos religiosos se transformaba en una madurez contemplativa, fray Pedro de Alcántara acrecentó de forma decisiva su vida eremítica. Ya no le bastaban las disciplinas de la vida conventual común; su alma anhelaba una entrega más radical, más pura, más total. No se trataba de un rechazo de la comunidad, sino de una respuesta íntima, personal e intransferible al llamado de Cristo pobre y crucificado.

Los recuerdos de su vocación, aquellos días en que por primera vez sintió el fuego del Espíritu mover su corazón, volvían con renovada intensidad. En su juventud, había soñado con la perfección evangélica, con una vida enteramente dedicada a la imitación de Cristo. Ahora, esos ideales no se veían como utopías juveniles, sino como una vocación concreta que requería el desprendimiento total de las cosas del mundo.

Para fray Pedro, la soledad no era una huida del mundo, sino un medio para encontrar al Señor en lo profundo del corazón. En el bullicio de la vida cotidiana, sentía que su alma no podía escuchar con claridad la voz de Dios. La soledad eremítica se convirtió en un espacio sagrado donde los ecos del mundo se desvanecían y sólo quedaba el murmullo de la gracia.

Su jornada se organizaba en torno a la oración. Rezaba el Oficio Divino con unción, prolongaba la meditación durante largas horas, y pasaba noches enteras en contemplación silenciosa. Era en la oración donde encontraba fuerza para perseverar en el rigor de su vida ascética. Allí, frente al Santísimo o en lo alto de una cumbre solitaria, percibía la dulzura de la presencia divina.

La pobreza era para él un camino de liberación. Poseía apenas lo indispensable: un hábito raído, unas sandalias gastadas, y un cayado. No aceptaba más que lo necesario para subsistir. De hecho, evitaba incluso tener celdas fijas, prefería vivir al aire libre o en refugios improvisados, dependiendo siempre de la Providencia divina.

La penitencia era extrema. Ayunaba con frecuencia, dormía poco y sobre el suelo, mortificaba su cuerpo con disciplina, no por desprecio del mismo, sino para disciplinarlo, para que el espíritu pudiera elevarse sin cadenas hacia Dios. Su cuerpo se convirtió en ofrenda viva, en sacrificio espiritual.

Por aquel entonces, cuando el rumor de la Reforma agitaba Europa y las Españas afirmaban su fe con más ahínco que nunca, la diócesis de Coria tenía por pastor al ilustre prelado don Diego Enríquez de Almansa. Hombre de recia estampa y juicio templado, era querido por su clero y respetado por sus feligreses. Entre las amistades que más atesoraba se contaba la del humilde y ardiente franciscano fray Pedro de Alcántara, aquel asceta de cuerpo enjuto y espíritu abrasador que recorría tierras y aldeas llevando consigo el aliento del Evangelio.

La estima entre ambos era sincera y fecunda. Más de una vez había resonado, en los templos parroquiales de la diócesis, la voz de fray Pedro, firme y serena, exhortando a la penitencia y a la caridad. Sus palabras, sencillas pero encendidas, dejaban tras de sí el aroma de lo eterno, y el obispo, al escucharlo, sentía confirmada su labor pastoral.

Fue en uno de aquellos años, concretamente en el año 1555, cuando fray Pedro, tras larga meditación, resolvió fundar un convento en el apacible rincón de

Santa Cruz de Paniagua. Allí, en aquel caserío escondido entre colinas cubiertas de encinas, vivía un puñado de almas sencillas, campesinos que labraban con paciencia las tierras duras y pedregosas de la comarca. El pueblo contaba con una ermita pequeña, de muros encalados y techumbre de madera, humilde pero acogedora, donde los vecinos, al caer la tarde, encendían velas ante la imagen de la Virgen.

A esa ermita se encaminó fray Pedro, acompañado de su determinación y de su fe. El obispo, informado de su propósito, no dudó en ofrecerle aquel santuario modesto como cimiento de la nueva fundación. Y así, sobre aquel terreno cercado, comenzaron los trabajos. Con manos callosas y herramientas prestadas, levantaron dos celdas angostas, apenas espacio suficiente para orar y reposar. Pero lo que al mundo podía parecer pobreza era, para los frailes, riqueza inagotable: soledad, silencio, y la compañía de Dios.

Tan hondo calaba el ejemplo de vida austera y sincera de aquellos hombres que hasta el propio conde de Nieva, hermano del obispo, halló en aquel paraje una atracción irresistible. Hombre de armas y de corte, acostumbrado al bullicio y al lujo, quiso sin embargo pasar allí temporadas, para nutrirse del espíritu del fraile penitente, cuyo influjo obraba en las almas con la fuerza serena de la verdad vivida.

En esta etapa de su vida, fray Pedro conoció a dos figuras que marcaron profundamente su camino, fray Alonso de Manzanete, fray Diego de Chaves y fray Antonio Reguengo, dos eremitas franciscanos que vivían en la sierra con austeridad admirable. Su vida era tan silenciosa como el entorno que habitaban, pero su testimonio hablaba más que mil sermones.

Ambos habían renunciado a los cargos, a la fama e incluso a las comodidades mínimas de la vida religiosa en comunidad. Su consagración era absoluta, sin concesiones. Pedro vio en ellos una confirmación de su propio deseo, y sin demora se unió a ellos en la empresa de vivir conforme al Evangelio de la forma más radical.

Juntos, comenzaron su retiro en Santa Cruz de Paniagua, un lugar apartado, agreste, donde la naturaleza hablaba de Dios con una elocuencia que ninguna catedral podía igualar. En ese entorno de rocas, bosques y cielos abiertos, Pedro se entregó de lleno a la vida solitaria.

No fue una aventura pasajera. La experiencia en Santa Cruz de Paniagua marcaría el inicio de una reforma espiritual que fray Pedro llevaría en el corazón por el resto de su vida. Allí nació el germen de lo que más tarde sería su impulso reformador dentro de la Orden Franciscana.

La vida eremítica no era un fin en sí misma, sino una escuela de santidad. En el silencio del monte, fray Pedro comprendió que muchos frailes necesitaban volver al espíritu original de san Francisco, al amor por la pobreza y la oración, a la simplicidad del Evangelio. Su vida solitaria no lo alejó de la Iglesia, sino que lo preparó para servirla de un modo más profundo.

Desde entonces, se convirtió no sólo en un ermitaño, sino en un reformador silencioso. Su testimonio comenzó a atraer a otros, frailes y laicos, que veían en él no un fanático, sino un hombre lleno de Dios.

En la vasta y luminosa Andalucía del siglo XVI, tierra de olivares infinitos, de ciudades orgullosas y de sierras agrestes, vivía un hombre que sería recordado por generaciones, Juan de Ávila. Fray Pedro de Alcántara lo había conocido años atrás, en los claustros doctos de

Salamanca, cuando ambos, aún jóvenes, respiraban el aire severo de los estudios sagrados y la inquietud por una Iglesia necesitada de reforma.

El destino volvió a cruzar sus caminos, cuando Juan de Ávila, llamado por el obispo Álvarez de Toledo, se estableció en Córdoba. Allí, entre callejas empedradas y patios de azahares, desplegó su ardor apostólico. Conoció a fray Luis de Granada, otro espíritu inquieto y luminoso, y juntos, aunque cada uno por su senda, comenzaron a transformar el rostro espiritual de Andalucía.

Ávila organizó predicaciones por aldeas y villas, llevando el Evangelio a las sierras cordobesas, donde la fe dormía bajo la costumbre y el descuido. En plazas soleadas y en humildes ermitas, su voz resonaba con fuerza. No era un predicador de adornos vacíos ni de discursos recargados; Francisco Terrones del Caño, que lo oyó en Granada siendo aún colegial, lo recordaría años más tarde, ya obispo de Tuy, en su Instrucción de Predicadores:

—No revolvía muchos libros para cada sermón, ni decía muchos conceptos ni ejemplos y otras galas; y con una razón que decía y un grito que daba abrasaban las entrañas de los oyentes.

Su oratoria era fuego, y su propósito, claro: ganar almas para Cristo. Bajo su impulso, surgieron seminarios, colegios y vocaciones; incluso alentó con fuerza el nacimiento de la Compañía de Jesús, percibiendo en ella un instrumento providencial para la renovación de la Iglesia.

Años después, fray Pedro de Alcántara, hombre experimentado, emprendió viaje junto a fray Miguel de la Cadena hacia tierras jiennenses, llamado por el mismo Juan de Ávila. La carta que lo convocaba hablaba de ur-

gencias espirituales: almas necesitadas, clero que debía ser formado, y un ambicioso proyecto educativo que precisaba consejo y guía.

Atravesaron caminos ásperos y montes cubiertos de encinas, durmiendo en ventas de paso, donde el olor a vino rancio y a establo se mezclaba con el polvo de los viajeros. Una de aquellas noches, pernoctaron en una venta a los pies de Sierra Morena. La luna, velada por jirones de nubes, apenas iluminaba el campo, y en el interior de la posada, entre el crepitar del fuego y el murmullo de otros huéspedes, Pedro y Miguel compartieron un pedazo de pan y unas aceitunas.

—Fray Pedro —dijo Miguel, con cansancio en la voz—, ¿cree que hallaremos fruto en este viaje?

Pedro alzó los ojos del pobre plato y sonrió con mansedumbre:

—El fruto no es nuestro, hermano, sino del Señor. Nosotros sólo preparamos la tierra.

Al amanecer, partieron de nuevo. El sol, implacable, castigaba sin piedad, y las leguas parecían eternas. Sin embargo, la meta les infundía ánimo. Llegaron a Jaén, ciudad de torres y murallas, donde Juan de Ávila los recibió con sincera alegría. El encuentro de aquellos dos hombres santos fue de mutua edificación. Conversaron largamente, caminando por los claustros de alguna iglesia o bajo la sombra de naranjos, acerca de la necesidad de reformar no sólo costumbres, sino estructuras, de formar pastores doctos y piadosos.

—¡Hermano Pedro! —exclamó con sincero gozo—. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde Salamanca!

—Demasiado —respondió Pedro, y sus manos se unieron en un fuerte apretón fraternal—. Entonces éramos estudiantes hambrientos de letras; ahora, somos mendigos de almas.

Rieron ambos, con esa risa breve y limpia de los que apenas se permiten alegrías mundanas. Entraron juntos en la iglesia. Allí, entre columnas de piedra y aroma a cera, comenzaron a hablar del motivo de aquel encuentro.

—La situación es grave, Pedro —dijo Ávila, mientras se sentaban en un banco del coro—. Hay pueblos enteros que no conocen más doctrina que el balbuceo de algún clérigo ignorante. Y otros, peor aún, donde los señores viven en pecado público y arrastran a su gente tras de sí. Necesitamos pastores doctos, virtuosos, hombres que sepan y quieran guiar.

—¿Y Baeza? —preguntó Pedro.

—Baeza es la esperanza. Allí quiero fundar un centro de estudios, una universidad. Pero temo no hallar apoyos suficientes.

Pedro guardó silencio unos instantes, mirando el crucifijo del altar mayor. Luego, con voz suave pero firme, dijo:

—Hazlo, Juan. No mires a los hombres, mira al Señor. Él proveerá.

Aquellas palabras, sencillas, calaron hondo. Ávila sintió renovarse su ánimo.

Los días siguientes, los tres frailes recorrieron aldeas cercanas. En una de ellas, perdida entre los montes de Sierra Morena, celebraron una misión. Los vecinos, gente dura y desconfiada, acudieron más por curiosidad que por fervor. Pero cuando Juan de Ávila comenzó a hablar, algo cambió en el aire.

—Hermanos —dijo, alzando la voz clara bajo el cielo abierto—, ¿de qué os sirve llenar vuestros graneros si vuestra alma está vacía? ¿De qué os sirve la honra si vivís de espaldas a Dios?

Un murmullo recorrió la multitud. Sus palabras no eran floridas ni eruditas; eran sencillas y directas, como martillo que golpea clavo. Y de pronto, en un instante que muchos recordarían siempre, lanzó un grito que hizo estremecer hasta al más incrédulo:

—¡Cristo murió por ti! ¡Sí, por ti que me escuchas ahora!

Hubo lágrimas. Hombres rudos bajaron la cabeza. Mujeres se arrodillaron. Y Pedro, que observaba en silencio, comprendió por qué aquel hombre era llamado Apóstol: no era su elocuencia, era el fuego invisible que ardía en su interior.

Esa noche, en la humilde posada donde pernoctaron, Miguel comentó mientras cenaban un mendrugo de pan y queso seco:

—Fray Pedro, jamás había visto predicar así. ¿Cómo logra tocar los corazones de esa manera?

Pedro sonrió, mirando a Ávila, que permanecía en silencio, absorto en oración.

—Porque habla con el corazón en llamas, hermano. Y el fuego enciende fuego.

Al cabo de una semana, llegaron a Jaén. Allí, en el palacio episcopal, discutieron con clérigos y notables sobre la creación de la Universidad de Baeza. Algunos se mostraban reacios:

—¿Para qué gastar dinero en estudios? Lo que hace falta es obediencia, no doctores —decía un canónigo de rostro severo.

Pedro, hasta entonces callado, intervino:

—La ignorancia es madre de desobediencia y de vicio. Un pastor sin ciencia es como un ciego que guía a otros ciegos. Si queréis un pueblo fiel, formad primero a quienes deben enseñarlo.

Hubo un silencio pesado. El canónigo bajó los ojos. Juan de Ávila, agradecido, asintió en silencio.

Cuando por fin partieron, dejando encaminado el proyecto que más tarde vería la luz, Pedro se despidió de su amigo al pie de la puerta de Baeza.

—Hermano Juan, sigue adelante. Esta tierra necesita tu luz.

—Y yo necesito tus oraciones —respondió Ávila—.

Se abrazaron. Y mientras Pedro y Miguel se alejaban por el camino polvoriento, Juan de Ávila los siguió con la mirada, pensando que aquel hombre austero y humilde era, a su modo, tan necesario para la Iglesia como cualquier universidad que pudiera fundarse.

Fray Pedro había prestado su consejo para el proyecto que Ávila acariciaba: la organización de la Universidad de Baeza. Veía en ella no un mero centro de letras, sino una cantera de sacerdotes bien formados, capaces de llevar luz a las almas. Gracias a aquel impulso, Baeza tendría una institución que, con el tiempo, sería germen y antecedente de la universidad jiennense.

Cuando Pedro partió de Jaén, dejó tras de sí más que palabras, dejó un ánimo encendido en su amigo y una colaboración que daría fruto durante décadas. Y Juan de Ávila, ya venerado por muchos como “el apóstol de Andalucía”, seguiría adelante en su incansable tarea, mientras las sendas del cielo y de la tierra iban entrelazando las vidas de aquellos hombres que, sin buscarlo, estaban trazando la historia espiritual de España.

Fray Pedro de Alcántara, desde la cumbre de su vida eremítica, comprendía que el verdadero amor a Dios no podía quedarse en la intimidad del alma, sino que debía

irradiarse, aunque sin ruido, al mundo que lo rodeaba. Así, entre el susurro del viento en los árboles de Santa Cruz de Paniagua y las noches estrelladas de la sierra, se fue gestando un santo.

Aquel retiro no fue una fuga, sino una siembra silenciosa cuyos frutos aún hoy siguen alimentando a quienes buscan una vida más radicalmente evangélica.

En la compleja red de circunstancias divinas y humanas que rodearon la vida de fray Pedro de Alcántara, el retiro a Santa Cruz de Paniagua y luego a San Marcos de Altamira representó una etapa crucial, tanto para su crecimiento espiritual como para la consolidación de su vocación reformadora. No fue un viaje improvisado ni el fruto de una búsqueda azarosa. Muy al contrario, fue el resultado de una confluencia providencial de apoyos y circunstancias, entre las que destaca el papel esencial del entonces obispo de Coria, don Diego Enríquez de Almansa.

Este prelado, hombre de fe firme y visión clara, había comprendido que la verdadera reforma de la Iglesia no vendría sólo por edictos y concilios, sino por la santidad concreta de sus pastores y religiosos. Admirador de la vida austera de fray Pedro, vio en él un instrumento de renovación espiritual. Por ello, no dudó en poner a su disposición todos los medios posibles para facilitarle un retiro digno, conforme a su ideal de vida eremítica y a su inspiración franciscana primitiva.

El obispo poseía en Santa Cruz de Paniagua, una aldea recóndita de la Provincia de Cáceres, un palacio episcopal que usaba como lugar de descanso y contemplación. Cerca de allí, a poco más de legua y media —unos siete u ocho kilómetros— se encontraba el convento solitario de San Marcos de Altamira, enclavado en

las montañas próximas a Marchagaz. Era un lugar apartado, silencioso, rodeado de espesos bosques y caminos escarpados. Perfecto para el retiro y la oración.

Este convento, perteneciente a la provincia franciscana de San Gabriel, había caído en un estado de semirruina. Sus muros agrietados y techos vencidos reflejaban años de abandono. Pero el obispo don Diego, convencido de que allí podía brotar una nueva llama de espiritualidad franciscana, decidió ayudar activamente a su restauración. Así, en el año 1556, bajo su patrocinio y con el esfuerzo de los frailes, estaba construido un pequeño convento.

Con el beneplácito de su provincial, fray Juan de Espinosa, y con el corazón encendido de fervor, fray Pedro de Alcántara se estableció en San Marcos. No llegó solo, sino acompañado por algunos hermanos deseosos de vivir bajo la misma inspiración de vida pobre, penitente y contemplativa. Aun así, el lugar seguía siendo inhóspito: frío en invierno, caluroso en verano, y con recursos muy limitados. Pero eso era precisamente lo que fray Pedro buscaba.

Durante los cuatro años que vivió en San Marcos de Altamira —entre 1554 y 1557—, fray Pedro alcanzó uno de los momentos más intensos de su vida espiritual. Allí, lejos de las distracciones del mundo y rodeado por un grupo reducido de frailes decididos a vivir el Evangelio en su pureza original, pudo encarnar plenamente su ideal franciscano.

Su jornada diaria comenzaba antes del alba, con largas horas de oración mental, seguidas del rezo del Oficio Divino. A lo largo del día, se alternaban momentos de meditación, trabajo manual y penitencia. Dormían poco, comían menos, y dedicaban cada respiro

a glorificar a Dios. No faltaban las tentaciones, las incomodidades físicas o los asaltos del demonio; pero la fe de fray Pedro era como roca asentada en tierra firme.

La comunidad que se formó en torno a él no tenía otra regla que el Evangelio y la inspiración de san Francisco en su forma más primitiva. No era una reforma oficial aún, sino una experiencia vivida con radicalidad. Sin embargo, esta vida escondida comenzaba a atraer miradas y a provocar preguntas: ¿quién era este fraile delgado y austero, cuya sola presencia infundía respeto y serenidad?

El papel del obispo don Diego Enríquez de Almansa no fue meramente administrativo. Su cercanía y afecto por fray Pedro se tradujeron en visitas ocasionales, apoyo logístico y defensa frente a ciertas voces que veían con sospecha aquel retiro radical. El obispo entendía que en tiempos de confusión y relajación, Dios levantaba hombres como Pedro para recordar la esencia del Evangelio.

Gracias a esa alianza espiritual entre el prelado y el ermitaño, San Marcos de Altamira se convirtió en un faro para los que buscaban una vida más entregada. La reconstrucción del convento no fue sólo de muros, sino de corazones. Desde ese lugar apartado, fray Pedro comenzó a inspirar a otros a abrazar la pobreza evangélica, la oración perseverante y la caridad fraterna.

A mediados del siglo XVI, el proceso reformista dentro de la Orden Franciscana en España alcanzó un nuevo impulso gracias a la figura de fray Pedro de Alcántara. Procedente del convento de San Marcos de Altamira, participó en el Capítulo celebrado en el convento de los Majarretes, donde, a pesar del deseo del comisario general de que fuera elegido provincial, el cargo recayó finalmente en fray Juan de Espinosa.

Este resultado no detuvo la firme determinación de fray Pedro, cuyo pensamiento y espíritu estaban profundamente marcados por el ideal reformador que había inspirado a los franciscanos extremeños del siglo anterior. Movido por un anhelo de retorno a la austeridad evangélica y a la estricta observancia de la Regla Seráfica, buscó y obtuvo el respaldo pontificio. Gracias a la mediación de su amigo don Rodrigo de Chaves, logró del papa Pablo IV un documento que le autorizaba a apartarse de la Provincia y a llevar una vida eremítica, acompañado únicamente por fray Miguel de la Cadena, su compañero elegido.

Este permiso marcó el inicio de una etapa decisiva para la Reforma Alcantarina, caracterizada por una espiritualidad profundamente ascética, la recuperación del ideal franciscano primitivo y la consolidación de una corriente reformista que influiría notablemente en la renovación religiosa de la España del Siglo de Oro.

Años más tarde, cuando el fraile saliera de allí para fundar nuevos conventos reformados o para acompañar a santa Teresa en su gesta reformadora, llevaría consigo la experiencia profunda de esos cuatro años de retiro. No eran sólo recuerdos, sino una escuela de santidad que había templado su alma como el fuego temple el hierro.

Cuando en el año 1557, fray Pedro de Alcántara dejó el convento de San Marcos de Altamira, no lo hizo por cansancio, ni por falta de espíritu, ni siquiera por enfermedad —aunque su cuerpo ya estaba desgastado por años de austeridades extremas—, sino porque entendió que el tiempo del recogimiento había cumplido su función. Ahora, la semilla cultivada en el silencio debía dar fruto en el mundo. Su corazón, como el de los grandes profetas, ardía con el deseo de renovar la vida

evangélica en el seno de su propia familia religiosa, la Orden de los Frailes Menores.

En aquellos años, muchos conventos franciscanos se hallaban en una situación crítica. La observancia de la Regla se había relajado, la pobreza franciscana era más teórica que real y la vida espiritual se veía enturbiada por preocupaciones mundanas. Fray Pedro no juzgaba ni condenaba, pero tampoco podía callar. Con la autorización de sus superiores y bajo la guía del Espíritu, emprendió un camino difícil y profético, impulsar una reforma profunda, que devolviera al franciscanismo su rostro original.

Con humildad y firmeza, comenzó a fundar pequeños conventos que vivieran según los ideales de san Francisco: pobreza total, vida de oración, soledad, fraternidad austera y trabajo manual. Estos nuevos conventos no eran palacios ni grandes estructuras. A menudo eran chozas, pequeñas casas en la montaña o construcciones levantadas por los propios frailes. Pero lo que faltaba en ladrillo, sobraba en fervor.

Así nació la reforma de los franciscanos descalzos, también conocidos como los alcantarinos, que más tarde se unirían con los reformados de la Provincia de San Gabriel para formar una rama viva y vigorosa dentro de la gran familia franciscana.

Uno de los momentos más luminosos de esta etapa fue el encuentro entre fray Pedro de Alcántara y Teresa de Jesús. Ambos habían sido llamados por Dios a ser instrumentos de renovación espiritual en tiempos difíciles, y su mutuo conocimiento fue una verdadera bendición, no sólo para ellos, sino para toda la Iglesia de España.

Santa Teresa, en sus escritos, se refiere a fray Pedro con profunda veneración, llamándolo “grande santo” y

asegurando que “su vida era la de un ángel en la tierra”. Fue él quien le ofreció apoyo espiritual y consejo en los momentos más críticos de su propia reforma del Carmelo. Mientras muchos desconfiaban de la empresa teresiana, fray Pedro la animó con palabras de fuego:

—Adelante, señora, adelante. Dios está con vos, y si Él es el alba, ¿quién temerá la noche?

Fray Pedro, con su santidad probada, sirvió de escudo ante las críticas, y sus palabras dieron a Teresa el coraje que necesitaba para seguir adelante con la fundación del convento de San José de Ávila, el primero de la Reforma carmelitana. Años después, ella recordaría con emoción cómo este humilde fraile le había predicho que su reforma sería fuente de grandes frutos espirituales. También contaría, con mezcla de ternura y asombro, los extremos de penitencia que fray Pedro practicaba: dormir sentado, comer lo mínimo, pasar las noches enteras en oración... y sin embargo, irradiar una alegría sobrenatural.

Fray Pedro de Alcántara fue un hombre del Espíritu, un santo forjado en la soledad, pero entregado al mundo. Supo leer los signos de su tiempo, y responder con una vida encendida de fe, sacrificio y amor. Desde los montes de Cáceres hasta los conventos reformados de toda España, su legado sigue vivo.

El alba apenas comenzaba a pintar de plata las crestas de las sierras cuando fray Pedro de Alcántara cruzó el umbral del convento de San Marcos de Altamira por última vez. No llevaba alforja, ni capa, ni bastón. Solo un crucifijo de madera gastada, su breviario, y una mirada que parecía venir de otro mundo. Los pocos frailes que le acompañaron hasta el camino no sabían si despedirse con palabras o con lágrimas, pues sabían que con él

se marchaba la llama silenciosa que había iluminado durante cuatro años aquel rincón de montaña.

Fray Pedro descendía sin prisa, sus sandalias casi deshechas resbalaban por los senderos de piedra húmeda. El cuerpo, consumido por la penitencia y los años, parecía débil; pero cada paso era firme, como si la tierra reconociera a un santo que ya no le pertenecía. Sus ojos no miraban atrás. No dejaba Altamira por nostalgia ni por comodidad, sino porque algo —o mejor dicho, Alguien— lo llamaba a otro lugar. La voz de Dios, susurrándole en el silencio, le había mostrado una nueva cueva de Belén donde comenzar de nuevo.

Cerca de Coria, entre el Pedroso de Acím y Grimaldo, se extendía una dehesa agreste, de encinas viejas, jaras y caminos que el hombre apenas había rozado. Aquel lugar, que se conocía como el Berrocal a la fuente de El Palancar, no era sino una tierra humilde, cruzada por arroyos y envuelta en el rumor eterno del campo. Era allí donde don Rodrigo de Chaves y su esposa, doña Francisca, personas de fe y bien conocidos en la comarca, poseían una casa modesta de campo. No era una finca señorial ni un retiro de recreo, sino un paraje de alma limpia, como hecho para el recogimiento.

Don Rodrigo y doña Francisca conocían bien a fray Pedro. Lo habían escuchado predicar, lo habían visto mendigar por las veredas como un nuevo san Francisco, lo habían hospedado alguna vez en su casa con respeto y reverencia. Y cuando supieron que buscaba un nuevo rincón para la oración y la soledad, no dudaron. El 22 de mayo de 1557, reunieron testigos y notario, y firmaron la cesión y escritura pública de la casa y la pequeña huerta adyacente, poniéndolas enteramente en manos del fraile.

—Todo lo nuestro es vuestro, padre —dijo doña Francisca con una inclinación suave—. Pero sobre todo, sea de Dios.

Fray Pedro no respondió con grandes palabras. Tomó las manos de ambos, las bendijo en silencio y, con ojos húmedos, caminó hacia lo que pronto se convertiría en el conventito más pequeño del mundo.

Con ayuda de algunos hermanos y vecinos humildes, los franciscanos construyeron su nuevo convento, que mediría treinta y dos pies de largo por veintiocho de ancho, apenas lo suficiente para caber de pie y rezar. Era una morada diminuta, sí, pero encendida con la luz de la fe. No se trataba de levantar muros grandiosos ni torres visibles desde lejos, sino de que Dios tuviera una tienda entre los hombres, aunque fuera en medio del polvo y las piedras.

Lo primero que mandó levantar fray Pedro fue una capilla, estrecha y sencilla, sin adornos ni ornamentos. Solo un pequeño altar de piedra, un crucifijo tallado a mano, y un rincón para el sagrario. Allí se celebraban los oficios divinos con unción. Y a pesar de su pequeñez, aquel lugar se llenaba de una presencia que no cabía en ningún templo: la de Cristo pobre y escondido.

Junto a la capilla, casi pegada al muro como una raíz al tronco, fray Pedro hizo construir su celda. No era celda de hombre, sino de ángel encarnado, cuatro pies de largo, en forma cuadrada, apenas un rincón entre cuatro paredes de cal y piedra. El techo bajo, la luz escasa, y una tabla clavada en la pared. Allí dormía, sentado, con la cabeza recostada sobre un madero hincado como único lecho. Ni jergón, ni manta, ni almohada. Solo la cruz como descanso, el silencio como compañero y la pobreza como reina.

No cabía en aquella celda más que un alma dispuesta al sacrificio. No había espacio para vanidades, ni libros, ni siquiera una mesa. Pero fray Pedro decía con sonrisa serena:

—Más espacio tuvo Cristo en la cruz que yo en esta celda... y aun así, le bastó.

Desde esa humilde morada, fray Pedro vivió como un desconocido, orando, ayunando, meditando, y recibiendo ocasionalmente a quien venía a buscar consuelo o consejo. Su fama, sin embargo, no tardó en difundirse, y pronto la pequeña capilla de El Palancar se convirtió en destino de peregrinos, nobles y labradores, religiosos y seglares, todos atraídos por el rumor de santidad que nacía en esa esquina olvidada de Extremadura.

La indumentaria de fray Pedro, aún en lo más crudo del invierno, se limitaba al hábito pardo que jamás abandonaba, tejido de lana basta, y a una manta áspera de tosco sayal, que más parecía mortificación que abrigo. No conocía otro consuelo para el cuerpo que el estrictamente necesario, y aun ese lo miraba con desdén. La necesidad de comer la cumplía como quien paga una deuda, sin gusto ni deleite: pan duro, que a veces parecía piedra entre sus dientes, y hierbas cocidas, desprovistas de todo condimento que halagara al paladar.

Las disciplinas, los cilicios y otras mortificaciones eran su música secreta, un canto sin palabras que ascendía hacia Dios. Cada azote, cada punzada de hierro en la carne, era, para él, nota de una sinfonía de amor penitente, ofrecida por los pecados del mundo entero. Así, en la soledad de su celda o en la penumbra del claustro, su cuerpo sufría mientras su espíritu ardía, y aquel dolor, convertido en oración, parecía tocar los oídos del Altísimo.

El claustro era un cuadrado diminuto, recogido como el latido de una oración. Desde el alero del tejado, tres canales en cada lienzo dejaban caer, en días de lluvia, delgados hilos de agua que resonaban sobre la piedra. En las cuatro esquinas, ángulos humildes y bien trazados, apenas se abría al cielo un resquicio, un claro estrecho por donde el aire —y quizá la gracia— penetraban con parsimonia. En el centro del pavimento, sólido y oscuro, emergía el brocal de un pozo, corazón del recinto, espejo de aguas quietas donde, a veces, se reflejaba el azul distante del firmamento.

En la villa amurallada de Galisteo, donde las piedras guardaban ecos de siglos y el aire olía a tomillo y a tierra húmeda, los condes de Osorno habían hallado morada. No fue el azar lo que les condujo hasta allí, sino el deseo fervoroso de tener cerca a fray Pedro, aquel hombre de Dios cuya fama de santidad cruzaba montes y riberas.

Un día, la desgracia golpeó su casa con mano implacable. El conde de Morata, único heredero, niño de mejillas sonrosadas y ojos que prometían futuro, cayó enfermo. La dolencia, pertinaz y cruel, fue consumiéndolo hasta arrebatarse el aliento. La villa entera enmudeció cuando la noticia corrió como un susurro helado: el niño había muerto.

Los condes, deshechos, se refugiaron en un dolor mudo, profundo, como pozo sin fondo. La servidumbre, fiel y conmovida, compartió el duelo con lágrimas sinceras. Entonces, de labios temblorosos, brotó un mismo ruego: ¡Que venga fray Pedro!

El fraile acudió. Sus pasos, lentos pero firmes, resonaron en los corredores silenciosos del palacio. Al entrar en la estancia donde yacía el pequeño, lo envolvió un ambiente de luto: cirios titilantes, aromas de cera

y romero, y en el centro, el cuerpecito inmóvil, cubierto por un lienzo blanco.

Fray Pedro cayó de rodillas junto al lecho, y con voz baja pero ardiente, comenzó a orar. Sus palabras, invisibles y encendidas, parecían ascender más allá de los muros, más allá del cielo mismo. Terminada la oración, se inclinó sobre el niño, acercando su cuerpo al del pequeño, y lo tocó con ternura.

Un murmullo recorrió la sala: el pecho del niño, inerte hacía instantes, comenzó a alzarse suavemente; un suspiro, débil al principio, brotó de sus labios. Y luego, los ojos, aquellos mismos ojos que parecían haber partido para siempre, se abrieron, húmedos y vivos.

El milagro, incontestable, corrió como reguero de pólvora por toda la comarca. Y desde entonces, el nombre de fray Pedro quedó grabado en la memoria del pueblo, no solo como siervo de Dios, sino como aquel que devolvió la esperanza donde sólo había desolación.

Fray Pedro de Alcántara había encontrado un sendero que lo elevaba por encima de los hombres comunes. No era camino de riquezas ni de honores, sino de oración y silencio. Allí, en la hondura de su recogimiento, alcanzaba alturas que parecían reservadas a los ángeles.

Su vida era la de un espíritu obstinado en la perseverancia, un hombre que, a fuerza de vigilia y templanza, se iba desligando poco a poco de la tierra. Apenas quedaba en él rastro de deseo humano; sus sentidos, sometidos, eran como instrumentos apagados que solo respondían al sople de lo divino. Muy bien, lo añadimos en el mismo estilo novelesco e histórico, al modo de crónica mística, siguiendo el tono de Teresa de Jesús:

Y no bastaba todo lo dicho para mostrar la fortaleza de este varón bendito, que aún tenía por poco lo ya

referido. Porque cada noche, sin faltar una sola, se disciplinaba dos veces: la primera antes de los maitines, cuando el silencio cubría los claustros, y la segunda poco antes de alborar el día. Para tan áspero ejercicio usaba unas cadenillas de hierro, con las cuales golpeaba su cuerpo hasta que se abrían hondas llagas, de donde manaba copiosa sangre.

Era cosa para espanto de quien lo supiese, y no hay entendimiento humano que alcance el dolor y tormento de tal penitencia, porque si una herida atormenta al más fuerte, ¿qué será tantas, renovadas cada jornada, sin dar tiempo a que sanen las anteriores? Y, con todo, fray Pedro lo hacía con tanto espíritu y alegría interior, que parecía más recrearse en la Cruz que padecer por ella.

No menos dura era la carga de los cilicios que traía ceñidos: unos de cerdas ásperas, otros de alambres agudos, otros de punzantes nudos que jamás daban sosiego a su carne. Variaba la hechura, como quien buscaba siempre nuevos modos de mortificación, y todos ellos servíanle para estar continuamente recordando los dolores de Cristo Señor nuestro.

Así vivía el bienaventurado, como si la vida presente no fuese otra cosa sino tiempo de padecer y ocasión de merecer. Y no se le oyó nunca palabra de queja, ni suspirar por alivio; antes bien, todo en él era agradecimiento a Dios, que le concedía gracia para sufrir lo que a otros parecería imposible.

De suerte que los que lo trataban decían que más era espíritu que hombre, pues apenas conservaba carne sobre los huesos, y aun con todo eso se mantenía encendido de caridad y celo, como llama que no se apaga.

Oraba siempre. En el coro, entre las voces monótonas de los salmos. En la iglesia, envuelto por la penum-

bra de los cirios. En su celda estrecha, donde la soledad era compañera fiel. También lo hacía bajo el cielo abierto, caminando entre campos desnudos, hasta que la oración lo detenía y lo dejaba inmóvil, absorto, como suspendido fuera del tiempo.

Días y noches se le iban en ese arrobamiento, tan quieto que parecía piedra, tan encendido que parecía llama. Y quienes lo miraban, al pasar, no sabían si ver en él a un hombre consumido por la penitencia o a un espíritu prendido del misterio de Dios.

El nunca buscó gloria ni multitudes. Seguía barriendo el patio con su escoba de palma, cultivando la pequeña huerta, y rezando por las noches bajo el cielo estrellado, envuelto en su hábito raído.

En aquel rincón diminuto, fray Pedro no sólo reformó un convento, reformó corazones.

Y así, en una casa que apenas podía cobijar a un hombre, Dios encontró lugar para habitar con los suyos.

Una tarde clara, el marqués de Mirabel y el conde de Torrejón, acompañados de algunos caballeros de su séquito, llegaron al convento deseosos de visitar al célebre fraile. Buscaron su celda, llamaron con respeto, más halláronla vacía, desnuda de presencia y de todo ornato. Uno de ellos, conocedor de las costumbres del santo varón, murmuró con voz queda:

—Seguramente estará en su retiro, junto a la cruz del campo.

Y todos, intrigados, caminaron hacia aquel paraje silencioso.

De pronto, al levantar la vista, quedaron sobrecogidos. Fray Pedro no estaba sobre la tierra, sino suspendido en lo alto, como si la misma oración lo hubiera arrancado del suelo para acercarlo a los cielos. Sus

brazos se extendían en forma de cruz, y su semblante, encendido por una claridad misteriosa, irradiaba una serenidad que ningún pintor hubiera podido reproducir.

Los caballeros, hombres acostumbrados al estruendo de la guerra y a la pompa de los palacios, se miraban unos a otros sin atreverse a romper el silencio. En sus pechos, tan endurecidos por el mundo, brotaba un gozo extraño, tierno y devoto, que los hacía sentir niños otra vez.

Y he aquí que, alrededor del fraile, revoloteaban ave-cillas diminutas, sin miedo alguno. Unas se posaban mansas sobre sus hombros y brazos, como si fueran ramas vivas de un árbol sagrado; otras, más ligeras, formaban en el aire un arco de triunfo, ciñendo la figura del fraile con un vuelo ordenado y armonioso.

El prodigio duró largo rato, mientras los nobles permanecían inmóviles, con lágrimas corriéndoles por el rostro, incapaces de apartar la vista de aquella visión.

Finalmente, con la misma suavidad con que había sido elevado, fray Pedro descendió lentamente hasta tocar la tierra. Sus pies rozaron el suelo, y volvió a su estado natural, humilde y sereno, como si nada extraordinario hubiera sucedido. Pero en el corazón de quienes lo habían contemplado quedó para siempre la certeza de haber presenciado un misterio.

El marqués de Mirabel fue el primero en romper el silencio, con la voz temblorosa y los ojos aún fijos en el cielo:

—Por vida mía... ¿estamos soñando?

El conde de Torrejón, más sobrio pero igualmente conmovido, se llevó una mano al pecho:

—No, mi señor. Esto que vemos no es ilusión. El Altísimo se complace en mostrar su gloria en este humilde fraile.

Uno de los caballeros, joven e impetuoso, apenas podía contener las lágrimas:

—Jamás pensé que mis ojos contemplarían semejante maravilla. ¡Ved cómo esas aves le coronan, como si fueran ángeles en vuelo!

El más anciano del grupo, curtido en campañas militares, se inclinó de rodillas, incapaz de sostenerse:

—He visto campos teñidos de sangre y ciudades ardiendo... más nunca nada tan puro. Esto es cosa del cielo, no de la tierra.

Los hombres permanecieron absortos, con el corazón palpitante, mientras el aire alrededor de fray Pedro parecía vibrar con una luz sagrada. Y cuando el fraile descendió lentamente, tocando al fin la tierra con suavidad, el marqués exclamó, con voz quebrada:

—Amigos míos... no digáis que hemos visto a un hombre. Hoy hemos visto a un ser entre los ángeles.

El conde asintió, secándose las lágrimas que no había podido ocultar:

—Así es. Y yo, que tantas veces dudé de los prodigios de los santos, confieso ahora que la fe es pequeña para lo que Dios obra en los suyos.

Entonces fray Pedro, sencillo, inclinó la cabeza, como si nada hubiera sucedido. No hubo palabra en sus labios, solo una humilde sonrisa que parecía pedir silencio. Y los caballeros comprendieron que aquello no era para la gloria de los hombres, sino para la honra de Dios.

Los meses finales del año 1557 marcaban un nuevo giro en la vida de fray Pedro de Alcántara. Mientras él se recogía humildemente en su recién fundado conventito de El Palancar —viviendo entre paredes estrechas, alimentado apenas con legumbres y oración, los rumores de su santidad y su ejemplo de vida comenzaban a

circular por los claustros, los caminos, incluso por los oídos de prelados y teólogos. Su nombre ya no era un susurro de los montes, sino un eco que llegaba hasta los capítulos provinciales y los pasillos de la Orden.

Fue en ese año, mientras la campana de El Palancar seguía sonando humilde en la dehesa, cuando la obediencia vino a tocar su puerta, no como un hermano pidiendo pan, sino como un mandato del cielo vestido de autoridad, fray Pedro era nombrado comisario general de los franciscanos descalzos de España.

Un título alto para un hombre que dormía sentado sobre una tabla.

La noticia llegó en forma de carta oficial, con sellos, rúbricas y la voz del provincial fray Juan de Espinosa detrás. Pedro la recibió como todo lo recibía: de rodillas, en silencio, y con el corazón abierto. No se inmutó. No cambió el gesto. Sólo después de leer el contenido, alzó los ojos hacia la celda diminuta que le había servido de cielo por algunos meses.

—Señor —murmuró—, vos sabéis que no soy digno... pero si esta es vuestra voluntad, haced de este siervo lo que os plazca.

Para fray Pedro, el nombramiento no era un ascenso, sino una cruz más. Sabía que, desde aquel día, ya no podría vivir escondido entre las jaras del Berrocal. Tenía que salir al mundo: visitar conventos, organizar comunidades, corregir con caridad, formar con firmeza, y sobre todo, sembrar la llama de la reforma en las tierras donde el espíritu se había adormecido.

Convertido en comisario general, fray Pedro no cambió ni su hábito, ni su cayado, ni su vida de austeridad. Viajaba a pie, con los pies llagados y los ojos encendidos. Cuando llegaba a un convento, no pedía celda

aparte ni mesa especial. Se contentaba con el rincón más pobre, y su presencia bastaba para estremecer a los hermanos.

Predicaba poco y vivía mucho. Su mejor sermón era su manera de andar, su mirada llena de paz, su silencio profundo. Allí donde iba, exhortaba a los frailes a volver a la Regla de san Francisco, no como letra, sino como fuego: vida de oración, de pobreza verdadera, de fraternidad sencilla y de penitencia amorosa.

Las casas que fundaba o reformaba bajo su comisariado eran humildes, pequeñas, pero llenas de alegría. No imponía la reforma con dureza, sino con ejemplo. Era un reformador que convertía sin gritar, que convencía sin obligar. Y eso, en aquellos tiempos de tensiones eclesíásticas, lo convertía en un milagro viviente.

Fray Pedro, al redactar las Ordenaciones para la Descalcez, nos sorprende y cautiva en cada línea. En ellas se revela, por un lado, un hondo sentido de la realidad, siempre en conformidad con los fines que la reforma perseguía; por otro, resplandece el ardiente espíritu de pobreza que lo animaba y que deseaba insuflar en los frailes de la Orden. Hay en sus disposiciones delicadezas que conmueven, como aquella que ordena tratar con esmero y ternura a los ancianos y enfermos, mostrando que la austeridad no está reñida con la compasión.

Todo ha de estar, según su mandato, impregnado de pobreza, como sumergido en su atmósfera inquebrantable. Sin embargo, cuando se trata del culto al Señor, surge la excepción luminosa: se permite poseer uno o dos cálices de oro o plata, y los corporales han de ser de la más fina Holanda, porque la grandeza divina merece lo más digno.

En el orden de la vida comunitaria, se percibe asimismo un profundo respeto por la libertad individual; no se limitan las penitencias que cada uno, en su fervor, desee abrazar. Así se dibuja, tras estas ordenaciones, el perfil de un hombre excepcional: inteligencia ágil y penetrante, corazón amplio y compasivo, voluntad firme y resuelta, siempre orientada hacia la santificación personal por los caminos que juzga más rectos y elevados.

Bajo su impulso, los descalzos franciscanos comenzaron a multiplicarse. Se abrían nuevas casas reformadas en Castilla y Extremadura. Frailes jóvenes, sedientos de una vida más radical, acudían a él como discípulos. Fray Pedro no los retenía. Los enviaba, como el sembrador que lanza la semilla al campo y se fía del cielo.

Aunque su cuerpo ya mostraba claros signos de desgaste —tenía el estómago arruinado por el ayuno, los pies endurecidos por los caminos, y los huesos afilados por la penitencia—, su espíritu era una llama que no se consumía. Donde otros caían por agotamiento, él se levantaba con la fuerza del Espíritu. Era como si la obediencia le hubiese dado alas invisibles.

Incluso desde su cargo, no abandonó El Palancar. Siempre que podía, volvía a su celdita de cuatro pies, a su capilla sin ornamentos, a su huerta pobre, donde el silencio le hablaba más que las reuniones. Desde allí escribía cartas, planeaba visitas, recibía a frailes que querían compartir su vida.

La autoridad no lo cambió. Solo lo hizo más siervo.

La figura de fray Pedro comenzó a adquirir un peso silencioso en la Iglesia de su tiempo. Ya no era sólo el ermitaño de Cáceres, ni el mendicante que fundaba conventos en las sierras. Ahora era el rostro visible de una reforma que no nacía de la crítica, sino de la conversión; no de la dureza, sino del amor.

No buscaba renovar estructuras, sino corazones. Su reforma era evangélica, no ideológica. Y eso la hacía invencible.

Por ahora, fray Pedro, comisario general, seguía caminando por los senderos de polvo, cruzando pueblos y conventos, sembrando pobreza y oración como quien riega la tierra con lágrimas y esperanza.

Y allí donde pasaba, alguien siempre decía:

—Ha estado entre nosotros un hombre de Dios.

En otro lugar de Extremadura, bajo los cielos plomizos de la Vera, se alzaban las torres recias del monasterio de Yuste, silencioso refugio del más poderoso monarca de la cristiandad, el Emperador Carlos V. Corría el año de gracia de 1557, y los días del César se deslizaban con la cadencia tranquila de las oraciones y el canto de los grillos en los jardines. Había dejado atrás el trono y la púrpura, mas no la inquietud del alma.

Fue por entonces que llegaron a sus oídos los ecos de una fama extraña y luminosa, la de un fraile menudo, de hábito raído y vida austera, que vivía en un rincón escondido de las Hurdes, en el pequeño convento de El Palancar. Fray Pedro de Alcántara, le decían, era hombre de virtud rara y severo ayuno, de oración continua y espíritu encendido. Su nombre era susurrado con respeto y casi temor entre los campesinos, los clérigos y aun entre los nobles.

Movido por un anhelo profundo, el Emperador —aquel que en su juventud había gobernado medio mundo— mandó llamar al fraile. Y así, una tarde de septiembre, los cipreses del huerto de Yuste vieron llegar a fray Pedro, encorvado por la penitencia, pero con el rostro sereno, como quien camina hacia su deber sin buscarlo.

En la penumbra del aposento imperial, donde aún brillaban los restos dorados de la gloria pasada, Carlos se dirigió al fraile con voz grave pero cordial:

—Padre —dijo—, la intención que me mueve al llamarnos es confiaros mi alma y haceros mi confesor.

Fray Pedro inclinó la cabeza, recogiendo entre sus dedos el cordón de su hábito. Su mirada era humilde, más no temblorosa, y su voz, aunque suave, tenía la firmeza del que ha dialogado largamente con Dios en la soledad.

—Señor —respondió con reverencia—, para tan importante cometido debe buscar vuestra majestad otra persona más digna que la mía.

Un silencio se apoderó de la estancia, como si el tiempo mismo hubiese contenido el aliento. Carlos, acostumbrado a que se cumplieran sus deseos con sólo enunciar una palabra, sintió en aquel gesto una dignidad más alta que la de los príncipes.

Ante la insistencia del emperador, fray Pedro le respondió:

—Ruego a Vuestra Majestad que me dé tiempo para encomendar este asunto al Señor. Si no vuelvo, tenga Vuestra Majestad por seguro que Dios no quiere lo que pretende de mí.

Besó la mano del monarca y se retiró. Ya no volvió.

Y así, en aquel rincón de España, el Emperador retirado y el santo penitente se miraron, cada uno viendo en el otro el reflejo de lo eterno: uno que bajaba del trono, y otro que nunca lo quiso subir.

Fray Pedro de Alcántara, ya entrado en años, cargaba en sus hombros no sólo el peso de la edad y de la penitencia, sino también el de una misión sagrada. Acababa de recibir, tras años de súplicas humildes y silenciosa

tenacidad, la autorización pontificia para comenzar su anhelada reforma de la Orden franciscana. Era una empresa colosal, no por su tamaño material, sino por la hondura espiritual que requería, renovar la vida religiosa desde sus raíces, devolverle la pureza evangélica, la pobreza radical y el fuego del primer amor por Cristo.

El fraile sabía bien que ya no disponía del tiempo de la juventud, ni de fuerzas inagotables; cada día contaba, cada esfuerzo era un tributo a su ideal de santidad. Si en aquel momento hubiese cedido a los deseos del Emperador Carlos V —hombre digno de respeto, pero que reclamaba almas por entero—, su gran obra habría quedado entorpecida, o acaso nunca habría florecido como Dios lo había dispuesto en los designios secretos de la Providencia.

Mientras tanto, al sur del Tajo, en la corte lusitana, el rey Juan III, prudente y piadoso, soñaba con un proyecto distinto, pero no menos ambicioso: deseaba rodearse de sabios y santos que, bajo el pabellón portugués, pudieran llevar el Evangelio más allá de los mares conocidos, hasta los confines del mundo. La reciente expansión marítima había abierto rutas a mundos nuevos, y con ellas, la necesidad urgente de hombres que no sólo supieran hablar de Dios, sino vivirlo.

Fue así como la figura de fray Pedro de Alcántara comenzó a alzarse también en la penumbra de Lisboa, como un faro de santidad. Su nombre cruzó la frontera no como el de un místico lejano, sino como el de un reformador con fuego en el alma. El rey lo quiso cerca, como luz para su corte y guía para los que se embarcaban en la aventura misionera.

Y aunque el cuerpo del fraile no surcó los mares, su espíritu sí. Lo que comenzó en la soledad de El Palancar

y floreció en la austeridad de la reforma, fue semilla que el viento del Espíritu llevó siglos más tarde hasta tierras remotas. En el lejano Brasil, cuando aún la selva rugía indómita y los pueblos indígenas apenas escuchaban los ecos del nombre de Cristo, ya se le recordaba a fray Pedro como aquel que, sin salir del suelo ibérico, había encendido una llama que cruzó océanos.

Su vida fue, al fin, la de un constructor de puentes invisibles: entre la pobreza y la gloria, entre los claustros silenciosos de Extremadura y las tierras vírgenes del Nuevo Mundo. Un hombre que eligió no al emperador, sino la cruz. Y con ello, ganó un imperio más duradero que cualquier trono: el del alma cristiana, sencilla y eterna.

Fray Pedro de Alcántara era, en verdad, un alma extraña al mundo, como arrancada de los tiempos apostólicos y lanzada a vivir en una España que, entre guerras, cortes y descubrimientos, apenas comprendía la medida de su santidad. Su cuerpo, enjuto como un haz de ramas secas, era sólo el reflejo de una voluntad tallada por el fuego de la penitencia.

Casi siempre iba descalzo, sin más protección que la áspera tierra extremeña o los pedregales de las sierras donde fundaba o visitaba conventos. Forzosamente, los pies se le agrietaban, sangraban, se abrían como la tierra seca bajo el sol. Pero él, ajeno al lamento, llegaba incluso a coserse con sus propias manos aquellas heridas, como si en el dolor encontrara una ofrenda que no quería confiar a nadie más que a Dios.

Vivía en el silencio, su amigo más fiel, y se envolvía en la humildad de un atuendo que hablaba más que mil sermones. Su ropa interior, muy deteriorada, era lavada por él mismo cuando era preciso, como también

su hábito franciscano, remendado una y otra vez, signo de su vida desnuda de todo artificio. Nada poseía, nada buscaba, nada pedía.

El ascetismo de fray Pedro de Alcántara no se limitaba a la severidad de sus escritos ni al rigor de sus preceptos: lo encarnaba en su propia carne con una obstinación que rozaba lo sobrehumano. Para domeñar las quejas del cuerpo y doblar la resistencia de la carne, recurría a un ingenio austero y radical. En los meses más crudos del invierno, cuando la escarcha endurecía los campos y el aire cortaba como cuchillo, se sumergía en los estanques de agua helada, como si en aquel choque brutal con la naturaleza encontrara la manera de purificar sus sentidos y afirmar la supremacía del espíritu.

No menos singular era su modo de enfrentarse a la desnudez y a la pobreza. Tras lavar el hábito y las humildes prendas interiores que constituían toda su vestimenta, se quedaba apenas con el tosco mantillo. Y antes de que aquellas ropas hubieran perdido la humedad, volvía a enfundárselas empapadas, aceptando el roce áspero y el frío que penetraba hasta los huesos como parte de su disciplina espiritual.

Así, con prácticas que hoy parecen inhumanas, fray Pedro vencía el frío de la atmósfera y, sobre todo, el frío del propio cuerpo, en un combate constante contra la naturaleza que no era violencia estéril, sino testimonio de su convicción de que el alma, fortalecida en el sacrificio, podía erguirse sobre las exigencias de la carne y alcanzar una libertad más alta.

Las mortificaciones no eran para él espectáculo ni exageración, sino necesidad interior. Era como si su alma, tan encendida, no pudiera habitar la carne sin

domarla cada día, como quien sujeta con riendas a una fiera inquieta. Apenas dormía. El sueño, para él, era una especie de enemigo que le robaba la conciencia viva de la presencia de Dios.

—La muerte es más dulce que el sueño —decía— porque la muerte, al menos, es puerta que se abre a la Paz de Dios; el sueño, en cambio, sólo priva del gozo de contemplarle.

Sus vigiliass eran largas, sus oraciones silenciosas, y su cuerpo parecía no seguir ya las leyes comunes de la naturaleza. Se alimentaba poco, dormía aún menos, hablaba sólo lo necesario, y sin embargo, no era un hombre sombrío. Había en él una luz recóndita, una alegría serena y ardiente que no nacía de lo humano, sino de un amor absoluto que lo consumía por dentro.

Así era fray Pedro, pobre entre los pobres, santo entre los hombres, desconocido entre los sabios, pero íntimamente conocido de Dios. Un hombre que hacía del dolor un himno, del silencio una prédica, y de su vida entera, un altar.

Apenas hubo regresado fray Pedro de Alcántara de su encuentro en Yuste con el Emperador Carlos V, buscó de nuevo el amparo del silencio y la pobreza en su querido conventito de El Palancar, aquel nido de austeridad que él mismo había fundado con sus propias manos, en medio del verdor serrano de la Vera. Pero la fama de su santidad, lejos de apagarse en la soledad, crecía como llama en campo seco, y llegaba con fuerza a los oídos de los grandes señores del reino.

No tardaron en mandar por él los condes de Osorno y duques de Galisteo, don García Fernández Manrique y su esposa, doña Teresa Enríquez. Había caído gravemente enfermo uno de sus hijos, y la ciencia de los médicos se

mostraba impotente. Sin embargo, los nobles estaban al tanto de los milagros atribuidos a aquel fraile descalzo, que caminaba por los campos con el rostro encendido por la oración y el cuerpo macilento de ayunos.

Le rogaron, con la humildad que sólo despierta la desesperación de un padre, que acudiera a Galisteo. Fray Pedro, siempre reacio a mostrarse, accedió por caridad y no por vanagloria. Fue, oró, impuso las manos sobre el enfermo, y el muchacho sanó. La familia entera vivió agradecida desde entonces, no solo por el milagro en sí, sino por la huella invisible que aquel santo dejó en su casa. Aquella curación fue, para ellos, un don que nunca olvidarían.

En la cercana villa de Torrejón el Rubio, los señores del lugar, don García López de Carvajal y doña Catalina Manrique —hermana del conde de Osorno—, ya eran fervientes protectores y admiradores del humilde fraile. En su linaje habían recibido no pocas mercedes espirituales de fray Pedro, quien, con su sola presencia, transformaba los hogares en capillas y los corazones en sagrarios.

Fray Pedro casó a sus hijos —don Francisco de Carvajal y doña Francisca de Mendoza— en la ciudad episcopal de Plasencia, unión que marcó no solo una alianza noble, sino también una vinculación profunda con aquel fraile que parecía pertenecer más al cielo que a la tierra. La joven pareja, que más tarde ostentaría el título de condes de Torrejón, vivió siempre con devoción y gratitud hacia él, guardando memoria viva de sus visitas, consejos y oraciones.

Así, la figura de fray Pedro cruzaba sin proponérsele los umbrales de los palacios y las casas nobles, no como cortesano ni como predicador elocuente, sino como testigo del Evangelio puro. Donde ponía los pies,

quedaba una estela de humildad, y donde hablaba, nacía un eco de eternidad. Las casas que visitaba no eran ya las mismas después de recibirlo. Y sin buscarlo, se convirtió en faro para los poderosos, bálsamo para los enfermos, y guía silencioso para aquellos que, entre el ruido del mundo, anhelaban encontrar a Dios.

Entre las muchas familias nobles que conocieron y estimaron la santidad de fray Pedro de Alcántara, ninguna llegó a entablar con él un vínculo tan íntimo y duradero como la casa de los condes de Oropesa y Deleitosa. Fue con don Fernando Álvarez de Toledo y su esposa, doña Beatriz de Monroy, con quienes el santo penitente cultivó una relación que trascendía lo humano, tejida no solo por la estima espiritual, sino también por los lazos concretos de la vida y el destino.

Fray Pedro había intervenido con discreción y eficacia en los desposorios de sus hijos y en la unión de los dos condados, aportando consejo, bendición y serenidad donde la política y los intereses podían haber sembrado duda o discordia. Fue testigo de bodas y unión de linajes, pero también confidente y amigo fiel de toda la familia. Las tres hijas de los condes —criadas en el temor de Dios y en la virtud— veían en él algo más que a un fraile: lo reconocían como una presencia santa, capaz de tocar las almas sin necesidad de palabras altisonantes.

En los varones de la casa —don Francisco y don Juan— también dejó huella. Fue Juan quien, tras la muerte de su hermano, heredó el mayorazgo, llevando consigo el recuerdo indeleble del fraile que los había acompañado en la formación de sus conciencias. La huella de fray Pedro no estaba en testamentos ni en escudos, sino en la vida interior de quienes lo habían tratado de cerca.

Corría el año de 1562 cuando fray Pedro, ya quebrantado por la enfermedad y sintiendo cercana la hora de su partida, aceptó permanecer durante varios meses en el palacio de Oropesa. Allí, entre muros señoriales, pero con su espíritu puesto en el cielo, vivió sus últimos días de recogimiento. No buscaba comodidad, sino simplemente cumplir la voluntad de Dios allí donde lo había llevado la Providencia.

Los condes le ofrecieron su casa no solo como hospitalidad, sino como un acto de gratitud por todo lo que había dado sin pedir jamás. En aquella residencia noble, el santo preparó su alma con la misma serenidad con la que había vivido: en oración constante, en penitencia silenciosa, en abandono total a la voluntad divina.

Su muerte se adivinaba próxima, pero no le inspiraba temor. Para él, era tan sólo el paso definitivo hacia la presencia del Amado. Y quienes lo rodeaban —la familia entera, servidores, amigos, incluso el pueblo— sabían que no estaban ante un hombre cualquiera, sino ante uno de esos pocos que caminan por la tierra con los ojos fijos en el cielo.

Aunque su morada habitual era el conventito de El Palancar —más un refugio de alma que una residencia— y aunque su vida transcurría en la aspereza de los caminos, bajo el cielo abierto y con los pies descalzos, fray Pedro de Alcántara no fue ajeno al trato de los grandes señores del reino. No lo buscó, pero los nobles de su tiempo, sensibles aún al peso del espíritu y al misterio de lo sagrado, fueron quienes se acercaron a él. Así, sin haber jamás querido corte ni boato, fray Pedro fue recibido en palacios como un embajador del cielo, una figura extraña que, lejos de deslumbrar por su aspecto, conmovía por su presencia.

En la villa señorial de Plasencia, fray Pedro conoció y trabó sincero afecto con los marqueses de Mirabel, don Fadrique de Zúñiga y Sotomayor, y su esposa, doña Ana de Castro. La noble pareja, herederos de linaje ilustre y de vastas propiedades en Extremadura, quedó profundamente tocada por la figura del fraile, cuya palabra sencilla y penetrante les hablaba de verdades eternas que ni las piedras de su palacio ni los escudos de su estirpe podían ocultar.

En las estancias del palacio de Mirabel —alto y señorial edificio que domina la ciudad desde su promontorio— fray Pedro fue recibido más como guía espiritual que como huésped. Allí no se hablaba de cacerías ni de alianzas, sino de alma, de oración, de penitencia, de Dios. Y fue allí donde, más de una vez, se le vio orar largamente en los jardines que se asomaban al Jerte, como si la creación misma se uniera a su meditación.

Otro nombre resonante entre sus relaciones fue el de don Luis de Ávila y Zúñiga, comendador mayor de la Orden de Alcántara, hombre de armas y letras, que había acompañado al emperador Carlos V en sus campañas, y quien escribió su historia con notable erudición. A pesar de ser tan distinto en carácter y ocupación, Luis de Ávila halló en fray Pedro algo que ni la corte imperial ni la gloria militar le habían ofrecido jamás: el testimonio viviente de una vida rendida por entero a Dios. Casado con doña María de Zúñiga, noble dama de grande piedad, ambos encontraron en el fraile un confidente espiritual, un faro que guiaba su casa en medio de las inquietudes del mundo.

Fray Pedro no predicaba con discursos elocuentes, sino con el peso de su silencio y la luz de su mirada. En el trato cercano, era sencillo, accesible, casi ingenuo.

Pero cuando hablaba del Señor, las palabras adquirían una hondura que quebraba hasta los corazones más endurecidos.

No solo los grandes títulos adornaban la lista de quienes lo estimaron. En tierras más humildes, pero no menos fervorosas, fray Pedro mantuvo estrecho contacto con otras familias de notable piedad. Tal fue el caso de los señores de Grimaldo, don Luis de Trejo y su esposa, doña Elvira de Carvajal. En esta villa de tradición hidalga, enclavada en las estribaciones del norte extremeño, el fraile encontró no solo hospitalidad, sino un hogar de almas rectas, donde el Evangelio era ya ley viva antes de que él lo predicase.

Don Luis, hombre de juicio sereno, se dejaba instruir por la sabiduría mística del fraile, mientras doña Elvira, mujer de gran delicadeza espiritual, hallaba en las visitas de fray Pedro una gracia que transformaba su casa en lugar sagrado. En más de una ocasión, él les bendijo la mesa, rezó en sus oratorios y confortó con su presencia los momentos difíciles del linaje.

También se contaban entre sus allegados los señores de Carmonilla, don Pedro Calderón y doña Catalina de Chaves, cuya hacienda, en tierras cercanas a Trujillo, era conocida por su generosidad con los pobres y su fidelidad a la fe. Fray Pedro solía detenerse allí cuando el camino lo llevaba por aquellas comarcas. No buscaba descanso, pero los dueños insistían en ofrecerle abrigo, comida, y sobre todo, el respeto profundo que se profesa a los que viven como los santos de los antiguos días.

En la casa de Carmonilla, como en otras muchas, fray Pedro no hablaba mucho, pero su sola presencia serenaba a todos. Se le veía orar por horas enteras en la capilla familiar, de rodillas sobre el suelo, con el rostro

vuelto hacia lo alto, como si ya no perteneciera del todo a este mundo. Los niños se acercaban sin miedo, y los mayores se sentaban a su lado como si escucharan a un profeta antiguo.

Así fue la vida de fray Pedro, cruzando umbrales, entrando en casas de ricos y pobres, sin pedir nada, sin imponer nada. Los grandes lo buscaban, no por conveniencia, sino por necesidad de alma. Sabían que en él no hallarían ambición, sino luz. Y él, que amaba la soledad, aceptaba esas visitas como parte de su obediencia al llamado de Dios.

Jamás hizo distinción entre nobles y mendigos, y si trataba con condes, marqueses o comendadores, era porque estos mismos se acercaban a él como quien busca agua en el desierto. Él, como un canal de gracia, les ofrecía lo que ni el oro ni los blasones podían comprar: la verdad, la paz, la presencia del Altísimo.

Y así, sin haber querido jamás renombre ni posición, fray Pedro de Alcántara quedó grabado en la memoria de Extremadura no solo como un reformador de la vida religiosa, sino como un peregrino de Dios que, descalzo y silencioso, caminó también entre palacios, dejando tras de sí una estela de conversión, humildad y fe.

Fray Pedro de Alcántara fue, sin lugar a dudas, un fraile ponderable entre los suyos y entre los grandes. No por su prestancia, ni por ornato alguno, sino por la extraordinaria coherencia entre lo que predicaba y lo que vivía. Entre la nobleza, su nombre era pronunciado con respeto, y entre el pueblo llano, con amor casi filial. Tenía ese raro don de no pertenecer del todo a ningún sitio, y al mismo tiempo, de ser de todos: del mendigo que lo esperaba a la puerta del convento, del niño que aprendía a leer bajo su mirada, del noble que le confiaba los secretos del alma.

El ambiente que rodeaba a fray Pedro era de santidad palpable. Donde él pasaba, el aire parecía más limpio, y el ruido del mundo se callaba, como si hasta la naturaleza comprendiera que ante él caminaba un hombre tocado por Dios. Su vida entera era una lección silenciosa de perfección evangélica: caridad activa, doctrina sencilla y encendida, entrega absoluta.

Se ocupaba de los más pobres con ternura y firmeza. Los mendigos que merodeaban por los contornos de El Palancar sabían que en fray Pedro encontrarían pan para el cuerpo y alimento para el alma. A ninguno rechazaba; a todos ofrecía una palabra, una bendición, un gesto de consuelo. Su escudilla siempre tenía un poco más, y su corazón, nunca estaba lleno.

Pero fray Pedro también pensaba en el futuro, en la raíz de las almas, en los niños. En el pequeño poblado de El Pedroso de la Vera, cercano al convento, los muchachos acudían al Palancar no sólo por la curiosidad de ver al fraile santo, sino porque encontraban en él al maestro verdadero. Aquella humilde comunidad religiosa hacía las veces de escuela elemental, y fray Pedro, con su paciencia infinita, enseñaba a leer a los niños mientras les hablaba del amor de Dios. No pretendía formar sabios, sino almas buenas, dispuestas a servir al prójimo y a vivir con rectitud. El abecedario del alma, como él lo llamaba, comenzaba por la “a” de Amor y terminaba en la “z” de zapatos del prójimo antes que los tuyos.

Entre todos los recuerdos que dejó en las tierras de La Vera, uno en particular perdura aún hoy, como leyenda viva: el de la higuera santa de El Palancar.

Corría el año de 1559. Fray Pedro regresaba de Roma, tras haber recibido la ansiada autorización pontificia para llevar a cabo la reforma franciscana. Fue nombra-

do comisario general de los Conventuales reformados. No lo hacía con alarde ni escolta, sino con su bastón, su misal, y su espíritu aún más resuelto que antes. Al volver a su amada morada de El Palancar, sintiendo ya que su cuerpo empezaba a doblarse con los años y la fatiga, se retiró definitivamente a su convento. Allí, en un rincón del huerto, con sus propias manos plantó una higuera.

No fue una higuera cualquiera. La había cuidado desde una pequeña rama seca recogida en uno de sus trayectos. Esa higuera, decía, le había servido de bastón durante su última peregrinación.

—Dios da fruto donde otros ven madera muerta, murmuró cuando la enterró en la tierra antes de marcharse a Roma.

Los vecinos colindantes —gentes de labranza, pastores y jornaleros— la vieron crecer año tras año, reverdecer contra todo pronóstico, y dar un fruto extraño: dulcísimo, abundante, que nunca faltaba. Pronto la higuera fue tenida por milagrosa. Aquellos que comían de sus higos con fe aseguraban recibir consuelo, salud, incluso alivio de sus penas. Aun en años de sequía, la higuera de El Palancar florecía.

Fue la santa higuera, símbolo viviente de fray Pedro, seca por fuera, llena de vida por dentro; humilde en apariencia, pero portadora de milagros. Así como su bastón, al ser plantado, se transformó en vida, también su legado, sencillo y escondido, echó raíces profundas que seguirían dando fruto siglos después, incluso en tierras lejanas.

En las noches de verano, los ancianos del Pedroso todavía cuentan a los más pequeños la historia del fraile que hablaba con los árboles y caminaba descalzo sobre espinas. Les enseñan que bajo aquella higuera santa,

fray Pedro solía rezar. Y que aún hoy, si uno se acerca en silencio, puede escuchar el murmullo de sus oraciones entre las hojas.

Porque hay vidas que no mueren, sino que florecen. Y fray Pedro de Alcántara fue una de ellas.

Ese mismo año, fray Pedro de Alcántara, hombre de austera santidad y de paso leve como el viento de la sierra, puso su empeño en fundar dos conventos que llevarían el sello de su espíritu. El primero, San Juan Bautista de la Viciosa, se levantaría en lo más escondido de la sierra de Miravete, a una legua del pequeño pueblo de Deleitosa.

Aquel paraje era de una hermosura tan sobrecogedora que, según los pastores, al amanecer parecía que el cielo descendía hasta besar la tierra. Robles centenarios entrelazaban sus ramas formando un dosel natural, y entre ellos brotaban fuentes de agua clara que, al correr, parecían cantar alabanzas al Creador. No era extraño, pues, que el valle hubiese recibido en tiempos el nombre de El Vicioso, por la fuerza exuberante de su vegetación. Mas los lugareños, en su socarronería, lo habían dulcificado con el apelativo de La Viciosa, como si la tierra misma, fecunda y pródiga, fuera dama caprichosa a la que todos rendían homenaje.

Los terrenos pertenecían a don Juan García Álvarez de Toledo, conde de Oropesa, poderoso señor cuyas tierras se extendían desde las campiñas del Belvís hasta los montes de Deleitosa. Era hombre de carácter firme, acostumbrado a las armas y al gobierno, mas también sensible al fervor religioso que comenzaba a prender en aquellas sierras. Había heredado aquellas propiedades por el entrelazamiento de las casas de Oropesa, Belvís y Deleitosa, uniendo en su persona linajes de hondas raíces castellanas.

—Tomad lo que necesitéis, fray Pedro —dijo el conde, la tarde en que ambos cabalgaron hasta el valle—. Si es para mayor gloria de Dios, mis dominios serán vuestros.

Y así, aprovechando las casas de caza que los condes tenían en el lugar, comenzaron las obras. Lo que antes fueron estancias donde resonaban los ladridos de los perros y el cuerno de los monteros, se convirtió en celdas humildes; la gran sala del banquete, donde antaño brillaban copas de plata, pasó a ser capilla donde, a la luz de una lámpara de aceite, los frailes entonaban maitines. En torno al convento se abrieron huertos y eras, y el valle, ya de por sí fértil, se volvió jardín del espíritu.

El segundo convento, el del Rosario, se fundó a cuatro leguas de Oropesa, en otro paraje apartado donde la soledad invitaba a la oración. Era menos agreste que La Viciosa, con colinas suaves cubiertas de olivos y campos de cereal que se mecían al viento. Fray Pedro, incansable, iba de uno a otro, animando a los hermanos, confortando a los enfermos, enseñando a los labradores a unir el trabajo de la tierra con el del alma.

Con el tiempo, San Juan Bautista de la Viciosa se volvió lugar de retiro para quienes huían del bullicio del mundo. Allí, bajo el rumor del bosque y el eco lejano de las campanas de Deleitosa, se forjaron vidas entregadas a la contemplación, y más de un peregrino, tras descansar en su hospedería, aseguraba haber hallado allí la paz que buscaba desde hacía años.

Dicen que, al morir fray Pedro, el valle entero se cubrió de un silencio reverente, como si hasta los pájaros guardaran luto por el hombre que supo convertir una tierra salvaje en morada de Dios.

Un año después, en el mes de agosto. El calor castellano caía con fuerza sobre los tejados de Ávila, esa ciudad

de piedra y mística, que parecía construida no solo para resistir al mundo, sino para elevarse por encima de él. Fue en aquellos días cuando fray Pedro de Alcántara, ya debilitado por las penitencias y los años, llegó a la ciudad amurallada. No venía como peregrino, sino con un encargo de la Providencia: tratar algunos asuntos relacionados con fundaciones de la reforma franciscana que él impulsaba con humilde pero firme determinación.

En Ávila, el fraile se alojó con su conocida y gran colaboradora, Guiomar de Ulloa, noble señora de piedad profunda, alma inquieta por las cosas de Dios y protectora de espíritus reformadores. Guiomar, mujer culta y decidida, había oído hablar largo tiempo de una monja carmelita del convento de la Encarnación: una religiosa ferviente, de salud delicada pero mirada penetrante, que hablaba del amor de Dios con una pasión que pocos se atrevían a sostener sin temblar.

Fue en su misma casa, entre las paredes sobrias de su oratorio privado, donde se produjo uno de los encuentros más significativos en la historia de la espiritualidad española: fray Pedro de Alcántara conoció a Teresa de Jesús. Aquel momento, sencillo en apariencia, fue todo menos común. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Frente a frente estaban dos almas hechas para arder: el profeta de la austeridad, encorvado por el ayuno, con la voz baja y los ojos encendidos, y la monja mística, que soñaba con fundar conventos como castillos para el Rey del cielo.

Fray Pedro, acostumbrado a ver la verdad más allá de las apariencias, supo al instante que aquella mujer era enviada por Dios. No necesitó largas conversaciones: bastaron pocas palabras para reconocer la obra divina que se gestaba en el corazón de Teresa.

Teresa, por su parte, halló en aquel fray menudo y desgastado una presencia que le confirmó todas las intuiciones que su alma venía recibiendo: que su anhelo de reforma no era locura ni vanidad, sino impulso auténtico del Espíritu Santo. Hasta entonces, había sufrido no pocos rechazos y dudas. La consideraban excesiva, incluso peligrosa. Pero fray Pedro —que conocía de sobra el sabor de la incomprensión— no sólo la entendió, sino que le dio el impulso que tanto necesitaba.

—No temáis, hija mía —le dijo—; es el mismo Señor quien os llama. Fundad, y no dejéis de fundar. Él abrirá el camino, aunque ahora lo veáis cerrado.

Aquel consejo, tan breve, fue para Teresa como una campana que resuena en lo más hondo. Desde entonces, tuvo en fray Pedro un consejero y amigo espiritual. Él le escribió, la alentó, y hasta le ofreció, si llegaba el caso, buscar licencia pontificia en su favor. Le dio no sólo palabras, sino ejemplo, mostrándole que la santidad no era cosa de éxtasis sino de cruz, pobreza y obediencia radical.

Guiomar de Ulloa, testigo de aquel encuentro, comprendió también que algo grande acababa de suceder. Como un eslabón entre dos llamas, su casa se volvió espacio sagrado donde dos reformas —la franciscana y la carmelitana— se tocaron, como brasas que encienden un mismo fuego.

Después de Ávila, fray Pedro y Teresa no se verían muchas veces, pero el vínculo entre ambos quedó sellado para siempre. Años más tarde, Teresa escribiría sobre él con profunda veneración, diciendo que había sido “uno de los mayores santos que ha tenido el mundo después de los Apóstoles” y que su vida era “un prodigio de austeridad y oración”.

Y así, en medio del calor de aquel agosto de 1560, en una estancia silenciosa de la casa de doña Guiomar, el cielo tocó la tierra con delicadeza. No hubo testigos ilustres, ni documentos oficiales. Solo dos almas que se reconocieron en Dios y sellaron con su amistad uno de los capítulos más luminosos del siglo místico español.

Allí en Ávila, donde las viejas piedras guardaban aún ecos de conquistas y oraciones, aconteció un prodigio que muchos moradores atestiguaron.

Fray Pedro había acudido, por ruego insistente de Juan Blázquez, señor de Lorian, a las bodas de un pariente muy cercano. El noble, piadoso y generoso, lo tenía en alta estima y no quiso que faltara a la ceremonia aquel fraile cuya sola presencia parecía atraer bendiciones. Fray Pedro, humilde como era, intentó excusarse, pero los favores recibidos del señor Blázquez le obligaron al fin a acceder.

La boda se celebró con la solemnidad debida. Entre tapices y cirios, el fraile, después de dar su bendición a los esposos, fue llevado a la casa donde aguardaba un banquete espléndido. Acompañábanle caballeros y damas, lo más ilustre de la nobleza abulense. Risas, música y voces se entrelazaban en los salones, mas el corazón de fray Pedro no conocía reposo fuera de Dios.

Sentado entre nobles y cortesanos, su espíritu se escapó pronto hacia lo alto. Meditaba en aquellas palabras del Evangelio: la parábola de las bodas eternas, en que el Padre celestial convoca a las almas a desposarse con su Divina Majestad. Mientras todos festejaban, él escuchaba otra música, silenciosa y ardiente, que sólo su interior reconocía.

Sin pensar en la pompa ni en el bullicio, se levantó suavemente y se retiró a una estancia apartada. Nadie

lo siguió al principio, creyéndole necesitado de recogimiento. Mas poco después, intrigados, algunos curiosos se asomaron... y quedaron sobrecogidos.

Fray Pedro estaba allí, suspendido en el aire, inmóvil, con el rostro encendido de una luz serena, los brazos abiertos como quien abraza al cielo. No parecía hombre sino visión, arrebatado en éxtasis, tan ajeno al mundo que ni la música ni las voces lograban turbarlo.

Uno a uno, los invitados fueron acercándose, hasta que la sala se llenó de murmullos ahogados y lágrimas silenciosas. Nadie osaba hablar en voz alta; todos sentían que eran testigos de algo demasiado sagrado para profanarlo con palabras.

Así permaneció, enajenado de los sentidos, el cuerpo leve, suspendido en aquel misterio. Y la fiesta, que hasta entonces era de boda, se convirtió sin proponérselo en un banquete de devoción, pues quienes lo contemplaron salieron conmovidos, llevando consigo la certeza de que habían presenciado un milagro.

Los salones de la casa resonaban aún con música y risas cuando alguien, entre los criados, murmuró con cierta inquietud:

—El padre fray Pedro se ha retirado... lo vi entrar en aquella estancia solitaria.

Algunos caballeros, movidos por la curiosidad, se acercaron a la puerta entreabierta. Bastó un vistazo para que retrocedieran sobrecogidos, con el rostro pálido.

—¡Por Cristo bendito! —exclamó uno de ellos, llevándose la mano al pecho—. ¡El fraile no toca el suelo!

Las damas acudieron presurosas, cubriéndose los labios con las manos al contemplar la escena. Fray Pedro flotaba en medio de la habitación, con el semblante arrebatado de dulzura, los brazos extendidos y los ojos cerrados en un silencio que no era humano.

El señor Juan Blázquez, conmovido hasta las lágrimas, murmuró:

—Lo traje para bendecir estas bodas... y el cielo quiso mostrarnos su gloria.

Una dama joven, apenas desposada días antes, susurró temblando:

—¿Será esto señal para los esposos? ¿Será que Dios mismo ha aceptado estas nupcias?

Un caballero veterano, endurecido por años de campaña, se arrodilló de golpe sobre el suelo de piedra, con voz quebrada:

—He visto reyes coronarse, ejércitos entrar en ciudades conquistadas... pero jamás vi nada como esto. Aquí no estamos ante un hombre, sino ante un testigo de Dios.

El conde de Uceda, pariente del desposado, no pudo contener las lágrimas. Alzando la voz apenas, dijo:

—Callad, todos. No turbemos su silencio con palabras terrenas. ¡Mirad esas manos! ¡Mirad su rostro! Es como si el cielo hubiera descendido a esta sala.

Y así permanecieron, nobles y damas, en un recogimiento que nadie hubiera esperado en un banquete de bodas. Algunos lloraban, otros rezaban en voz baja, y hasta los músicos, que habían intentado seguir tocando, callaron al sentir que nada debía interrumpir aquel prodigio.

Cuando, al cabo de un tiempo que nadie supo medir, fray Pedro descendió suavemente y su cuerpo volvió a tocar el suelo, los presentes contuvieron el aliento. El fraile abrió los ojos, miró en torno con sencillez y, como si nada hubiera sucedido, juntó las manos y se inclinó en silencio.

El señor Blázquez fue el único que se atrevió a hablar:

—Padre... hoy esta casa se ha convertido en templo.

Fray Pedro, humilde, solo respondió con una leve sonrisa y bajó los ojos, como si deseara que lo olvidaran. Pero ninguno de los presentes pudo ya olvidarlo jamás.

El invierno se había retirado con lentitud de las sierras de Cáceres. El aire todavía guardaba ese temblor de hielo que mordía al amanecer, pero en el valle el sol comenzaba a dorar los encinares. En el pequeño convento de El Palancar, edificado más con oración que con piedra, se reunieron los frailes en Capítulo. Aquella jornada, sencilla en apariencia, estaba destinada a marcar un hito en la historia de la Reforma franciscana.

En el reducido claustro resonaba el murmullo de los hermanos, vestidos con sus pobres hábitos, mientras fray Pedro de Alcántara —delgado hasta la fragilidad, con el rostro surcado por la penitencia y la contemplación— presidía los trabajos. Su voz, aunque suave, tenía la firmeza de quien habla desde la verdad de la vida vivida. Allí, entre paredes desnudas y celdas más semejantes a ermitas que a aposentos, fue proclamada la erección de la Provincia de San José.

La noticia se recibió con recogido fervor. La nueva Provincia nacía en el espíritu de la pobreza absoluta y el retorno al Evangelio sin concesiones. Como primer fruto, los hermanos aceptaban el pequeño convento erigido en la ermita de San Andrés del Monte, junto a la villa abulense de Arenas, un lugar modesto, escondido entre peñas, donde los frailes podrían entregarse a la oración y al trabajo silencioso.

Esa misma primavera, fray Pedro tomó la pluma. Con mano temblorosa por la austeridad de su vida, pero con pensamiento claro, comenzó a escribir cartas que habrían de convertirse en testimonio de su alianza espiritual con Teresa de Jesús. A ella le aconsejaba sobre

el gobierno de los conventos, siempre recordándole que la autoridad debía ejercerse con humildad y prudencia, sin apartarse jamás del ideal de pobreza. En sus palabras, insistía en la necesidad de fundar conventos sin renta, sostenidos únicamente por la confianza en la providencia divina, pues la riqueza —aunque mínima— podía ser semilla de tibieza.

No sólo a Teresa dirigió su voz. Al obispo de Ávila escribió también, con el respeto debido pero con la audacia que concede la fe, suplicándole amparo y protección para las fundaciones teresianas, que ya despertaban murmullos de resistencia en algunos sectores eclesiásticos. En aquellas misivas, fray Pedro pintaba la grandeza de la empresa de Teresa: una red de conventos donde las monjas, libres de intereses mundanos, vivieran en radical entrega al Señor.

Así, entre las paredes estrechas de El Palancar, nació algo más que una Provincia, germinó una alianza espiritual entre dos gigantes de la Reforma, Pedro y Teresa, cada cual desde su pobreza y su fortaleza, soñando con un cristianismo más puro, sostenido por la oración y la austeridad.

En los días siguientes, mientras los frailes cultivaban la huerta o rezaban maitines en la penumbra, se sabía que un nuevo tiempo se abría. Y aunque el mundo exterior apenas se enterara de aquella decisión en un convento diminuto, el eco de aquel Capítulo de 1561 resonaría, con el paso de los años, en la historia de la espiritualidad de España.

Tras la recepción en enero de 1561 del convento de la Magdalena de Oropesa, fray Pedro de Alcántara parecía multiplicar sus fuerzas. Apenas concluida aquella fundación, acudió al Capítulo celebrado en El

Palancar, donde su voz, austera pero encendida, resonó una vez más a favor de la pobreza radical y de la vida retirada. No era un hombre de discursos largos, pero cada palabra suya nacía de la experiencia y se imprimía con fuerza en los corazones de los frailes.

Después de aquel Capítulo, se vio ocupado en las visitas a los conventos de la custodia de Galicia. Los caminos eran arduos, las sendas largas y enlodadas por las lluvias del norte, pero fray Pedro, siempre peregrino, avanzaba ligero, como si su cuerpo castigado apenas contara. En cada convento animaba a los hermanos a perseverar en la observancia estricta, recordándoles que la fidelidad no se medía por las comodidades, sino por la cruz compartida.

De regreso, atendió la construcción de un nuevo convento, fruto de la generosidad de doña Guiomar de Ulloa, mujer noble y de espíritu cercano a la Reforma teresiana. A su lado, fray Pedro se mostró diligente y agradecido, poniendo su empeño en que las paredes levantadas fuesen reflejo de la humildad evangélica.

Fue entonces cuando la enfermedad, que ya le aquejaba desde años atrás, se recrudeció. El cuerpo, consumido por ayunos y penitencias, se rendía lentamente. En medio de ese quebranto, los condes de Oropesa lo acogieron en su palacio. Allí, en aquellas estancias señoriales, tan distintas de las celdas estrechas que siempre había habitado, fray Pedro se convirtió en huésped discreto, soportando con paciencia los dolores que lo consumían.

En marzo de 1562, tomando la pluma con mano temblorosa, escribió a doña Luisa de la Cerda. La carta, impregnada de humildad, relataba su penoso estado de salud, más como una confidencia espiritual que como una queja. Le hablaba de sus dolores con serenidad,

convencido de que cada sufrimiento era participación en la Pasión del Señor.

Pese a su debilidad, no abandonó el cumplimiento de sus deberes. Apenas restablecido un poco, partió para presidir el Capítulo de la Bobadilla, celebrado el 12 de abril de 1561. Allí, de nuevo entre frailes, su figura se erguía como ejemplo viviente de fidelidad y entrega. Su voz, aunque quebrada por la enfermedad, conservaba la claridad de siempre, y sus consejos, escuchados con reverencia, quedaron grabados como enseñanza última para muchos.

Así, entre capítulos, fundaciones y cartas, entre la enfermedad que lo minaba y el espíritu que lo sostenía, se dibujaban ya los últimos pasos de un hombre que caminaba con el tiempo contado, pero con la certeza de estar cumpliendo su misión.

En el año del Señor de 1562, fray Pedro de Alcántara, aunque quebrantado en cuerpo, seguía caminando con paso menudo y firmeza sorprendente. Su vida había sido siempre un peregrinar, y aquel último tramo no sería distinto. Con el bastón de caminante y el hábito áspero, recorría los caminos pedregosos que unían Candeleda, El Hoyo, Arenas y la jurisdicción de Mombeltrán, tierras serranas donde el aire traía consigo olor a pino, a castaño y a la nieve aún persistente en las cumbres de Gredos.

En cada villa dejaba el eco de su austeridad. Los vecinos lo miraban con una mezcla de veneración y asombro: tan frágil, tan delgado, y sin embargo, tan entero en espíritu. En Candeleda lo recordaban por sus consejos sencillos, palabras que parecían nacer más de la contemplación que de la retórica. En El Hoyo, su figura quedaba grabada entre los olivares, donde hablaba a los

campesinos de la necesidad de vivir en paz y humildad. Y en Mombeltrán, los frailes jóvenes lo acompañaban un trecho, deseosos de aprender de aquel hombre que parecía ya más espíritu que carne.

No eran viajes cómodos. Los caminos se volvían fango con las lluvias, los riachuelos descendían impetuosos, y el frío de la sierra calaba hasta los huesos. Pero fray Pedro no se quejaba. Para él, cada paso era oración, cada fatiga un tributo ofrecido al Señor. Sus peregrinaciones eran, en verdad, un modo de sembrar memoria alcantarina: cada lugar tocado por sus pies quedaba marcado por el ejemplo de su pobreza y su constancia.

En El Herradón, humilde aldea abulense de campos pardos y encinas dispersas, la vida transcurría con la serenidad de los lugares apartados. Aquel día, los niños, ajenos a las fatigas del campo que ocupaban a sus mayores, jugaban en la plaza, correteando alrededor del pozo comunal. Entre risas y gritos, uno de ellos, un chiquillo de cabellos revueltos, resbaló en un descuido y cayó al interior del brocal.

El silencio posterior fue abrupto, roto casi al instante por un alarido agudo: ¡Se ha caído al pozo!

La noticia se extendió como llama en rastrojo seco. Las mujeres salieron de sus casas con delantales aún húmedos de faena, los hombres dejaron azadas y yugos, y en pocos momentos, un corro de rostros angustiados rodeaba la boca negra del pozo.

Entre la confusión, alguien exclamó:

—¡Fray Pedro está en el pueblo, predicando en la ermita!

Y como si ese nombre encendiera esperanza, varios corrieron en su busca.

El fraile llegó sin demora. Alto, enjuto, con el hábito polvoriento del camino, avanzó hasta el brocal entre un murmullo expectante. No preguntó. No dudó. Desató de su cintura el cordón tosco que ceñía su hábito y, tras un instante de oración apenas audible, comenzó a introducirlo en el pozo.

Entonces, su voz, clara y firme como campana en la calma del campo, resonó:

—¡Agárrate a esa cuerda y sal!

Los presentes se miraron entre sí, conteniendo el aliento. Unos juraron haber visto el cordón alargarse más allá de lo posible, descendiendo hondo, muy hondo. Al poco, un chapoteo, un jadeo, y luego unas pequeñas manos asomaron, aferradas al cordón. Tiraron todos, y el niño emergió empapado, tembloroso pero vivo.

Un murmullo de asombro recorrió la multitud; algunas mujeres cayeron de rodillas, los hombres se descubrieron la cabeza. Fray Pedro, sin buscar reconocimiento, recogió su cordón, lo ciñó de nuevo a su cintura y, con la serenidad del que nada extraordinario ha hecho, se despidió:

—Demos gracias a Dios.

Y sin más, continuó su camino, dejando tras de sí un pueblo con el corazón henchido de fe y gratitud.

En el mes de agosto de 1562 permaneció en Ávila, ocupado de allanar todas las dificultades que se ofrecían a Teresa de Jesús para la fundación del primer convento de la Reforma Camelitana. Ya agotado de andanzas, quiso fijar por fin su residencia en Arenas de San Pedro, no sin antes, descansar en el convento de La Viciosa, situado a pocas leguas de Plasencia.

La noche había caído sobre el convento de La Viciosa. Un silencio absoluto reinaba en el valle, interrumpido apenas por el murmullo del viento entre los pinos.

Detrás de la ermita, levantada años atrás por fray Pedro de Alcántara y dedicada a Nuestra Señora de Belén, se erguía un pino singular. Era alto, recto, y los frailes aseguraban que había brotado del báculo del propio fray Pedro.

Dentro de la ermita, el anciano fraile, enfermo y debilitado, permanecía arrodillado ante el altar. Su respiración era fatigosa, pero sus labios no dejaban de moverse.

—Señor... —susurró—. Dame fuerzas para concluir mis rezos... No quiero omitir ni una palabra del Oficio Divino.

El frío de la medianoche le calaba los huesos, y la oscuridad lo envolvía todo. Apenas distinguía el Breviario abierto frente a él.

Fray Pedro intentó acercar más el libro a sus ojos cansados, pero la penumbra lo hacía imposible. Cerró un momento los párpados, buscando en la memoria los salmos que tantas veces había repetido.

De pronto, un leve resplandor se filtró por la puerta entreabierta de la ermita. El fraile alzó la vista.

—¿Qué es esta luz? —murmuró, con el corazón acelerado.

El resplandor creció, llenando el pequeño recinto con un brillo suave y cálido. Afuera, sobre el pino milagroso, una luz celestial descendía, y con ella, el sonido de cánticos tan dulces que parecían venir del cielo mismo.

Fray Pedro, tembloroso, se levantó apoyándose en su báculo.

—¿Quién... quién anda ahí?

La respuesta no fue una voz humana, sino un coro armonioso. La puerta de la ermita se abrió por sí sola

y una procesión de ángeles entró, portando antorchas que no ardían, sino que brillaban con pureza inmaculada. Sus rostros eran serenos, y sus túnicas, de blancura resplandeciente.

Fray Pedro cayó de rodillas, incapaz de articular palabra.

—No temas —dijo entonces una voz suave, melodiosa, que parecía envolverlo todo.

Alzó la mirada y la vio: una Dama de belleza indescriptible, vestida de luz, con un manto azul profundo que parecía bordado con estrellas. Sobre su cabeza, una corona de resplandores.

—¿Quién sois, Señora? —preguntó el fraile, con lágrimas en los ojos.

—Soy María, Reina de los Ángeles —respondió ella, acercándose con una sonrisa dulce—. He venido a traerte luz, fray Pedro.

El fraile inclinó la cabeza, tembloroso.

—¡Oh, Madre Santísima! Yo... yo no soy digno...

—Sí lo eres —replicó la Virgen, posando su mano luminosa sobre su hombro—. Esta noche deseo acompañarte en tus Maitines. No rezarás solo.

Las antorchas de los ángeles iluminaron el Breviario. Las letras, antes invisibles, resplandecían ahora como si estuvieran escritas en oro.

Fray Pedro, con el corazón rebosante de gozo, comenzó a entonar los salmos:

—*Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam...*

Los ángeles respondieron con voces celestiales, y la Virgen, erguida junto al pino prodigioso, presidía la ceremonia con infinita ternura.

Aquella noche, la ermita de La Viciosa se convirtió en un pedazo de cielo en la tierra.

Cuando el conde de Oropesa supo del quebranto en la salud de su amigo fray Pedro, no dudó un instante: dejó a un lado negocios y deberes, y partió con premura hacia el convento. Allí, con la vehemencia de la amistad verdadera, rogó —y casi exigió— que se le permitiese trasladar al fraile a su palacio, donde recibiría cuidados más atentos y comodidades dignas de su estado.

El palacio de los condes, vasto y solemne, había dispuesto ya una estancia noble, adornada con atenciones propias de la grandeza y devoción de aquella casa. Pero al entrar fray Pedro, alzó los ojos, miró en silencio la magnificencia que le ofrecían, y con firme suavidad negó ocuparla. Su espíritu, templado en la pobreza franciscana, no podía reposar en blando lecho ni en salas engalanadas. Quiso, en cambio, que le preparasen en un rincón apartado una tarimilla humilde, apenas unas tablas con pobre colchoneta, y allí se tendió, como si aquella desnudez fuese la más digna morada para esperar la hora del encuentro con Dios.

Bajo los gruesos muros del palacio de Oropesa, donde la piedra guarda el eco de los siglos y el aire aún huele a incienso viejo, se abre una pequeña capilla escondida como un secreto. Es un recinto humilde, recogido, casi olvidado entre los corredores de nobleza y armas. Allí, en un rincón sombrío, descansa una cartela antigua, escrita con letras arcanas que parecen respirar el polvo del tiempo y que certifica la estancia de fray Pedro en el palacio. Quien lee esas palabras no solo contempla una inscripción, escucha, sin quererlo, el murmullo de un pasado que no se resigna a callar.

Se dice que allí reposó San Pedro de Alcántara, ya consumido por la austeridad de su vida, tan frágil como un ascua que arde en silencio. El cuarto, aún hoy, guarda un silencio denso, como si las paredes hubiesen absorbido sus últimas oraciones y las conservaran en secreto. El conde Don Juan, señor de aquellos dominios, fue testigo del tránsito del fraile hacia su destino final, y el palacio entero se impregnó de aquella despedida.

Quien entra hoy en la capilla no solo ve piedra y cartela: siente una respiración antigua, percibe la sombra de un hábito franciscano rozando el aire y escucha, quizá, el eco de un último suspiro que todavía flota en el silencio sagrado del cuarto.

Pasaron los días. Su cuerpo, debilitado, parecía consumirse con cada amanecer, pero su semblante conservaba la serenidad de quien se sabe sostenido por una esperanza más alta que la vida. Y cuando el 26 de septiembre percibió con claridad que la muerte se acercaba, pidió con insistencia ser llevado al convento de Arenas, para rendir allí su último aliento. Los condes, sobrecogidos por aquella súplica, trataron de disuadirlo: les dolía imaginar el penoso viaje que podría quebrantarle aún más, y movidos de sincera piedad, imploraron que desistiera.

Más fray Pedro, con la obstinación suave de los santos, no cedió. Su deseo era volver al claustro, a la sencillez del convento donde había aprendido a amar y servir. Y así fue, después de cuatro días de áspero camino, fatigoso para su cuerpo enfermo, llegó finalmente a Arenas. El convento, con sus muros sencillos, lo recibió como quien acoge a un hijo que regresa al hogar para entregar allí su último suspiro.

La villa, recogida en el valle, se convirtió en su último refugio. Allí, en la ermita de San Andrés del Monte, en-

contró el silencio necesario para prepararse al tránsito definitivo. Los montes lo acogieron como si fueran su claustro final, y las gentes del lugar comenzaron a mirarlo como a un santo vivo, un peregrino de Dios que, tras tantas sendas, había encontrado su morada última.

El otoño de 1562 había teñido de ocres los montes de Gredos. El aire de la sierra descendía fresco por los pinares, y en las madrugadas se adivinaba ya la mordida del invierno. En la pequeña ermita de San Andrés del Monte, junto a la villa de Arenas, fray Pedro de Alcántara aguardaba en silencio el tránsito definitivo.

Su cuerpo, consumido por años de ayuno y penitencia, apenas conservaba fuerza para sostenerse. Pero sus ojos, hondos y serenos, parecían mirar más allá de las paredes encaladas y de la estrechez de su celda. El murmullo de los hermanos que rezaban en torno a él no perturbaba su paz; antes bien, la acompañaba como un cántico lejano.

—No lloréis por mí —susurró, con voz casi apagada— Alegraos, que voy al encuentro de mi Señor.

El domingo 12 de octubre de 1562 antes de que el alba rasgara las nubes, el espíritu de fray Pedro se apagó como lámpara que cumple su tiempo. En la villa se corrió la noticia con rapidez: había muerto el santo fraile, aquel hombre menudo y austero, cuya vida parecía hecha de ayunos, vigiliass y oraciones. No es casual que el 12 de octubre, día en que Pedro entregó su espíritu, coincidiera con el mismo día en que vio la luz del mundo años atrás. Era como si el círculo se cerrase con exactitud divina, como si Dios mismo hubiese marcado con su pluma de eternidad esa fecha doble en el libro del tiempo.

El mismo día, los frailes y los vecinos de Arenas se congregaron para darle sepultura. No hubo fasto ni ceremonia grandiosa. La ermita de San Andrés del Monte, pobre como él mismo había querido vivir, se convirtió en lugar de lágrimas contenidas y fervor recogido.

Eligieron para su descanso eterno el lado de la Epístola. Allí, bajo el suelo frío y la sombra del altar, fue depositado su cuerpo. La tierra lo recibió como recibe una semilla. Y, aunque su tumba carecía de ornato, los fieles comenzaron a acudir en silencio, convencidos de que aquel lugar estaba tocado de gracia.

Pronto corrieron relatos de milagros, de favores concedidos al invocar su nombre, de consuelos que llegaban a quienes oraban ante la humilde sepultura. La figura de fray Pedro, tan discreta en vida, comenzaba a crecer en la memoria popular.

Las décadas fueron desdibujando rostros y generaciones, pero la memoria del fraile permaneció. Arenas lo guardaba como parte de su identidad, como una raíz que daba sentido al pueblo. Las gentes subían al convento con ofrendas y plegarias, los frailes mantenían viva su memoria en las crónicas, y el rumor de su santidad atravesaba Castilla.

En 1616, más de medio siglo después de su muerte, se decidió trasladar los restos del venerado religioso a un lugar más digno. La iglesia conventual de Arenas, levantada con mayor firmeza y hermosura que la antigua ermita, ofrecía una capilla nueva, también en el lado de la Epístola. Allí reposaría fray Pedro, más cerca de los altares, como signo de la veneración que ya le tributaban no sólo los frailes, sino el pueblo entero.

Fue un día de conmoción. Desde primeras horas de la mañana, los vecinos de Arenas y de las aldeas cer-

canas subieron al convento. El aire olía a resina de los pinos y a cera encendida. Con cuidado reverente, los frailes abrieron la antigua sepultura. Los restos del santo fueron colocados en un arca de nogal, sencilla pero fuerte, que parecía guardar en su dureza el silencio y la firmeza de quien había sido su dueño.

La procesión descendió por los claustros entre rezos y cantos. El arca, llevada en hombros, parecía flotar en medio de la multitud. Nadie hablaba en voz alta; los ojos de los hombres y las mujeres se humedecían, y hasta los niños guardaban silencio, como si intuyeran la grandeza del momento.

En la nueva capilla, también en el lado de la Epístola, fue depositado el arca. Las campanas de la iglesia repicaron con fuerza, y la villa entera pareció detenerse para rendir homenaje a aquel hombre que, con su pobreza radical, había dejado una herencia espiritual imperecedera.

Desde entonces, los restos de fray Pedro reposan en aquel lugar, entre la piedra y el incienso, visitados por fieles y recordados por la historia. Su paso por la tierra fue breve y austero, pero sus huellas quedaron impresas en la espiritualidad de Teresa de Jesús, en la reforma franciscana y en la devoción de quienes, generación tras generación, han encontrado en él un ejemplo de vida entregada y de muerte serena.

Era cosa para espanto y maravilla ver lo que Dios obró en fray Pedro de Alcántara, varón de su tiempo y, sin embargo, tan fuera de todo lo terreno, que más parecía espíritu que carne mortal. Aconteció en días nuestros que el Señor quiso mostrar al mundo cómo todavía hay ánimos que no se rinden a la tibieza, ni consienten en el regalo y la blandura en que suele el hombre adormecerse.

La autobiografía de santa Teresa nos proporciona muchos datos sobre la vida y milagros de san Pedro de Alcántara, ya que éste le contó muchos detalles de sus cuarenta y siete años de vida religiosa. Si seguimos a Teresa de Jesús, que le conocía a la perfección.....

—Decía yo muchas veces —y no sin causa— que grande apego tienen nuestras almas a lo que se ve y se palpa, y cuán necesario es levantar el corazón a los bienes que no se acaban, a los del cielo. Y mirad si nos lo puso delante Su Majestad en este bendito fray Pedro: que no está ya el mundo, a mi parecer, para sufrir tal perfección, porque no parece sino cosa de otros siglos lo que en este santo se juntaba.

—Que cuarenta y siete años llevó tan áspera penitencia, como es público y sabido, y nunca desfalleció el ánimo, ni dejó el cuerpo de responder a la voluntad. Dormía apenas dos horas, y aun esas sentado o arrimado a una estaca, cubierto con hábito pobre y tan gastado, que más servía de mortificación que de vestido. Su comida era casi ninguna: un poco de yerbas, o alguna agua con vinagre, y aun de esto no siempre. El frío lo pasaba sin abrigo, y el calor sin alivio.

—Más lo que más espanta es que con todo esto no se le vio jamás turbado el rostro ni decaído el espíritu. Antes parecía que en medio de tan grande rigor hallaba recreación, como quien tenía el corazón puesto en otra parte. Y así era, que el Señor le daba un don tan grande de oración y contemplación, que parecía vivir ya entre ángeles.

—¡Oh, qué grande le dio Dios a este su siervo! Y yo digo que, aunque ahora no se use de andar descalzos ni hacer tan extremada penitencia, muchas cosas enseña el Señor al alma que tiene ánimo, y Él mismo la guía. Mas no

se puede negar que fray Pedro fue muestra viva de lo que puede hacer Su Majestad cuando halla vasija dispuesta.

—De manera que, en él, vimos los mortales un espejo donde se retrata la verdadera libertad del espíritu, porque quien así vence al mundo, ya no pertenece a él.

Santa Teresa fue fortalecida y consolada más de una vez por las apariciones de san Pedro de Alcántara, quien ya había muerto para entonces. Según el testimonio de Teresa, citado en el decreto de canonización, san Pedro fue quien más hizo por ayudarla en la empresa de la reforma del Carmelo. La carta que el santo escribió a Teresa acerca de la pobreza absoluta de la nueva fundación, muestra que las dos almas se comprendían perfectamente: “Confieso que me sorprendo de que hayáis pedido el parecer de los hombres de ciencia para una cuestión en la que carecen de competencia. Los litigios y los casos de conciencia son el campo de los canonistas y teólogos; los problemas de la vida de perfección tienen que resolverlos quienes la practican. Nadie puede hablar de lo que no conoce y no toca a los hombres de ciencia determinar si vos o yo hemos de practicar los consejos evangélicos ... Aquél que da el consejo, da también los medios ... Los abusos que se observan en los monasterios que no tienen rentas, proceden no de la pobreza, sino de la falta de deseo de pobreza”.

Aquel hombre menudo, que eligió la pobreza como senda y la oración como morada, no quedó encerrado entre estas paredes. La fama de su santidad se extendió como un rumor luminoso, atravesando conventos y reinos. Décadas después, la Iglesia misma lo reconoció: el papa Gregorio XV lo beatificó en Roma el 18 de abril de 1622, y, medio siglo más tarde, Clemente IX lo elevó a los altares el 28 de abril de 1669.

En Arenas, el rumor de su nombre sigue siendo un eco de santidad, y las campanas, cada 18 de octubre, parecen recordar que allí, bajo un arca de nogal, descansa un hombre que hizo de la pobreza y del sacrificio el camino hacia la eternidad.

